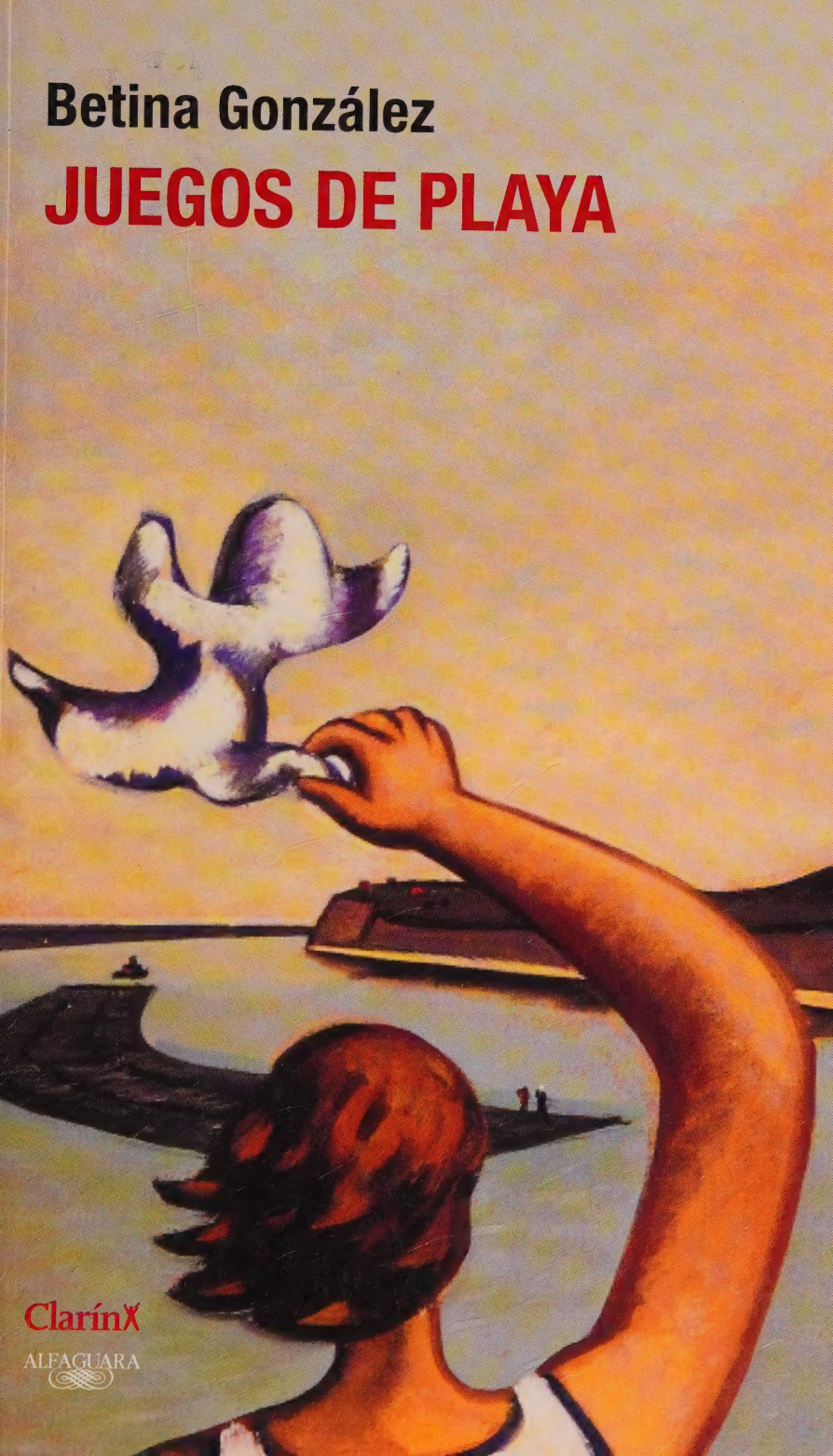
Betina González

JUEGOS DE PLAYA



Clarín

ALFAGUARA

© Carina González

BETINA GONZÁLEZ

nació en la provincia de Buenos Aires en 1972. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires, donde también trabajó como docente e investigadora. En el año 2003 se mudó a la frontera méxico-estadounidense para cursar una maestría bilingüe en Creación Literaria en la Universidad de Texas en El Paso. Ha publicado cuentos, poemas y ensayos en revistas mexicanas y argentinas. Actualmente vive en Pittsburgh, Estados Unidos. En 2006 su primera novela, *Arte menor*, obtuvo el Premio Clarín de Novela, otorgado por un jurado compuesto por José Saramago, Rosa Montero y Eduardo Belgrano Rawson.

Juegos de playa

Betina González

Clarín

ALFAGUARA

González, Betina
Juegos de playa - 1a ed. - Buenos Aires : Arte Gráfico Editorial Argentino S.A., 2008.
168 p. ; 22x13 cm.

ISBN 978-987-07-0238-2

1. Entretenimientos. I. Título
CDD 793.2

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

© Betina González, 2008
© De esta edición:
AGEA / Aguilar U.T.E., 2008
Tacuarí 1842, Buenos Aires

Diseño de cubierta: Adriana Yoel
Imagen de cubierta: Wolfgang Matteuer, *Volga Journey*, 1966

ISBN: 978-987-07-0238-2

Impreso en la Argentina
Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Primera edición: abril de 2008

Este libro obtuvo el Segundo Premio del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial - Fondo Nacional de las Artes - Año 2006 - Género Cuento - Jurados: Inés Fernández Moreno, Ana María Shua y Pablo Ramos.

Para Jorge Azcárate

Las personas sin esperanza no sólo no escriben novelas, tampoco las leen. No miran detenidamente nada: les falta coraje.
FLANNERY O'CONNOR

Juegos de playa

Para Carina González, hermana

El soldado

Aunque yo la fui descubriendo muchos años después, siempre supe que la verdadera historia empezó ese día en Plaza de Mayo. Papá nos hizo buscar pañuelos celestes y blancos por toda la casa. Mi hermano quiso pintar un cartel, pero no hubo tiempo. Yo tenía algunas escarapelas del colegio y eso fue lo único que llevamos.

Salimos a toda velocidad, como huyendo, como si de nosotros dependiera la recuperación de las islas. Recuerdo que ya en el coche le pregunté a mamá porqué no llevábamos los sándwiches y el termo, como siempre que nos íbamos de viaje. Me miró sin entender, pasó una mano distraída por mi pelo y me aseguró que íbamos a volver a tiempo para cenar. Miré a Rafael, pero iba leyendo el diario. Igual, él tampoco entendía: para mí la Plaza de Mayo era un lugar muy lejos, adonde se llegaba después de andar kilómetros y kilómetros. Un lugar donde siempre llovía y la gente andaba de espaldas, sin cara, los perfiles escondidos en las solapas, entre las arcadas del Cabildo y los nubarrones que siempre me quedaban demasiado negros y terminaba esfumando con un papel secante. Pero cuando por fin llegamos, el Cabildo era una

torre con reloj a la que le habían cortado las alas y nos esperaba una multitud de caras llenas, desencajadas que sacudía banderitas de plástico al ritmo de unos tambores que sonaban como bombas.

Las banderas parecían de juguete o robadas de la decoración de las copas heladas, pero más raro me pareció que nadie mirara hacia el Cabildo, que todos gritaran hacia los balcones de una casa sin torre ni campanario, un edificio como cualquier otro. Nos metimos entre la gente y ya no pude ver nada, sólo torsos y piernas y un olor nuevo, como a vinagre o a veneno para las hormigas. Empezó a hacer calor, un calor uniforme, de cuerpos desconocidos, cuerpos que había que esquivar o abrazar para que no se transformaran en una avalancha de sudor y afonía. Las palomas volaban cada vez más alto, buscando refugio en los recovecos de las ventanas. Abracé las piernas de mamá y apoyé la cabeza en su cadera: su piel fue como un alivio húmedo después de un día entero de playa. Rafael me levantó en sus hombros y vi que algunos habían conseguido banderas de verdad o habían tenido tiempo de pintar carteles. En las escalinatas de la Catedral, un hombre llevaba a una nena mucho más chica que yo cargada en los hombros y la sacudía como si la nena fuera la bandera misma que sostenía entre las manos; la sacudía de izquierda a derecha como si flameara, gritando argentinas inentendibles y un par de patrias, mientras la nena oscilaba, la cabeza suelta como la de un muñeco y se reía apretando el mástil con las dos manos, el pelo enredado y la cara sucia por la que corrían un par de lágrimas o tal vez un poco de baba. En la otra punta, cerca de un edificio que parecía un

banco, había varios policías a caballo. Apreté los dedos de mi hermano para que me bajara y le pregunté por qué los policías andaban a caballo y no en un patrullero. Rafael me dijo que era porque más tarde se cambiaban el disfraz y hacían de gauchos en una peña. Podría haber sido cierto, porque todos los caballos eran alazanes, como si también les hubieran puesto un uniforme. No había ni una mancha que rompiera su monocromía. Hacía unas semanas, yo había aprendido los nombres de los pelajes criollos en una lámina que había encontrado en casa de los abuelos. El alazán era el más común. Pero también había zainos y azulejos y uno que se llamaba porcelano, que debía ser el más lindo de todos los caballos porque era único. Ser porcelano era como ser albino pero para un caballo: casi nadie tenía el pelo de ese color. Quise ir hacia los policías para preguntarles si alguno tenía un albino, pero Rafael me agarró de los tiradores del vestido. Pensé en preguntarle a papá, pero estaba mucho más adelante, abrazado a un tipo de bigotes. Mamá fue a buscarlo, empujando a la gente, que se abría y cerraba a su paso, desviándola como a un barquito de papel. Cuando volvió con papá de la mano, traía la blusa amarilla por fuera de la pollera y un chicle enorme pegado en el pelo. Supe que era mejor no decirle nada porque también tenía esa arruga con arañitas azules que aparecía sólo cuando estaba muy enojada. Suspiré con alivio porque esta vez no éramos ni Rafael ni yo los que nos habíamos ido sin permiso y mientras ella hablaba bien bajito con papá, empezamos a desenredarnos de la multitud, tratando de recordar adónde habíamos dejado el coche, mientras una voz quebrada y agitada,

como de alguien que deja de correr en la mitad de una maratón, empezaba a salir por los parlantes.

En la televisión no hablaban de la guerra. Hablaban del "conflicto en el Atlántico Sur". Rafael me mostró en su globo terráqueo, que también era un velador, ese espacio ingrávido donde las Georgias flotaban como migas de pan, muy cerca de las Sandwich. De modo que para mí todo el archipiélago se convirtió en comida liliputiense, como la que nuestros primos les daban a sus peces de colores. Rafael dijo que la comida tenía algo que ver porque las islas se llamaban así en honor a Jorge III de Inglaterra, el rey loco que sufría del hígado, y a un noble que era adicto al póquer y para evitar interrumpir el juego había inventado un bocadillo con dos panes. Todo esto me lo explicaba mientras su índice recorría los mares blanqueados por el sol excesivo de la bombita o por los nombres de algunos exploradores rusos que parecían haber traído consigo todos los glaciares de Siberia.

Las revistas tampoco hablaban de la guerra, hablaban de los "Nuevos Héroes de Mayo" y mostraban a unos soldados con los fusiles en alto, subidos a una montaña de piedras. Había algo que faltaba en esas fotos, tal vez era el pasto o tal vez era el color o por ahí era que los soldados miraban de frente a la cámara o eran todavía demasiado jóvenes para ingresar a las planchas de figuritas autoadhesivas que se compraban en las librerías si una no era demasiado buena para el dibujo y tenía que rellenar espacio en el cuaderno.

En las fotocopias de la señorita Haydeé tampoco se hablaba de la guerra y las islas parecían mariposas

carbonizadas por el mimeógrafo barato de la escuela. En las canciones que interrumpieron toda enseñanza de fusas y corcheas, se hablaba de emblemas y del paisaje, pero siempre planeaba la distancia, como si de verdad un manto de neblina bajara apresurado una vez que todas salíamos al recreo a jugar a las esquinitas o a intercambiar hipótesis sobre lo que realmente pasaba con Brooke Shields y ese chico rubio en una isla prohibida, abandonada al trópico y a la belleza de sus aguas desnudas.

Sí, la historia empezó con la guerra. Pero para mí no se volvió cierta hasta el día en que la señorita Haydeé apareció con la carta. Nos explicó que muchos soldados no tenían familiares que les escribieran y como también peleaban por nosotros, lo mejor que podíamos hacer, en lugar de mandarles chocolates o juntar plata, era escribirles un mensaje para darles ánimo. Pensé que debía ser muy difícil que las cartas llegaran hasta las islas. Cruzar el mar no era un problema (yo había visto en las revistas fotos de los barcos argentinos), pero ¿cómo las repartía el cartero una vez llegadas a esa planicie de roca y tundra y ovejas merino que aparecían pinchadas en los mapas de Ciencias Sociales? La señorita Haydeé corrigió un rulo detrás de su oreja y me contestó que el Ejército Argentino se encargaba de que todas las cartas llegaran a destino. Aunque tenía más preguntas, me quedé callada el resto de la clase, un poco impresionada. No por la eficiencia del servicio postal, sino porque la señorita Haydeé, además de hablar en rima, podía decir Ejército Argentino así, con mayúsculas, sin necesidad de escribirlo en el pizarrón. Lo que sí escribió fue la dirección a la que teníamos que enviar

nuestra carta, que resultó no ser nuestra sino suya: un dictado de media página que empezaba con *Querido Soldado*, seguía con el frío y el valor, hablaba de la Patria muchas veces y terminaba invocando al Ángel de la Guarda día y noche y al Rosario y a la Virgen; todo escrito de tú y de ti, no sólo los ángeles o Jesucristo o los rigores del clima y esa tierra lejana sino *especialmente por ti, especialmente para ti, una decena de Ave Marías y abrazos y fuerzas, mi Soldado de las Malvinas.* Teníamos que firmar con nuestro nombre y la edad. Sin el apellido, lo cual, además de raro, era una lástima porque hacía unos días, yo había creado una firma nueva en la que me había deshecho de mi segundo nombre.

Esa tarde, decidí escribir una carta de verdad. Llevé todos mis libros y carpetas a la mesa del comedor. También las revistas que Rafael había empezado a coleccionar: traían dibujos de los aviones argentinos, mapas con los movimientos de la flota, actrices que donaban tapados de piel y jóvenes actores que —igual que Elvis— decían estar dispuestos a ir a pelear en la guerra.

También yo empecé mi carta por el frío pero en seguida le avisé que mucha gente les estaba mandando chocolates y dulce de leche. Le expliqué que ésos eran alimentos con un montón de calorías, igual que las nueces y las aceitunas, por eso los escaladores siempre los llevaban consigo en su mochila. En este punto, la lapicera escupió una burbuja de tinta —algo que hacía cada dos o tres renglones, como si tratara de detenerme para que pensara— y borré todo lo de los chocolates, no fuera cosa que a él no le hubiera tocado ninguno y se pusiera más

triste de lo que estaba. Mejor no hablar del frío ni de la comida, pensé. Le pregunté si manejaba un Pucará o si había visto alguna vez un kelper, un pingüino emperador o una oveja albina. Si existían caballos y perros albinos como el dogo, seguramente existían ovejas albinas. Quizá se camuflaban con la nieve. Debían ser más difíciles de encontrar que las demás pero por eso mismo se podían usar para calentarse los pies a la noche, si uno las amaestraba con paciencia, como habían hecho con Zambo, el perro de mi vecino. A que los ingleses no habían pensado en eso. También quería saber si él ya había estado en la Isla Triste y en la Isla de las Llaves y por qué se llamaban así —en un paréntesis le conté por qué las Sandwich y las Georgias tenían nombre de comida—. Todos los nombres tenían alguna razón. Por ejemplo, Puerto Aventura sonaba como uno de los libros de Verne o de Salgari —que yo recién había empezado a leer en forma de historieta—. Podía ser una bahía donde el capitán Cook había enterrado un tesoro o excavado alguna tumba, mucho antes de perder las manos o las llaves, mucho antes de que llegaran los rusos y todo lo llenaran de noche y trineos y unos lobos muy tristes que aullaban de hambre y, por esa razón, nadie dormía en Puerto de los Desvelos.

Cuando llegó papá, ya iba por la tercer hoja. Dejó el maletín sobre una silla y se sentó a mi lado. Olía a pastillas de menta y a la calle. Se quedó sentado un rato, leyendo sobre mi hombro, dando vuelta las hojas. Me preguntó si estaba haciendo la tarea. Le dije que no, que la tarea era la carta de la señorita Haydeé, la que estaba en mi carpeta. Papá se

levantó, fue hasta su pieza y volvió con una caja llena de sobres en blanco. Me dijo que mi idea era buenísima, pero muy impráctica porque había demasiados soldados peleando en las Malvinas y todos iban a querer tener una carta mía, así que no había tiempo para escribirle una de tres páginas a cada uno. Me hizo copiar la carta de la señorita Haydeé dieciocho veces, que era la cantidad de sobres que había en la caja.

La mano me empezó a doler cuando íbamos por la número siete y justo entonces bajó Rafael con la raqueta y el bolso del club y como papá se distrajo hablando de Vilas y el entrenamiento y mi hermano lo miraba de costado, como si sus palabras fueran pájaros bobos que nunca levantaban vuelo, fui acortando cada vez más las cartas, hasta que a las últimas les faltaron un montón de santos y avemarías y sólo les quedó el frío del principio.

Fuimos juntos hasta el correo. En el camino, papá me habló de la oficina, de la gente que perdía el tiempo sin darse cuenta, de las cosas que sí eran prácticas, como las viandas en cajas de telgopor, las vacunas y el papel carbónico. Yo trataba de caminar a su ritmo pero todavía llevaba puestos los zapatos de la escuela, que me hacían sentir como Dumbo pero sin alas. Mientras lo escuchaba, iba contando los enanos de jardín y las casas con veleta, para no pensar en la bolsa que llevaba apretada contra el pecho, tratando de convencerme de que yo no era la Andrea Diezaños que firmaba esas cartas, que era cualquier otra: la chica de anteojos que vivía a dos cuadras o la gordita que acabábamos de pasar en la plaza del ombú, colgada del pasamanos.

Cuando regresamos, todas mis cosas seguían sobre la mesa, incluso la carta borroneada, interrumpida en una frase sobre los misiles, que las revistas llamaban "muerte silenciosa". Me apuré a llevar todo a mi cuarto, como si fueran los restos de un crimen frustrado. En la noche, vinieron los tíos a cenar y en lugar de hablar de los torneos y las mejores dietas para deportistas, papá les contó a todos lo que habíamos hecho esa tarde. Pero yo no podía dejar de pensar en las cartas de tres renglones y en la sonrisa torcida del hombre del correo.

Rafael se levantó de la mesa antes que yo. Cuando subí, lo encontré sentado sobre mi cama, jugando con el mango de la raqueta. "Cerrá la puerta, enana", me dijo y supe que algo andaba mal porque Rafael nunca entraba en mi cuarto y además sólo me decía "enana" cuando se tomaba en serio su papel de hermano mayor y estiraba todo lo posible los cuatro años y tres meses que nos separaban. Tenía polvo de ladrillo en las zapatillas y en las medias; los labios y los ojos húmedos. Aunque recién habíamos terminado de comer, parecía que había corrido desde el club hasta casa y sólo se había detenido al llegar a mi cama. Mientras hablaba, abría y cerraba los dedos de su mano derecha, primero jugando con el mango de la raqueta, después, sólo como un reflejo, como si luchara por atrapar algo duro y resistente en el aire. Me preguntó si de verdad me gustaba nadar. Yo le dije que sí. "¿De verdad, de verdad? Pensalo bien. Mirá que yo te estoy diciendo así como la cosa que más te gusta en el mundo." "Así no", contesté después de pensar unos segundos en mis clases de natación. Él dijo "Menos mal" y empezó a hablar de papá, de cómo la mayoría

de las veces no tenía razón, como cuando decía que en Francia la gente nunca se bañaba o que René no era un nombre de varón o que José Aparicio, el vecino de enfrente, era un inútil porque se la pasaba jugando al ajedrez. Por todo eso, a veces era mejor no decirle ciertas cosas o hacerlas sin que él se enterara. "No es que sea malo —siguió mi hermano—. Pero es mejor que no le cuentes nada. Que ni se entere de lo que te gusta porque si no, te lo va a convertir en una obligación, como hace con todo. Como visitar a la abuela Lidia. O como lo que te hizo hoy con las cartas. Es lo mismo. Cuando te diste cuenta, chau, ya no te gusta más: desapareció eso que vos tenías, eso que vos sentías. Y ya ni siquiera sabés por qué lo seguís haciendo. Se volvió como un trabajo, algo que hacés para dejarlo contento a él o para los vecinos o para que se lo cuente a los amigos." Le dije que a mí lo que me gustaba más hasta ahora no eran las clases de natación: era ir a la República de los Niños en La Plata. Pero como estaba tan lejos y no íbamos nunca, no había peligro: papá nunca me iba a poder obligar a trabajar ahí. Rafael se rió tanto que tuvo que tirarse de espaldas en la cama. Me acosté a su lado. Cuando mi hermano se reía así, era como si alguien soltara un montón de globos de gas en un cuarto vacío.

Hicimos un pacto: sólo él se enteraría de cuál era la cosa que más me gustaba en el mundo. ¿Pero cómo podía estar segura? El mundo estaba lleno de cosas que me encantaban, como esa ciudad de castillos color pastel, el mar y los caballos de porcelana; como el olor a podrido de los paraísos, los caramelos de menta y la risa de mi hermano. Decidí hacer una lista, para no olvidarme de ninguna.

Necesitaba tiempo para pensar cuál de todas era la más importante.

Empecé esa misma noche, en una libreta que me había regalado mamá. A la hora de ir a dormir, ya tenía más de treinta. Antes de apagar la luz, busqué entre mis papeles de la escuela la carta inconclusa, la doblé en cuatro y la puse al final, entre la última página y el cuero negro de la tapa.

Cuando llegó el verano y nos fuimos a la playa, todavía estaba allí, escondida entre mis listas, que llegaban hasta la última hoja.

Las cosas hermosas eran tantas que había dejado de contarlas.

La voz era la mía. Pero me hablaba en un eco difuso, como si estuviera encerrada en una membrana o dentro de un submarino.

¿Y si el agua te envuelve en una sábana muda adonde no llegan ni los truenos, adonde no llegan ni Aquaman ni el Hombre de la Atlántida para salvarte?

¿Y si un aguaviva se prende de tu espalda?

¿Y si la culebra de una corriente te ata los pies, te lleva hasta el fondo y ya no te devuelve más?

¿Y si se te para el corazón?

¿Y si cae un rayo y lo último que ves son los ojos desconcertados de los peces y las algas fosforeciendo en la blancura de la descarga?

¿Y si te golpeás con una piedra?

¿Y si la curva de tu brazo, los dedos rozando apenas la axila o tus pies empeñados en la imitación de una rana pierden su ritmo en esa ola partida como el espejo de un cuento?

¿Y si todo lo que te enseñó Ricardo se te borra de la mente justo ahora que era tan importante acordarse de lo que era la cadena cinética y la solapación del movimiento?

¿Y si te da un calambre?

¿Y si te olvidás de respirar?

¿Y si aparece un tiburón?

¿Y si toda tu preciosa sincronía no resulta suficiente?

No importaba cuán fuerte nadara: la rompiente siempre quedaba más lejos, se estiraba fuera de mi alcance en un desarreglo de toses, golpes y manotazos que me devolvían a la playa —donde Rafael documentaba mi fracaso— con las orejas llenas de arena y de la voz morada del miedo.

Jugar con mi hermano no tenía gracia. Desde muy chica, me había limitado a verlo ganar. Fueran los palitos chinos o el ajedrez, el tenis o el ping-pong, Rafael dominaba en seguida la mecánica de cualquier juego. Pero no podía nadar tan rápido como yo y pasar la rompiente en esa parte de la playa se transformó en el juego número uno de ese verano. Nos turnábamos para tomarnos el tiempo, o jugábamos carreras, pero ninguno de los dos lograba ir más allá de la roca que marcaba el punto donde rompían las olas. Más allá, el mar se veía tranquilo, desentendido de la espuma y su pulsión asesina, concentrado en su verde espeso y en el gris cetáceo del cielo, interrumpido apenas por un velero en el horizonte.

Ese primer verano llovió todo el tiempo. Papá le echaba la culpa a los tíos, que nos habían prestado la casa en febrero, "el peor mes para ir a la costa". Pero a nosotros no nos importaba. Nos escondíamos

en las grutas, en la playa de los acantilados, donde ni siquiera los días de sol había gente. Nadie se animaba a nadar allí. La corriente era demasiado fuerte y te arrastraba hacia las rocas.

Los días de tormenta eran los mejores: el mar se volvía color acero y una bandera roja marcaba el tamaño de nuestra hazaña. Nos íbamos metiendo de a poco, aguantando los alfileres de lluvia y arena hasta el último momento, cuando nos zambullíamos arrastrados por los truenos y la llamada espeluznante de los relámpagos.

Nunca vencimos a la rompiente, pero ese verano —hartos de las cartas y los juegos de mesa— descubrimos al soldado. A mí la casa me parecía como cualquier otra, excepto por el Don Quijote en el techo de tejas que perseguía a las nubes con una lanza oxidada. Pero Rafael ya había notado algo diferente, una aire de misterio vencido en los postigos cerrados, el pasto demasiado alto y las botellas vacías que se apilaban en el fondo.

Esa tarde yo estaba en el jardín. La lluvia había dejado trazos de tinta china plateada sobre las orejas de elefante. Mi hermano llegó del pueblo —del bar en el que ya era campeón de Galaga— empapado y agitado. Se sentó en el pasto —donde yo había desplegado mi colección de rocas para que se purificaran con el agua de lluvia— y me dijo, calculando el efecto sorpresa de sus palabras:

—En la casa del Don Quijote vive un soldado de Malvinas.

Sentí en el estómago el hueco abrupto de los toboganes y de las montañas rusas, que es el hueco universal de la alegría envuelta en pedacitos de preocupación.

Pensé en los posters de aviones y barcos que todavía colgaban de las paredes del cuarto de mi hermano, en la pila de revistas ordenadas por fecha en cajas de cartón, en las islas con nombres de sueño, en la serie de la Segunda Guerra Mundial que pasaban en la tele, donde los soldados fumaban en las trincheras mientras leían las cartas de sus novias... ¿Pero qué tal si él había recibido una de mis cartas de tres renglones? El hueco de alegría desapareció, como si alguien estrujara un paquete vacío. Lo imaginé una noche helada, sin luna ni estrellas, la linterna balbuceante iluminando una página que traía una parte de la Patria y del frío y un Ángel de la Guarda que no servía para nada porque la oración no terminaba y al final venía una niña de diez años que lo dejaba solo en la trinchera, con todo ese espacio en blanco, preguntándose qué habría pasado con las palabras. Le dije a mi hermano que teníamos que preguntarle, que tenía que saber si de verdad el sistema postal del Ejército Argentino era tan eficaz. Deseaba con todas mis fuerzas que la respuesta fuera no. Rafael dijo que era imposible hablar con él, que el soldado no salía nunca de su casa ni hablaba con nadie. Me sentí peor, como si ese encierro confirmara todas mis sospechas.

Pero Rafael tenía un plan. Empezó como un juego. Todos los días volvíamos de la playa por el camino que pasaba frente a las ventanas de la Casa del Soldado. Rafael iba primero, balanceando el libro de *Ataques al rey* al ritmo de su silencio vigilante, los anteojos espejados enmascarando su mirada, los pies descalzos sobre la tierra caliente. Yo lo seguía con trabajo, tratando de encajar mis pasos en las huellas

húmedas de sus talones, andando como una equilibrista sobre sus zancadas mientras chupaba los mechones mojados de mi pelo con gusto a sal y a bronceador.

Casi nunca pasaba nada, excepto la música. Siempre sonaba la misma canción a todo volumen. Era una melodía grave, llena de amenazas. La cinta estaba tan gastada que saturaba de ecos la madera de los postigos. Rafael decía que ésa era la pista principal y anotaba en un cuaderno todo lo que veíamos. Aunque él siempre veía más cosas que yo: la tierra removida a un costado de la casa, la camioneta de don Alfonso que faltaba sólo dos veces por semana, las pilas de diarios viejos en la galería, los siberianos que nunca usaban el pequeño corral en el jardín del fondo. Yo me preguntaba si esos perros eran una raza toda de albinos porque había tres que eran casi completamente blancos y tenían los ojos claros, entre celestes y rosados. El cuarto parecía un lobo, tenía el lomo azul y la mirada cansada y entraba sin problemas en mi escenario de las islas, arrastrando un trineo destartalado o rescatando a los soldados de una emboscada en el hielo.

En pocos días, el cuaderno de Rafael se llenó de notas, recogidas en su recorrido diario por el pueblo. Mi hermano sabía cómo hacer hablar a la gente. Se acodaba en un mostrador, decía "Buenas" con voz de grande y empezaba por los precios o por el tiempo. Seguía por los perros, con naturalidad de cliente, por su hermanita a la que le gustaría tanto tener un cachorro; o por la casa esa, un poco venida a menos pero tan bien ubicada para la próxima temporada. La gente se fijaba en el rulo que siempre le caía sobre los

ojos, en su sonrisa calcada de una propaganda de dulce de leche, en sus brazos cruzados sobre el pecho (sin duda el gesto de un chico que ya ha sentado cabeza) y no podía dejar de hablarle. Del soldado o de lo que él quisiera.

Todos decían haberlo visto llegar pero lo más probable es que solamente el viejo y el perro estuvieran en la calle esa noche, esperándolo frente al quiosco que también actuaba de terminal y boletería. Era un jueves de invierno. El micro de las doce se había atrasado y ya no había nadie en la avenida. El boletero se acordaba del viejo y del círculo de puchos que marcaba su espera, del pelo cortado a cero del muchacho y del abrazo parco, un poco desmañado. En seguida corrió la noticia de que a don Alfonso le había aparecido un hijo. Algunos se acordaron de María Schwartz, la única mujer que se le había conocido. Lo había abandonado con un bebé de meses hacía casi veinte años. Don Alfonso, en un gesto de suprema revancha, se había gastado todos sus ahorros en una pareja de *huskies* y en una camioneta.

Se dijo que antes de embarcar, el chico le había escrito una carta, perdonándolo o quién sabe, tal vez despidiéndose, aunque no lo había visto nunca en toda su vida. Pronto corrieron más rumores: que la guerra le había afectado los oídos y por eso escuchaba música a todo volumen, que nunca se había recuperado del trauma y por eso rara vez salía de la casa. El viejo resistía todas las preguntas con su sonrisa de extranjero ensayada para esas ocasiones. En las partidas de dominó, sólo hablaba de sus campeones o de la vieja Alemania. Nadie le sacó nunca una palabra sobre el reencuentro.

A la gente le gustaba hablar. Pero Rafael se sorprendía de lo poco que sabían. En apenas unos meses, habían perdido todo interés en el viejo y su hijo. Como también se habían olvidado de la guerra. Las banderas sucias, todavía anudadas a las ventanas, sirvieron lo mismo para el mundial de fútbol que se jugó ese año. La mujer ahorcada en la primavera, los escándalos por la venta de terrenos municipales, la instalación de la reserva de lobos marinos en las afueras del pueblo y algunos escándalos de fin de semana acallaron los murmullos sobre la casa indiferente, hasta que su misterio devaluado se convirtió en una muesca más del paisaje turístico.

Pero no para nosotros. Aunque mi hermano no compartía todos sus datos conmigo —jamás me dejaba leer sus notas—, yo me conformaba con saber las pequeñas cosas: que el perro azul se llamaba Índigo y las otras tres eran hembras (Marcia, Pálida y Rima) o que la mayoría concordaba en que el soldado en realidad era un marino.

Casi al final de las vacaciones, planeamos nuestra misión más arriesgada. Convencimos a papá y a mamá de que nos dejaran armar la carpa en el jardín y cuando estuvimos seguros de que ya se habían acostado, salimos a la noche. En un morral pusimos una linterna, algunos chocolates, el cuaderno de notas y una cantimplora que Rafael llenó de un líquido rojo. "Una pócima revitalizadora", dijo (luego me enteré de que era *Cinzano*).

No había luna y pronto descubrimos que tampoco había calles. De noche, los senderos de tierra del balneario desaparecían y uno se encontraba con árboles y pozos que no estaban allí al mediodía.

Empezó a llover cuando dejamos atrás la silueta del Hotel Central. Antes había sido un hospital y por eso —me explicó Rafael mientras nos apretábamos bajo el paraguas— los muertos de la fiebre amarilla despertaban a los turistas todas las noches, enfurecidos por las vacaciones ajenas. La llovizna apuntalaba su historia con su música afilada. Los árboles parecían simulacros, a punto de saltar sobre nosotros.

Nos hundimos en el barro, atentos a los ruidos. El batir de unas alas, un chillido, la respiración acelerada de un animal y... nada. Un grupo de plantas que se nos habían antojado móviles y la linterna transformó rápidamente en unos arbustos inofensivos. "Es mejor orientarse por el ruido del mar", dijo Rafael y caminamos persiguiendo su queja, esquivando las ramas de los pinos y lastimándonos los pies con raíces y uñas de gato.

Llegamos a la casa por la parte de atrás. Oímos a los perros llorar bajito bajo la lluvia. Nos tendimos en la arena y nos arrastramos hasta el corral. No sé qué idea teníamos. Supongo que la de acercarnos a espiar por las ventanas. Rafael eligió ese momento para contarme todos los rumores —no los hechos— que había oído sobre el hijo de don Alfonso. Algunos decían que la guerra lo había afectado mucho, que era un borracho y un *maníaco depresivo*. La palabra *maníaco* trajo consigo a la vocecita del miedo, sacada de los asesinos seriales de la televisión, con una botella de whisky en la mano y el disco de un teléfono que nunca giraba lo suficientemente rápido. Otros decían que era bastante peligroso y que por eso don Alfonso no lo dejaba salir *excepto de noche*. Y no faltaban los que sostenían que había nacido retardado.

Se acordaban de que María Schwartz tenía un hermano *mogólico*. "Ya se sabe que eso es *hereditario*", dijo Rafael bajando la voz y no importó que yo le dijera que los mongoles eran un pueblo de Asia y que no existían los soldados retardados porque en ese momento la puerta de la galería se abrió sin ruido proyectando un rectángulo de luz sobre el pasto mojado. Había un hombre parado en ese rectángulo. Llevaba un impermeable con capucha y cuando dio tres pasos hacia el jardín, tuve que ahogar con mi mano la vocecita que luchaba por hacerse grito pelado. Rafael me empujó la cabeza y mi frente se hundió en el pasto. Él también escondió la cara entre los brazos, un poco para esquivar la luz y otro poco para no mirar de frente al hombre que avanzaba con dificultad, arrastrando una pierna. Tenía una joroba enorme.

Por lo menos la joroba desapareció rápido. Tan pronto como el hombre terminó de rodear la casa: la despegó de su espalda y la depositó en un costado, donde se apilaban otras bolsas de basura. Volvió rengueando hasta la puerta y su voz —una voz suave, de muchacho— llamó a los perros, que corrieron a echarse a sus pies en la galería. Rafael apretó mi brazo y una chispa conocida pasó de su mirada a la mía. No hizo falta que dijéramos nada. Los dos supimos que ese muchacho no sólo era nuestro soldado de Malvinas sino que además arrastraba consigo una herida de guerra. ¿Cómo era posible que nadie en el pueblo hubiera mencionado ese detalle? Aunque él lo niega, creo que Rafael lo sabía pero lo ocultó para que mi primer encuentro con el soldado tuviera su cuota perfecta de sorpresa.

Esa noche me dormí tratando de fijar en mi memoria la cara blanca y alargada, la barba rubia y la nariz sobresaliente que había logrado ver entre las sombras de la galería. Nunca había esperado alguien tan joven, tan rubio, tan lindo. Mucho menos si pensaba en los ex combatientes, unos hombres mucho más viejos, clausurados a mi imaginación por la palabra misma que los condenaba al pasado. No, el hijo de don Alfonso siempre sería un soldado. Más aún: ¡un marino! Podía verlo en su uniforme, acodado en la proa de un barco hacia los mares del Sur, enviando mensajes por radio o atisbando el círculo titubeante de un radar. Imaginé distintas escenas que explicaban su rengueo. Por primera vez estaba cerca de alguien —alguien que no se veía como el resto de las personas— que de verdad había estado en la guerra. Alguien que demostraba con su cuerpo lo que estaba más allá de mi carta frustrada, de los dibujitos animados interrumpidos por la voz metálica de los comunicados de gobierno, de las medidas de defensa civil que inyectaban un horror modesto a la hora de acostarse, de la cara de los ingleses, rosada y anémica como el Beresford de los retratos. No. El soldado no era un ex combatiente. Era más, y aunque mi hermano inventaba historias para asustarme, yo sabía que la verdad tenía que ser peor, mucho peor que una película de terror, mucho peor que esa canción que sonaba en su casa como un largo grito desesperado.

Quedaban dos días de playa y los pasamos en la rompiente, alternando el desafío de las olas con las hipótesis sobre la herida del soldado. Lo pusimos a bordo de un barco, salvando a un compañero mientras un mástil le aplastaba la pierna. O en el derrum-

be de un edificio. O desembarcando en la reconquista, bajo una ráfaga de ametralladora.

Fue el mejor de todos los veranos. Volvimos a casa con la sensación de haber hallado un tesoro. Y cada vez que el invierno de la ciudad nos enfrentaba con sus pequeñas decepciones —el entrenamiento cada vez más duro de mi hermano, los silencios a la hora de comer, mis compañeras cada día más incomprensibles en su búsqueda del brillo labial perfecto—, nos refugiábamos en el secreto de ese verano lluvioso. Sabíamos que el soldado siempre estaría allí, igual que los barquillos, las sombrillas y los juegos de playa. Mejor que la rompiente: una promesa brillante, poderosa donde la voz del miedo, al fin, se callaba.

Dos veranos después, la playa seguía igual. Pero mi hermano se había comprado un teclado, salía de noche y ya había ganado cuatro torneos. Quizá no todo pasó tan rápido pero en mi memoria es como si Rafael hubiera zarpado sin aviso hacia un país desconocido, dejándome sola con papá y mamá, agitando un pañuelo en alto a modo de despedida. Pasaba cada vez más tiempo en su cuarto, donde los músicos y tenistas habían reemplazado a los posters de la guerra. Y antes de salir, los sábados por la noche, se encerraba en el baño por horas, cambiando de camisa y de opinión cada quince mintuos.

En el club ya entrenaba con un profesional. Íbamos juntos, tres veces por semana y esa caminata de media hora precisaba —con las baldosas empastadas

de moras sucias y los negocios de la avenida cerrados por la siesta— el único silencio que todavía compartíamos. Si encendía un cigarrillo, sabía que todo estaba bien, que al rato me iba a hablar del fin de semana, de las discos y de la banda de música en la que tocaba a escondidas. Pero la mayoría de las veces iba callado y sólo las arrugas en su frente delataban lo que pasaba en ese país nocturno que yo desconocía. Cuando llegábamos al club, me dejaba en el subsuelo que daba a la pileta y se iba hacia las canchas. Aunque yo ya lo sabía, me advertía "A las dos y media" como si me necesitara allí para que el reloj marcara sin demora el final de su clase.

La mía siempre terminaba un poco antes. Me sentaba a esperarlo en uno de los bancos del costado, revisando el olor a cloro de mis antebrazos y oyendo los gritos de Martínez. Era un tipo alto, grandote, que había llegado a catorce en el ranking. Siempre estaba bronceado. Tenía el pelo lleno de canas y decía que era amigo de Ilie Nastase. A veces se iba de la cancha y dejaba a Rafael pegando reveses con una máquina que escupía pelotitas. Al rato volvía con una botella de agua mineral. "La muñeca, la muñeca", gritaba con voz ronca. Y a mí me hacía gracia porque parecía un ogro clamando por un juguete. Después, se sentaba a mi lado en el banco y ni siquiera me saludaba, los ojos fijos en la línea de dobles, negando con la cabeza. De repente se levantaba, como si se hubiera acordado de algo, volvía a la cancha, apagaba la máquina y se ponía a lanzar saques fulminantes, que mi hermano repelía con esfuerzo, corriendo de un lado al otro.

Ese fin de año, papá nos llevó a la playa con la condición de que Rafael no descuidara el tenis.

Primero pensó en llevar a Martínez con nosotros, pero se iba a las sierras con las hijas. Entonces contrató al tipo que dirigía la escuelita del balneario para que siguiera con el entrenamiento. Martínez hizo una lista de las debilidades de mi hermano que papá le dictó por teléfono al profesor nuevo. A mí no me parecía exagerado: sabía que Rafael podía ser campeón del mundo. El problema era averiguar si realmente era eso lo que quería mi hermano. Pero cada vez que volvíamos del club y estaba a punto de preguntárselo, sentía un pinchazo, una advertencia en la garganta que me obligaba a preservar nuestra caminata de asuntos tan serios. Tal vez ya intuía que mi hermano cuidaba de algo desconocido en ese silencio y temía despertarlo o interrumpirlo. Por eso terminaba preguntándole qué pasaba en los reservados de las discos o pidiéndole que hiciera un aro azul con el humo del cigarrillo.

Cuando llegamos a la casa de la playa, Rafael se quejó de no tener un cuarto propio. Empezó a levantarse cada vez más tarde, justo a tiempo para su clase de tenis. Creo que no se metió en el mar en todo el verano. Iba siempre al bar de la avenida o al café cerca de los acantilados. Regresaba tarde, cuando todos estábamos acostados, pero yo me quedaba despierta, esperándolo. Vigilaba el ruido de sus pasos en la puerta de entrada, luego en la de la cocina (papá cerraba ambas con llave, para descubrirlo llegando de madrugada). Lo oía rodear la casa y llegar hasta mi ventana. Entraba sin hacer ruido y se quedaba un rato sentado a los pies de mi cama, como recuperándose de la salida nocturna. Un rumor de cigarrillos, manos y licores de fruta venía

pegado a su ropa. Casi no hablábamos, salvo de las constelaciones, que el cielo de la costa revelaba más cercanas a los mapas celestes de los libros. O del soldado. Ése parecía ser el único tema que seguía interesándole. Varias veces, al volver de la playa, lo había visto rondando la casa. Una vez, dobló la esquina al verme llegar y sentí que el mar entero se interponía entre los dos. Otra vez, lo vi sentado sobre una piedra, con el cuaderno naranja abierto sobre sus piernas y la mirada perdida en las raíces de un árbol. ¿Qué nuevas pistas estaría anotando? Yo seguía pasando frente a la casa cada vez que podía, tratando de averiguar algo nuevo, algo que trajera de vuelta la complicidad de nuestro primer verano. Pero las mismas preguntas se volvían cada vez más difíciles y por eso, tenía que esperar hasta la noche. Entonces, tal vez sí, tal vez hablaríamos. Porque de noche, Rafael se transformaba en un gemelo nuevo, distinto del hermano que todos los mediodías encontraba nuevos motivos de fastidio, portazos y música a todo volumen para acallar los reclamos de puntualidad y decencia de mamá y papá.

Empecé a revisar sus cosas. Rafael guardaba varias cajas debajo de su cama. Había insistido en traerlas para las vacaciones. Las primeras que revisé no resultaron muy interesantes: eran cajas de zapatos con filas y filas de casetes. Mi hermano los grababa de la radio, con cuidado de dejar cuatro segundos entre tema y tema. O se los conseguían los amigos. Tenían nombres en inglés y no me dijeron nada. A lo sumo, la letra de Rafael, laboriosa, llena de curvas, hablaba muy mal de la mía, casi siempre volando sobre los renglones con demasiada prisa.

Detrás de esas cajas, encontré la funda de su primera raqueta. Era de una *Dunlop* que le habían regalado hacía muchos años para Navidad y había perdido su encordado en una pelea con nuestros primos. La funda era lo único que había sobrevivido. Estaba llena de cosas y, mientras las dejaba caer sobre mi falda, un pensamiento inarticulado pasó rápido por mi cabeza: ¿esas cosas serían como las listas en mi libreta? No exactamente, porque lo primero que vi fue un fajo de billetes. Recordé una tarde en la que Rafael me había explicado el tema de la inflación y los ahorros que se transformaban en billetes del *Estanciero*. Mi hermano había calculado que si ahorraba veinte centavos de dólar por mes, podría irse a Londres cuando cumpliera los dieciocho. No le faltaba mucho. El resto parecía un botín de años y lo fui revisando de a poco, tratando de identificar cada uno de los objetos: una brújula redonda que seguro había sido del abuelo, dos soldaditos de plástico verde, un recorte de diario con la foto de Clint Eastwood, un juego de ajedrez imantado, la tapa de un casete de *Virus*, un paquete de *Gauloises* envuelto en celofán y un muñeco de Han Solo con una herida en la sien pintada con esmalte de uñas.

Después de cenar, cuando me aseguraba de que Rafael ya había salido, corría a la pieza, me pegaba al piso debajo de su cama y extraía la funda inflada de su colección. Repasaba cada objeto como si lo viera por primera vez, sintiendo que me trasladaba a ese país desconocido: aquel donde los Virus caminaban vestidos de noche sobre la arena, fumando cigarrillos franceses al ritmo del corazón destrozado de

Francisco Quevedo, luces de colores, besos, minifaldas y chicas en ropa interior. También el cowboy de labios crueles pertenecía a ese mundo. Igual que mi hermano y todo el continente europeo. Esos objetos eran como las zapatillas de baile de las princesas de mi libro de cuentos: igual que sus suelas gastadas, atestiguaban que más allá de la vida de todos los días, había un palacio en el que todo el mundo bailaba mientras yo dormía.

Recuerdo el instante de pausa, duda y alegría en que descubrí el diapasón, el último de los objetos que Rafael sumó ese verano. Aquella barra combada me pareció la llave de un mago. Pero una cosa me intrigaba especialmente: no había nada referido al soldado en esa funda o en las cajas de cartón. El cuaderno naranja no aparecía por ningún lado. Seguramente, Rafael lo llevaba consigo en el morral o en el bolso con su ropa de tenis. Pero alguna vez tenía que dejarlo en la casa y encontrar ese cuaderno se convirtió en el centro de mi pesquisa. Seguí revisando la colección casi todos los días, vigilando adiciones y sustracciones, sintiendo la sombra de mi hermano agigantarse en el ejercicio, creciendo yo misma en el contacto prohibido con sus tesoros.

Ya ni siquiera íbamos juntos a la playa. Me tocaba ir con mamá, un poco antes del mediodía. Me quedaba un rato a su lado en la reposera, jugando con baldes y palitas que ya no me interesaban, hasta que —una vez untada de la cabeza a los pies con protector solar— me dejaba libre para que "fuera a jugar con los otros chicos". Los "otros chicos" eran Constanza, una pelirroja de ocho años que no se metía en el mar porque le tenía miedo a

las algas, y su hermanito de tres, que no podía estar al sol demasiado tiempo. Mamá me empujaba siempre hacia su sombrilla, pero a la primera oportunidad, yo los dejaba con mis juguetes y me iba sola hacia los acantilados.

Mi escondite quedaba lejos, cerca de la rompiente. Una vez que terminaban las carpas, la arena se hacía breve y escamosa y el agua dejaba sólo unos metros de playa frente a los acantilados, donde soplaba un viento cargado de pájaros verdes. Si el mar crecía demasiado, sólo se podía llegar desde arriba, bajando desde la ruta. Por eso había elegido una cueva que no estaba directamente excavada al nivel del mar. Aunque ésas eran las más grandes y oscuras; algunas tenían sus propios caminos internos, vueltas y agujeros repentinos allí donde el agua lamía sus pasarelas nocturnas. La mía estaba un poco más arriba, pero era fácil llegar porque unas piedras anchas y planas escalonaban el camino. Tenía el suelo seco y frío, y entraban cómodamente dos o tres personas sentadas.

En esa gruta había escondido mi libro. Era rojo y de tapas duras, como un misal. Mamá lo había traído de un viaje a Granada y yo me lo había adueñado, fascinada por las fotografías y los grabados. El libro mezclaba indicaciones turísticas con leyendas moras pero a mí me encantaban las imágenes, que iban acompañadas de nombres de ensueño: el Patio de los Leones, una princesa reclinada sobre una almena en la Torre de las Infantas, los jardines del Generalife, escaleras y torres que prometían una cautiva frescura. El encierro de esas torres replicaba el mío. Y, tendida en el piso, miraba las fotos hasta

marearme, como si en la mirada, una parte de mí se desvaneciera.

No se me ocurrió leerlo hasta que me encontré sola en la gruta, el primer día en que Rafael no vino con nosotros a la playa. Mi favorito era el cuento de Ahmed al Kamel, el príncipe perfecto que hablaba con los pájaros. Con la ayuda de un búho y un papagayo lograba el amor de Aldegunda que, a pesar de su horrible nombre, era de una hermosura peregrina. En las páginas de ese libro, el mar, los acantilados y los pájaros verde tornasol adquirían otra sustancia, como si formaran parte de ese destino clausurado donde los aguateros encontraban fortunas escondidas en tinajas y el caballero americano se asombraba por igual de la blancura del Albayzín y de la lentitud de la justicia española.

Un mediodía, cuando llegué a la gruta, descubrí que al libro le faltaba una hoja. Era una de mis favoritas, la que traía el retrato de una sultana de largo pelo negro. Por un segundo quise que de verdad el libro tuviera cualidades mágicas, pero la explicación era mucho más sencilla. Revisé con cuidado la cueva: en un rincón encontré una botella de cerveza vacía y algunas colillas.

Que la gruta no fuera sólo mía era una posibilidad que nunca se me había ocurrido. Pero que alguien hubiera arrancado justamente esa página me pareció una coincidencia imposible. Igual que la vez en que llegué a un cumpleaños y mis compañeras ya estaban bailando lentos pero cuando traté de desaparecer en la cocina, encontré a un chico mucho más grande acodado en la pared, con mi misma cara de desconcierto, casi como si los dos nos hubiéramos

citado en un espejo. Antes de irse me había dado un beso. Y yo había pasado semanas tratando de recuperar su cara, el vacío en el estómago, su lengua tropezando con la torpeza de la mía. Aunque sabía que era imposible, decidí que había sido él o alguien como él quien había arrancado la página de mi libro. Alguien que *entendía*. Después de pensarlo un rato, busqué un lápiz y un papel en el fondo de mi bolso y escribí algo así como "Podés leerlo pero por favor, no arranques más hojas". Lo firmé con mi nombre, orgullosa de mi generosidad, y lo puse donde iba el retrato faltante.

Pasé el resto de la tarde leyendo al sol. Esta vez, la historia de tres hermosas princesas encerradas en una torre por culpa de la predicción de un astrólogo. A la hora de huir, la más joven cambiaba de opinión y elegía quedarse con su padre antes que seguir a su amante cristiano. Su fantasma arrepentido, sentado al borde de una fuente, turbaría visitantes por el resto de los siglos. Cerré el libro decepcionada. ¿Cómo una princesa podía ser tan boba? Lo puse en su lugar, asegurándome de que mi nota sobresaliera como un señalador.

Al día siguiente, di vueltas por toda la casa hasta que mamá consintió en ir a la playa más temprano. Casi no aguanté la ceremonia del almuerzo, los sándwiches con gusto a telgopor y la fruta obligada. Comí rápido, esperé a que mamá se acomodara en su reposera y la dejé leyendo una revista. Llegué a la gruta un poco después del mediodía. El corazón me latió partido cuando al meter la mano en la hendidura, la encontré vacía.

Bajé a la playa apurada, como si fuera a encontrar al usurpador todavía escondido entre las rocas. Pero

hasta la rompiente parecía burlarse de mí, con su rugido de animal saciado. ¿Cómo podía haber sido tan boba? Pensé en Rafael, seguramente inclinado sobre el flipper del bar en la avenida. Si él hubiera estado conmigo, nunca habría perdido el libro. Me quedé sentada un rato, esperando un acto de magia. Pero nada pasó y volví a la sombrilla, donde el hermanito de Constanza acababa de hacer un castillo demasiado cerca de las olas.

Cuando regresamos a la casa, mi hermano acababa de salir. Lo esperé toda la tarde, pero llegó justo para la cena y en seguida anunció que se iba a bailar con unos amigos. Ni siquiera pude contarle lo del libro. Rafael se sometió al cuestionario de papá desde la puerta del baño, yendo de un lado a otro, alisando los pliegues de la camisa que acababa de plancharse. Los había conocido en la playa. Sí, también iban chicas. No, no iban a manejar, ninguno tenía coche. No, no eran de Buenos Aires. Vivían en el balneario. No, no eran los que "hacían fiestas en la playa en las que circulaba de todo". Sí, volvería antes de las dos. Esta vez en serio.

Era increíble cómo mamá y papá caían siempre en las mismas trampas de Rafael. Su truco era no mirarlos a los ojos. Bastaba verlo sacándole las pelusas a la hombrera del saco o escuchar sus monosílabos demasiado llenos de sonrisas para saber que mentía. Calculé que no llegaría hasta el amanecer, pero en lugar de desalentarme, me preparé para una revisión a fondo. Cuando por fin terminó de peinarse y salió tarareando una canción, abrí la puerta de la pieza: el morral estaba colgado en una silla de pino al lado de su cama. Por costumbre, perdí varios minutos revi-

sando las cajas de casetes y la funda de la raqueta. Nada nuevo. Volqué el contenido del morral sobre la cama: dos pares de anteojos de sol, una *Pelo*, un paquete de pastillas, una birome y una agenda. Ni señales del cuaderno de tapas naranjas. Abrí la puerta del placard, del que sólo me habían tocado dos cajones. Su pila de remeras me dio una pequeña descarga de culpa. Cerré la puerta y volví a la cama. Quizás el cuaderno de notas no era tan importante, quizá Rafael lo había tirado a la basura. Me distraje hojeando la revista. Traía una caricatura de George Harrison y muchos pentagramas. ¿Pero qué tal si mi hermano había pasado sus notas a la agenda? La abrí en el medio, sin pensar, en una página que decía "Martín, baterista de *Neón*" y un número de teléfono. En otras hojas volvía a aparecer el mismo Martín debajo de algunas fechas y la letra de Rafael se hacía chiquita, se doblaba sobre sí misma hasta volverse incomprensible. Estaba tratando de descifrar la inscripción del 15 de junio cuando sentí el golpe que me dejó con un pedazo de la hoja en la mano y un ardor retardado en la mejilla.

Rafael estaba parado en el marco de la puerta y, en lugar de conformarse con la agenda que ya había recuperado en una sola maniobra, me levantó de la cama con un solo brazo y me empujó hacia la mía. Traía la camisa manchada de barro y le centellaban los ojos igual que a Meteoro después de una carrera. Lo raro era que en vez de gritarme, lo que me decía, lo decía en voz muy baja, juntando los dientes y achicando la mirada en cada palabra, mientras se desabotonaba la camisa y elegía una negra de finas rayas plateadas. Nunca lo había visto así. Al fin, terminó

de cambiarse y salió con el dedo en alto, igual que papá. Oí que decía "Nunca más voy a confiar en vos Andrea, nunca más" y sólo entonces hundí la cara en la almohada. Pero ni siquiera las lágrimas vinieron a rescatarme. Cerré los puños y contuve la respiración, disfrutando del ardor en la mejilla y de mis ojos pesados de bronca. Deseé con todas mis fuerzas que el soldado, el chico de la fiesta o cualquier desconocido llegaran pronto en el vacío amable de un sueño y me arrancaran de golpe y para siempre, como a una flor al costado del camino.

Rafael no durmió en su cama esa noche. Lo oí llegar temprano, cuando el sol era una línea blanca en las persianas de madera. Pero en lugar de llegar hasta mi ventana, sus pasos se detuvieron en la de la cocina. No me había perdonado y pude medir todo el alcance de su "nunca más" por el estruendo de muebles y cacerolas con el que entró en la casa. Unos minutos después, abrió la puerta del cuarto. Se cambió de ropa sin hacer ruido, se arrodilló junto a su cama y sacó un casete de una de las cajas de zapatos. Lo metió en un sobre de papel madera y se fue con el morral colgado del hombro. Me asomé a la ventana. Al rato, lo vi salir por la puerta de atrás, vestido con su ropa de playa. Todavía llevaba el sobre en la mano.

Volví a dormirme. Cuando bajé a desayunar, Rafael no había vuelto. Tomé el café con leche mientras oía a mamá y a papá discutir sobre el torneo de tenis. Siempre discutían como si yo no estuviera allí. Como no sabía qué hacer, optaba por reforzarles la

idea: me quedaba quieta mirando la pared, con los labios sumergidos en la taza. A veces me perdía en las imágenes de algo que había visto en la tele o en un pedazo de la lección de biología lleno de ornitorrincos, avestruces y camalotes y entonces dejaba de escucharlos y era como si de verdad yo no estuviera allí.

En la playa, a pesar de mis interrupciones con pelotazos o castillos que reclamaban sonrisas urgentes, siguieron hablando de lo mismo. Mientras pelaba un huevo duro para sacarle hasta la pielcita transparente, mamá intentó convencer a papá de que dejara a Rafael tranquilo, sin "tanta presión", que suspendiera los entrenamientos pautados para todos los mediodías en la cancha del balneario. A mí la palabra "presión" me hizo pensar en la olla de la abuela y en el olor repugnante del puchero y por eso perdí parte de la réplica de papá, que empezó con Rafael y terminó con un "demasiado blando", casi escupido al final de la oración. Imaginé a mi hermano hundido sin remedio en una cama elástica, atrapado en la ternura engañosa del colchón. "Son las vacaciones", agregó mamá después de un rato, como si la palabra creara un mundo más allá de la garra de los horarios, los caracteres realmente duros y los futuros brillantes elegidos justo a tiempo. Por toda respuesta, papá hundió la cabeza en una revista de deportes. Ninguno de los dos me vio caminar hacia los acantilados.

Tenía que haber alguna forma de recuperar mi libro. Tal vez el ladrón lo devolvería al terminarlo o dejaría alguna pista en la basura de la cueva. En todo caso, valía la pena intentarlo. Más que jugar con Constanza y su hermanito. Pero al llegar al pequeño

terraplén de arena que marcaba el sitio de mi escondite, lo encontré totalmente distinto. El mar había retrocedido mucho desde el día anterior, dejando al descubierto un revoltijo de huevos de pescado, caracoles y aguas vivas. Sobre este depósito de restos marinos, una bestia grande, de piel resbalosa, yacía tendida sobre su vientre. A su lado, había una chica en cuclillas con una varita de madera en la mano.

—Está desde hoy a la mañana —dijo sin darse vuelta, cuando mi sombra se proyectó a su lado.

—¿Es un lobo de mar?

—Es una loba, ¿no ves? No tiene la piel gorda del cuello. Cuando pasé más temprano, creí que estaba viva. —La pinchó con la varita en un costado.— Pero no. Está bien muerta.

Dio la vuelta hasta enfrentar la cabeza del animal. Le tocó un ojo. El iris, entre violeta y amarillo, miraba al vacío. El viento agitó un poco sus bigotes: empezaba a oler a podrido.

Ella era un poco más alta que yo, aunque debíamos tener más o menos la misma edad. Tenía el pelo negro atado en una trenza que le llegaba a la cintura. Llevaba una bikini roja que se transparentaba a través de su remera mojada. Sus ojos también eran negros. Tenía tetas. Yo no. Seguramente eso fue lo primero que noté, porque el tema me preocupaba desde hacía varios meses. Ese año, algunas de mis compañeras habían empezado a usar corpiño pero mamá me seguía mandando a la escuela con la remera blanca reglamentaria que me ajustaba demasiado y delataba un pecho ni plano ni lleno, con dos triangulitos ridículos en los que la imagen de Nuestra Señora del Huerto parecía desconcertada. En las clases de gim-

nasia nunca me sacaba la campera. En cambio, esta chica usaba bikini igual que mamá, igual que mis tías. La miré sin disimulo: no se parecía a mis compañeras de escuela, ni siquiera a las que usaban corpiño y bailaban lentos y ya habían besado de verdad a alguno.

—Pronto se va a llenar de gusanos. —Rozó mi espalda con la varita para que me diera vuelta, pinchándome más de lo necesario.— De esos blancos y gordos, que viven en las heridas y se las van comiendo. —Se inclinó un poco más hacia mi lado, me apartó el pelo del cuello y me habló en el oído:— Los matan a garrotazos. Salen en un bote de remos dos o tres tipos armados con palos bien gruesos y llevan mucho pescado. Se van mar adentro, tiran los pescados, esperan a que los lobos se amontonen a comer y ahí nomás los matan a palos desde el bote o esperan a que algunos, atontados, vengan a morir a la playa. A ésos los vienen a buscar después con las redes.

—¿Y con ésta qué pasó?

—Se les habrá escapado. Mirá, ya tiene los gusanos. Acá. —Hincó el palito en una herida.— ¿Qué, te da miedo?

—No, me da asco.

—No seas maricona, no es nada. ¿Nunca tuviste piojos, vos? Es lo mismo. Son bichos, nomás. Acá hay de éstos todo el tiempo. Dale, tocalo. —Me dio un empujoncito que me hizo tambalear sobre el animal.

—Dejame.

—Cómo se nota que no sos de acá vos. No sabés nada.

—Te puede traer enfermedades. Y para que sepas, los piojos los tiene la gente sucia nomás. Los villeros.

Ella dio un paso atrás, como si tomara distancia para saltar, pero al final dijo, midiéndome sólo con una mueca:

—¿Sí, no me digas? Ya sé, ahora seguro me vas a decir que tu papá es doctor y por eso saliste tan sabihonda y te sabés todas esas cosas.

—No, es contador. Las sé por la escuela. Y a vos qué te importa.

—Contador. —Se sentó en la arena, rodeó sus rodillas con los brazos y soltó un suspiro de fastidio, como si la profesión de papá equivaliera a la de un cascarudo.— Tenía que ser.

—¿Qué, a ver? ¿Y tu papá que hace?

—Es guardafaro.

¡Guardafaro! A la palabra se le abrieron pasadizos oscuros por los que entraron de golpe todos los mares del mundo. Me senté a su lado. Ella miraba las olas, achicando los ojos, como si buscara algo en el horizonte. Giró la cabeza hacia mi lado, los ojos todavía empequeñecidos por el viento o por la furia contenida con esfuerzo en sus pestañas:

—No es cualquier boludez, ¿eh? Si no fuera por él, ¿sabés todos los barcos que se habrían chocado contra estas rocas?

—Claro, ésta es una costa peligrosa.

—Tenés que verlo. Yo me quedo con él todas las noches. Se ven los pesqueros, los remolcadores, los de la Prefectura. Los reconocés por las luces.

—¿Y a vos te deja quedarte ahí todas las noches?

—Claro. Tengo mi propia cama. Es chica, porque en el faro no hay mucho espacio. Está al lado de una de esas ventanas redondas, como las de los barcos y...

—Se llaman "ojo de buey".

Mi precisión semántica no pareció impresionarla. Al contrario, no le gustó nada. En lugar de seguir hablando, me miró de arriba abajo, se sacó la remera, se puso de pie y gritó:

—¡Vamos al agua!

—Pero acá está lleno de rocas —protesté mirando hacia la rompiente, que también ese día parecía reírse de mí, junto con el lobo marino muerto.

Ella despidió mi protesta con una mano y se metió en el mar sin tambalearse, a pesar de que las olas venían revueltas y partidas. Recordé que en la mañana papá había dicho que el mar estaba picado, como si fuera un vino echado a perder. Después habíamos visto la bandera roja en la torre del bañero y había entendido lo que quería decir.

Me saqué la remera y los pantalones, los doblé en una pila y la dejé debajo de mi bolso, junto con las ojotas. Quería ganar tiempo pero vi que ella ya estaba barrenando las olas de cabeza, lanzando gritos de triunfo. Muy dentro de mí, una espiral de bronca activó su resorte y mi cuerpo se movió a su antojo. Corrí hacia el mar, tropecé con anémonas y caracoles filosos, nadé sin ver el oro oscuro del agua. Las olas llegaban altas y enfurecidas de espuma. Casi en seguida perdí el fondo. Nadé sin método y sin fuerza, contra las olas, sintiendo que cada empujón era una lucha entre el mundo entero y mi cuerpo descontrolado. Tal vez por eso pasé la rompiente sin darme cuenta, embistiendo la espuma sin ver ni pensar en nada. Entonces, logré que mi cuerpo se moviera como en la pileta del club. Nadé un poco de crol y un poco de pecho (como habían aconsejado mis profesores) para no cansarme tanto. Cuando levanté

la cabeza, sólo se veía un mar crespo, tranquilo. Mi corazón latía rapidísimo aunque un poco empañado: lamenté que Rafael no pudiera verme en ese instante. Me di vuelta hacia la playa y el sentimiento de triunfo se multiplicó por veinte porque ella estaba lejos, en la cresta de una ola, braceando como un perrito. Levantó un brazo y gritó mi nombre. Dos veces, como si se estuviera ahogando. No le creí ni por un segundo, pero de golpe lo entendí todo. Nadé hacia ella tan rápido como pude. Cuando llegué a la orilla, la encontré sentada sobre una piedra, como si nada hubiera pasado. Me senté a su lado, tratando de calmarme. Recuperé un poco el aliento y quise controlar mi voz, pero igual salió inflada de bronca. Ni siquiera la rompiente había agotado mi enojo:

—Vos me robaste mi libro.

—¿Qué decís, nena?

—A ver, entonces, decime ¿cómo sabés cómo me llamo, eh?

Empezó a rehacer su trenza. Despacio, como buscando en los mechones algo que decir. Al fin, lo encontró:

—Quién te manda a vos a dejarlo en una cueva.

—No importa. Igual es mío. Devolvémelo.

—¿Qué te creés, que lo tengo acá?

—Entonces vamos a buscarlo. ¿Adónde lo dejaste? ¿Está en tu casa?

Un relámpago de súbita alegría cruzó por su mirada.

—No. Lo dejé con mi papá en el faro.

—Bueno, dale, vamos.

—Te lo traigo mañana. O te lo dejo a la noche en la cueva. Dale, vamos a tomar sol.

—¿Y yo cómo sé que vos me lo vas a devolver?

—Porque te lo estoy diciendo. Además, es re lejos el faro. Es pasando la lobería.

—No me importa. Te acompaño. Vamos las dos.

No sé de dónde salió tanta temeridad. Nunca había ido más allá de los acantilados. Supongo que fue el fruto de mi reciente victoria sobre las olas. O tal vez de verdad me importaba tanto el libro, ese mundo recién descubierto en el que todo lo malo retrocedía o, por lo menos, acababa pleno de sentido. Lo cierto es que con esas palabras abrí, sin darme cuenta, el último capítulo en mi verano de niña.

El mago

La música era importante pero pronto se olvidó de ella. Como también se olvidó de Enrique. La vida en un sitio apartado no era —como él había creído— una garantía para la disciplina de los propósitos. ¿Pero qué propósito era ése, más que el de recordarlo, el de impedir que su cara se volviera una reacción evocativa azarosa, provocada por una palabra descuidada, el olor de un jabón, un programa de televisión repetido?

Todos los días se sentaba en el mismo sillón y oía la misma cinta. Cerraba los ojos y esperaba a que las imágenes llegaran en fila, como si la memoria fuera el ensayo de una marcha, un músculo adiestrable por la gimnasia o la voluntad: el día en que se conocieron, la espera en el hospital, el miedo, la barra de los Leones, la abuela Memé cocinando bizcochos. Imágenes anteriores a su "Gran Acto de Desaparación", como le gusta llamarlo. Porque toda su vida, desde muy chico, había estado desapareciendo. Lo gracioso es que entonces quería ser mago. No de los que sacan conejos o flores de la galera. Un mago de verdad, de los que desaparecen sin dejar rastro en una caja de mil cerrojos, en un tanque de

agua o en un baúl de viaje. Creía que cuando desaparecían, los magos se iban a un sitio desconocido para el resto de los hombres, que se reunían todos en una sala alrededor de una mesa redonda mientras sus espectadores los esperaban con la boca abierta y la vida en suspenso. Allí tomaban whisky o cognac y discutían sus técnicas de dominación del Universo. Se parecía al Salón de la Justicia, pero para él era el Centro Mágico del Mundo, aunque a mí me suena más como un club inglés, donde todo son cortesías y bastones con empuñaduras de oro, muebles de caoba y desafíos a muerte. Memé se reía y le avisaba que los magos no ganaban ni para el puchero, pero igual lo dejaba practicar con sus cosas. Usaba su déshabillé como capa y un sombrero de fieltro con mostacillas. Nunca pasó del truco de la moneda en la manga.

Memé le ganó de mano: desapareció primero, antes de que él empezara la escuela. Entonces empezaron los problemas. Aparecieron decenas de tíos lejanos, de filiación incierta, esparcidos por toda la provincia. Dejó de tener un nombre. Cuando hablaban entre sí, decían "el nieto de Memé" o simplemente "el chico". Y siempre se trataba de "qué hacer con el chico" y los tíos bajaban la voz, igual que en el velorio, sacaban el peine del bolsillo trasero y se acomodaban el flequillo en un suspiro. Vivió un tiempo con el tío José, pero tomaba mucho. De la casa de Ismael lo sacaron porque la tía Alicia tenía asma y estaba siempre en cama. Del que más se acuerda es del tío Horacio, un hombre de bigotes que manejaba un camión para una empresa de alimentos. Tenía siete hijos y no le importó tener otro

más. Tal vez porque se lo pasaba viajando. O porque tenía seis mujeres y el varón era el último, apenas un bebé. Le enseñó a manejar el camión en un solo fin de semana y no le importó que lo chocara contra el alambrado de un vecino.

Pero no se acuerda de Horacio porque le enseñara a manejar o porque fuera el más bueno de sus tíos, se acuerda por María de los Ángeles y María de las Mercedes. Las dos hijas mayores de tío Horacio —todas se llamaban María— lo adoptaron como a uno más. Mercedes le regaló unos patines viejos. A uno le faltaban las tiras, pero él lo arregló con un pedazo de soga. Iban todas las tardes a patinar a un estacionamiento que había cerca de la casa. En poco tiempo se volvió un experto y hasta adquirió las rodillas machucadas de sus primas y aprendió a taparse la boca para reírse, toser o bostezar, todo lo cual —pensaba él— les daba un aire de familia que desmentía la falta de parecido. Cualquiera que pasara por ahí podía tomarlos por hermanos.

Las quiso de verdad. Sobre todo a Mercedes, porque era la más linda. Parecía salida de un frasco de *Johnson & Johnson.* Ángeles le enseñó a jugar al ajedrez, le traía monedas de chocolate del quiosco donde trabajaba, lo peinaba a la mañana y le elegía la ropa. Pero con Mercedes hablaba más. O ella era la que hablaba: lo hacía seguirla por toda la casa, mientras juntaba los juguetes o acomodaba los roperos sin dejar de hablar de los chicos que le gustaban, de las mil y un maneras de besar sin lengua, de los peces mágicos que se transformaban en monos.

El día en que le habló de Juan José estaban en el baño, él sentado sobre la tapa fría del inodoro, ella

en la ducha. A esa altura, ya se había acostumbrado al cuerpo de sus primas, a la curva de sus entrepiernas cubierta por esa felpa dorada, a los pechos que siempre lo sorprendían más blancos que en el recuerdo. Le gustaba mirar a Mercedes, especialmente ver cómo su pelo rubio se iba volviendo castaño hasta oscurecerse totalmente al contacto con el agua, cómo la prima se concentraba primero en lograr una espuma gorda en la esponja y luego en acariciar con cuidado su silueta apenas distinguible a través de la mampara de cisnes. El baño se llenó de vapor y él empezó a transpirar pero Mercedes no paraba de hablar, esta vez, sólo de Juan José, que iba unos años adelante de ella en el Comercial, al que todos llamaban el Gitano aunque sus padres fueran turcos o árabes pero de un lugar mucho más frío, en las montañas de Asia. Él lo había visto una sola vez, desde la azotea, una tarde que vino a llevar a Mercedes a la heladería de la avenida Márquez. Era alto y flaco. Desde la terraza parecía tener los brazos demasiado largos. Llevaba una camisa celeste. El cuello abierto dejaba ver una cadenita dorada larga hasta el pecho pero como Mercedes le habló por primera vez de él en el baño lleno de vapor y champú de manzana, el Gitano quedó para siempre prendido a ese olor, a algo cálido y fragante como una noche de verano.

Mercedes empezó a salir con Juan José casi todos los fines de semana. Cuando volvía, Ángeles y él escuchaban todos los detalles, los avances y las retiradas de las manos en la oscuridad, el duelo lleno de risitas en los corredores del colegio, el día en que se metieron sin permiso en las caballerizas del Hipódromo.

Ángeles opinaba que su hermana estaba yendo demasiado rápido. En cambio él, la incentivaba, le decía que sí, que estaba bien que Juan José le levantara la blusa, que así era como tenía que ser y que se pintara las uñas de colorado y se soltara el pelo o por lo menos se hiciera las colitas bajas, detrás de las orejas, para parecer un poco más grande, como las chicas de quinto. Un día, Mercedes llegó alborotada: el Gitano le había regalado una foto en la que se lo veía subido a una moto, vestido con campera de cuero y una remera amarilla. Ni siquiera Ángeles pudo criticarla por dar gritos y batir palmas como una nena y dormir con la foto en la mesa de luz junto a las chucherías de sus hermanas.

En la noche, de una cama a la otra, siguieron hablando del Gitano. Él las oía reírse desde su cuarto. Se durmió tratando de recordar esa tarde de verano, el roce de la cadenita en la piel tostada, la mano ancha presionando con demasiada fuerza la cintura de su prima.

Tuvo la mala suerte de que fuera Ángeles la que lo descubriera. Tal vez Mercedes hubiera entendido. Aún sin perdonarlo, hubiera entendido. Por lo menos no hubiera puesto esa cara de novela de las tres o de monja en vilo, pero fue Ángeles la que entró sin avisar en su cuarto un sábado a la hora de la siesta, cuando debería haber estado en el quiosco y las demás en la pileta municipal —porque lo había pensado todo cuidadosamente, hasta había vivido con angustia descomunal el momento en que María Gisela, la menor, no encontraba su malla de margaritas— mientras él se fingía enfermo y, con la foto de Juan José a su lado en la almohada, se tocaba hasta

quedar exhausto y malhumorado porque todavía no sabía bien cómo hacerlo, cómo volverlo real, cómo llegar a ese momento en que el Gitano lo descubría caminando al costado de una ruta y se iban los dos en la moto para siempre, de espaldas al sol podrido del suburbio.

No hizo falta que lo echaran. Todos andaban nerviosos y callados, hasta María Gisela. Lo miraba como al gorila del zoológico, ese que daba vergüenza y un poco de miedo porque tenía una jaula demasiado chica y hacía sus necesidades frente a todo el mundo. Durante la cena, al tío Horacio se le cayó un sifón en la cocina y casi se revienta una pierna. No fue nada. Pero esa noche, él juntó todas sus cosas en un bolso y desapareció por segunda vez en su vida.

Estuvo en muchas partes hasta que tomó el tren rumbo al Sur, de regreso al barrio de Memé, donde los chicos de los Leones le dieron asilo. Los llamaban así porque habían copado una mansión en ruinas con dos leones de piedra en la puerta de entrada. Era la última casa de la cuadra, cerca de las vías. Más allá, empezaban las calles de tierra y los ranchos, en palabras del Gordo, ubicación importantísima para "mover la mercadería". En la casa había de todo. Algunos como él, algunos que se burlaban, otros que iban y venían. A la mayoría no le importaba. Hasta hubo un grupo de hippies que se quedó a vivir con ellos un tiempo. También había chicas. Ninguno de sus tíos vino a buscarlo y el Gordo lo bautizó "el Pollo" porque era rubio y tenía las piernas muy flacas. Lo pusieron a hacer los mandados y a limpiar, le tocaba sacar los baldes llenos de puchos

después de los días y días de póquer de los más grandes. Corría mucha plata en esa mesa y venían tipos de todas partes a jugar los fines de semana. A él lo mandaban a comprar mazos de cartas a distintos quioscos, siempre el Gordo o Regina, que eran de los más desconfiados.

Pero no quiere detenerse mucho en esos años, aunque pasaron lento, puliendo con muchas decepciones el tiempo pasado con sus primas, hasta dejarlo brillante de amor y comprensión. Es cierto que al principio disfrutó de ser parte de algo, ser uno de los Leones, a los que todo el barrio conocía. Las señoras cruzaban de vereda al verlo, aunque sólo fuera al almacén o estuviera trapeando las escaleras. Los chicos lo respetaban. Caminaba con un halo de importancia, como si estuviera en una película. Pero también le gustaba poner su nota distinta: andaba siempre bien vestido, afeitado, no como sus compañeros, entre los que, a pesar de las diferencias, hizo algunos amigos. Como Ezequiel, el moreno que bailaba *break dance* mucho antes de que se inventara ese estilo. O Maricela, una chica grandota, mucho menor que él, de pelo negro ensortijado. Era una de las mejores carteristas y siempre se jactaba de sacarle porciones al Gordo. Los demás le decían Varicela, para molestarla, pero él la quería. Le decía "angelito" y la defendía como a un cachorro. Hubo otros, pero se fueron yendo. El tiempo pasaba y él era el único que seguía ahí. Hizo de todo en esos años: de chofer, de campana, de muchacha de la limpieza. Pero no quiere hablar de eso. Sospecho que toda esa época le parece una cruel inversión del Centro Mágico del Mundo que había imaginado en su niñez.

Lo importante es que entonces conoció a Enrique. Cuando volvió al barrio de Memé, doña María acababa de morir y, aunque era apenas unos años más grande que él, Enrique ya llevaba más de tres en la Marina. Siempre lo veía pasar. Vivía en la casa que le había dejado su madre, a dos calles de la mansión. Una casa chica con galería, al fondo, parte de lo que seguramente había sido un conventillo. A veces Enrique faltaba semanas enteras del barrio y él se lo imaginaba embarcado, tendido de espaldas en su catre o acodado en la barandilla de cara a las estrellas. Algunos viernes volvía vestido de uniforme y él se las ingeniaba para ir a comprar cospeles o cigarrillos al quiosco de la esquina, se quedaba charlando un rato con el quiosquero, fingiéndose interesadísimo en el partido de fútbol o en el destino de Leonor Benedetto hasta que lo veía llegar, con el maletín negro y el sobretodo colgado del brazo izquierdo, calando los talones en las baldosas de la vereda. Empezó a saludarlo, tal vez sólo por buena educación, aunque a él le gusta pensar que había logrado volverse parte de su franco, igual que el tren de las seis o el noticiero que empezaba en un rato. Cuando lo veía doblar la última cuadra desde la estación, se recostaba en la pared del quiosco y encendía un cigarrillo, oyendo el murmullo del televisor. Pero no lo fumaba. Esperaba hasta que él se acercara y pasara a su lado dejando una pizca de *Old Spice* en el aire. Entonces aspiraba el cigarrillo. En el último segundo, Enrique asentía con la cabeza. A veces decía "Qué tal" o "Buenas". A veces, solamente sonreía. Ese segundo, en el que por fin exhalaba el humo y respondía al saludo, valía por todo. A veces se detenía

a conversar. Aunque él no se hacía ilusiones. Sabía bien que Enrique era diferente, que vivía en un mundo de dobladillos perfectos y cuellos de almidón, mientras él se movía en sombras y baños públicos, en trenes y desahogos mudos.

Por él empezó a pensar en dejarlo todo y accedió al plan descabellado de Maricela. En la calle, la chica sabía lo que hacía pero no calculó que el Gordo —que jamás dormía en la mansión— tenía un sistema de seguridad infalible. Él lo supo después. Cada tanto, el Gordo elegía dos o tres pibes a los que fingía confiarles "el secreto" y les encargaba que cuidaran "los ahorritos". De este modo, todas las noches, tenía tres centinelas en tres lugares distintos de la casa cuidando quién sabe si unos cuantos billetes, una bolsa vacía enterrada en el jardín o el verdadero botín (que seguramente el Gordo guardaba bajo llave en su propia casa). Nadie sabía quiénes eran los centinelas asignados una determinada noche. Tenían prohibido hablar de eso, mucho menos entre sí, aunque tarde o temprano, algo se les escapaba. Por eso ninguno quería ese puesto. Era como una maldición. El centinela siempre era el primer castigado si se dormía o su incómodo tesoro desaparecía en medio de la noche. Al Gordo le encantaba el juego y destinaba jugosas carnadas a hacerlo más interesante. Siempre había alguno que se tentaba. Era un modo fácil de agarrar traidores o flojos, incluso si no le robaban nada.

Pero con Maricela se quedó con las ganas. Quién sabe cómo descubrió a dos de los centinelas de esa noche de sábado. El Pollo se alzó con el más fácil, que se había quedado dormido sobre un gabinete.

Ella se encargó del otro, en el piso de arriba. Pero algo salió mal porque cuando llegaron a las escaleras donde los leones miraban fiero el amanecer, ya tenían a tres siguiéndolos a los gritos. Corrió tratando de no pensar en nada, mucho menos en cuántos serían los que los perseguían o en el perro que ladraba sin respiro a sus espaldas. Trató de concentrarse en la remera azul de su compañera pero no bien subieron al tren que ya salía, la perdió para siempre entre los pasajeros. Arrojó el bolso a sus espaldas, pero ni siquiera eso los detuvo. Cuando llegó al espacio entre los dos vagones, vio la cara pecosa del Pirquín cerrándole el paso y al mismo tiempo sintió que alguien lo agarraba de la camisa. Alcanzó a distinguir a Sótola revisando el paquete mientras los otros dos lo golpeaban. El tren aceleró un poco, entró en una curva y antes de sentir el empujón que lo lanzaba a las vías del costado, vio cómo Sótola sacudía triunfalmente dos fajos de billetes.

Pensó en quedarse tirado ahí para siempre, viendo cómo el cielo iba pasando del negro al azul, un cielo con hilos de témpera blanca, como el que una vez había dibujado en la escuela. Pensó en Maricela huyendo con un paquete vacío. Pensó que lo había perdido todo, incluso aquello que había querido abandonar.

Se dio cuenta de que volverían por él. Le sangraba una herida en la cabeza y le dolía una pierna. Se levantó, sacudió las hojas muertas de su ropa y empezó a caminar hacia la estación. No estaba lejos, pero el camino se le hizo largo. Sentía un mareo, una onda dulzona que iba y venía de los ojos a la nuca. Subió por el andén para evitar la calle desierta, para perderse

entre los pasajeros. Pero ahí también había poca gente, algunos viejitos, una señora con un bebé, un hombre dormido en un banco. Cuando iba bajando las escaleras junto al puesto de diarios, una mano fuerte lo detuvo por el hombro. Sintió cierto alivio al pensar que por fin todo se acababa. Cuando giró y enfrentó la cara seria de Enrique, la piel todavía húmeda de loción para afeitarse y su voz demasiado alta, lamentó muchas cosas, pero sobre todo, lamentó no saber fingir un desmayo.

Sobre todo su voz. Una voz domesticada en pasillos estrechos y rangos que se gritan sin vacilar, una voz que siempre sabía lo que hacía, aún sin mandar, con pocas palabras, guiando al taxista somnoliento que los llevó hasta el hospital. Recuerda sobre todo su voz y la presión del pañuelo en su sien y la sensación de irrealidad, de estar viviendo en una fantasía mal diseñada, una fantasía en la que todos los detalles estaban revueltos, como el diario del domingo manchado de sangre y él con la peor de sus camisas, tartamudeando una explicación que Enrique descartó con un movimiento leve de los dedos en el aire, concentrado en las calles del barrio que desfilaban por la ventanilla.

En la guardia, tuvieron que esperar bastante y él tuvo miedo de no saber hablarle, de que el silencio pesara entre los dos peor que su mentira tartamudeada. Pero los barcos fueron suficiente y a pesar de que el dolor en la pierna era insoportable, escuchó con atención la lista de los puertos en los que había estado, los días en Francia, la foto frente al palacio de

Buckingham, el muñeco de nieve sin nariz que sus compañeros habían armado en la estación de la Antártida.

Mientras le ponían el yeso, pensó en volver con alguno de sus tíos, no con Horacio, claro. A esa casa no podía, no quería regresar, pero tal vez José, seguramente ya viejo y enfermo, le daría un lugar. Lo pensó por un momento: ni siquiera pudo obligar a su doble imaginario a cruzar el umbral de la casa en Punta Alta, subir las escaleras y abrazar al tío que olía a vino rancio y caldo de pollo, y siempre estaba tratando de convencer a la familia de que Hugo del Carril venía a comer con él todos los domingos.

Cuando salió del consultorio, Enrique todavía estaba sentado en la misma silla, hablando con una chica que esperaba para revisarse la garganta. Quiso pasar disimulado detrás de una enfermera, llegar rápido hasta la puerta para no interrumpir la escena y tener que despedirse. Pero oyó que la chica decía "Mirá, ya salió tu hermano" y Enrique se rió, guardó un papelito en el bolsillo, le dio un beso apresurado y caminó hacia él.

Al pie de las escaleras, le dio las gracias y le tendió la mano. Pero Enrique se quedó mirándola, como si fuera un insecto o un objeto desconocido. No la estrechó. En cambio, empezó a caminar hacia la parada de taxis.

—¿Para dónde vas? ¿Para el tugurio ése cerca de las vías?

—No.

—Me pareció que no. ¿Entonces?

—Dejame en la estación. Yo me arreglo.

Bajó la vista, tratando de ocultar que todavía no tenía ni idea de cómo arreglárselas. Pero cuando levantó los ojos, los de Enrique seguían ahí, esperándolo. No supo qué decir a esa mirada. Y tal vez así dijo la verdad. Porque Enrique negó con la cabeza, como ahuyentando un pensamiento o una palabra impropia. Abrió la puerta del taxi, lo ayudó a acomodar la pierna enyesada a lo largo del asiento y subió del lado del conductor. Cuando lo oyó dar al taxista la dirección de su casa, supo que desaparecía por tercera vez. Deseó con todas sus fuerzas que fuera la última.

Y durante los días que siguieron pareció que su deseo se había cumplido. Volvió a llamarse Mauricio ese mismo domingo, cuando, sentados a la mesa de la cocina, Enrique lo obligó a contarle todo. Todo menos el episodio del Gitano y los que siguieron. Se concentró en los años con los Leones. Por alguna razón se detuvo en cada una de sus pequeñas atrocidades. Le dio detalles de todos sus sobrenombres, hasta se encontró relatando con placer el sistema del Gordo para secuestrar camiones de empresas. En ese punto, Enrique se levantó, fue hasta el baño y volvió con una tijera y una cajita:

—Bueno, basta. Tampoco te creas que todo te va a venir de arriba.

Al fin y al cabo, era casi un milico. Y no dejaba de compartir ciertas obsesiones con la institución. El pelo corto era una de ellas. Le dio un discurso sobre la sobriedad y el carácter, sobre la disciplina, las formas y la necesidad de entrar en ellas con docilidad para encontrarse con uno mismo justo en el punto máximo de quiebre. Era, dijo, como trepar una mon-

taña. Del otro lado, sólo estás vos. O ese lado desconocido de vos al que sólo se llega una vez destruida toda resistencia. Sólo después de eso, uno se conocía de verdad, uno se volvía fuerte, libre, un verdadero hombre. A Mauricio la palabra hombre al final del discurso le hizo gracia, igual que la voz ahuecada con la que Enrique le hablaba mientras los mechones iban creando un diseño propio sobre la mesa, blanca de lavandina y virulana. Hizo esfuerzos para no reírse. Se acordó de los Leones. Muchos habían pasado por la rapada de rigor de la policía y habían vuelto a la mansión con la cola entre las piernas. Otros andaban con orgullo con el pelo largo metido dentro de la camisa, insistiendo en esa pulseada idiota de todos los días. A él no le importaba. Mucho menos ahora, que sentía los dedos helados de Enrique rozándole las orejas.

Tal vez se había propuesto educarlo, regenerarlo. O tal vez él también estaba solo. Quién sabe. Mauricio tampoco tuvo mucho tiempo para averiguarlo. Acordaron que se quedaría hasta que le sacaran el yeso y pudiera aparecer en casa de su tío de manera "más decente". Después volvieron a los barcos. Enrique siempre traía cosas de los viajes, camisas, libros, perfumes, pero sobre todo música: grupos ingleses, franceses, belgas. Tenía una gaita y una guitarra colgadas de la pared. Hacía poco había conseguido un walkman último modelo. Pero casi nunca salía a caminar con el aparato. No le gustaba que lo vieran. A Mauricio le hizo gracia que sólo lo usara en la casa, en lugar de poner sus cintas en el equipo de música del rincón que tenía pegadas varias calcomanías de los *Beatles*. Le preguntó si tocaba la guitarra.

"Un poco", contestó. "Ésa la dejó Morales, un compañero mendocino que se quedó unos días acá. Tocaba bien folklore. A mí me gusta más el jazz o el blues. Tengo varios discos también", dijo señalando las puertitas debajo del mueble.

Estaban por asignarlo al *San Juan del Salvamento*, así que las bandas de música y los instrumentos exóticos pronto iban a acabarse. El *San Juan* era un carguero que hacía viajes de rutina entre el continente y las islas del Sur, de donde, en todo caso, sólo iba a poder traer ovejas, pescado o comida empaquetada. Era un barco chico, comprado a los españoles, pero Enrique no se quejaba, hacía poco lo habían ascendido y el frío no lo asustaba: en la sala de máquinas se estaba siempre mejor. Nunca faltaba el trabajo. Además, ya había pasado una temporada larga en la Antártida en la que, mientras los demás se desesperaban por las novias y la palidez indistinta de los días, él pasaba los días en el gimnasio o leyendo *El Anticristo*. "Leer es una gran cosa", le dijo. "Igual que la gimnasia. Mañana te voy a enseñar una rutina que podés hacer aunque tengas el yeso. Me la enseñó un capitán de corbeta. Vas a ver que los días se te pasan mucho más rápido." No sabía que Mauricio quería que los días pasaran lento, que las semanas de convalecencia se prolongaran indefinidamente.

El lunes se fue para la base. Mauricio pasó los días encerrado, temiendo que en cualquier momento alguno de los Leones tocara a la puerta. Ni siquiera cuando se le terminaron los cigarrillos se animó a salir. No confiaba en el quiosquero. No confiaba en nadie y tuvo que aguantarse los nervios con la calistenia ridícula que le había enseñado Enrique. Hasta

llegó a pensar que lo había denunciado y pasó toda una noche de insomnio esperando a la policía.

Tampocó se animó a dormir en la cama de su madre, tendida con una prolijidad alarmante. Dormía en el sillón, casi siempre unas pocas horas, con el televisor encendido, sin volumen. No quería alertar a los vecinos. Revisó algunos libros pero lo aburrieron en seguida: eran todos de filosofía. Pronto descubrió las virtudes del walkman. Pasaba las tardes en el patio, oyendo esa música en idiomas desconocidos. El resto del tiempo deambulaba por la casa tratando de averiguar más cosas de Enrique: cuántas novias había tenido, cómo era su familia, de dónde venía.

Sentía que él lo había contado todo demasiado pronto, que había entregado el relato de su vida a cambio de unas cuantas anécdotas de transportes navales. En una caja con fotos, lo vio mucho más joven, abrazado a una chica de vestido celeste y a una señora, seguramente su madre. Una foto de niño lo mostraba en un sillón junto a un hombre rubio, de nariz muy grande. El hombre no aparecía en ninguna de las otras fotos, ni en las de cumpleaños ni en la de la graduación.

En otro placard, encontró los cuadernos de cuando Enrique iba a la primaria. Los habían encuadernado en tapas azules, duras. Su nombre estaba grabado en letras doradas, arriba del nombre de la escuela y el grado. Parecían pequeñas biblias. Los estuvo mirando un rato. En tercero y cuarto grado, Enrique escribía composiciones sobre el otoño y la tristeza de las plazas sin pájaros, los árboles desnudos acompañados sólo por sus signos de exclamación. En sexto, ya

hablaba de fútbol y de Paulita, quién sabe si un personaje del libro de lecturas o una compañera de carne y hueso.

En el fondo de otra caja, debajo de una gorra, encontró un paquete envuelto en papel madera. Estuvo unos días dando vueltas hasta que se animó a abrirlo: eran cartas, todas dirigidas a Enrique María Schwartz desde un domicilio en la costa. La letra era despareja, temblorosa, y el nombre de Enrique aparecía siempre más arriba, como abandonado por el resto de los datos a la blancura intimidante del sobre. Eran de los últimos años. Las más recientes ni siquiera habían sido abiertas. Mauricio volvió a ponerlas en su lugar, con cuidado de envolverlas siguiendo los pliegues del papel.

Cuando Enrique regresó, lo encontró en el sillón armando un rompecabezas de mil piezas de las cataratas del Iguazú. Se quedó parado en la puerta. Parecía sorprendido, como si se hubiera olvidado de su huésped o no lo juzgara capaz de completar un paisaje tan complicado. "Le falta una", dijo mientras dejaba el bolso y unos paquetes en el piso. Se inclinó sobre su hombro y señaló el centro de espuma violácea de la Gran Cascada. Su aliento olía a café. Tenía un poco de sangre donde empezaba la oreja, seguro se había cortado al afeitarse. Mauricio resistió el impulso de pasar el dedo por la herida y se preguntó cuánto tiempo resistiría esa convivencia.

Le preguntó por la pierna. Hablaron del otoño, de la comida que hacía falta comprar, de la base, de los amistosos de la Selección. Hubo una pausa y Enrique se quedó mirando el televisor apagado, como si el lazo creado con tanta facilidad se hubiera roto de

repente y no supiera cómo remendarlo. "Me voy. En unos días, sabés. En el *San Juan.*" Y siguió mirando la pantalla apagada, el índice jugando con su labio inferior. Y eso es lo que más recuerda, el momento en el que Enrique dijo "Me voy", como si supiera, como si presintiera lo que estaba por pasar y no supiera cómo decírselo, los ojos perdidos en la cara negra del aparato.

Lo más probable es que sólo estuviera preocupado. Seguramente los días en la base lo habían hecho recapacitar y ahora que iba a embarcarse no estaba tan seguro de tener a un extraño en su casa. O tal vez era parte de su personalidad: esos arranques de entusiasmo que pronto se teñían de melancolía o simplemente de silencio, como si se arrepintiera al instante de lo que acababa de afirmar con tanta decisión. Mauricio todo lo adjudicaba al mar, pensaba que así debía ser el carácter de alguien que se pasaba los días sabiéndose un pequeño punto en esa inmensidad verde y traicionera. Pero me advierte que él siempre fue un romántico, que no merece demasiado crédito lo que piensa ahora, que los años han transformado esos pocos días en una prisión circular a la que todavía vuelve de vez en cuando, algunas mañanas.

Lo cierto es que en esos días Enrique estuvo más hosco, callado, era difícil buscarle conversación y ahora lo lamenta. Lamenta haber desperdiciado esos días en detalles sin importancia: horas enteras perdidas en busca de una aguja de tejer de doña María para rascarse la pierna, en instrucciones para las plantas que no había sabido regar y para el pez negro que ni siquiera había descubierto entre las piedras de una pecera que él creía un resabio de la niñez.

Toda una tarde buscando pulóveres que Enrique ya no usaba y a él le iban largos de mangas, la noche en la que insistió en cocinar y comieron tardísimo un pollo demasiado seco y salado.

En el medio de esa cena, le preguntó por su padre. Enrique dejó los cubiertos en el plato y lo miró con desconfianza.

—Se portó muy mal con mi vieja. No se la merecía. Para mí no existe, no existió nunca.

—Por lo menos está vivo. Digo. Mi mamá murió muy joven y de mi papá no se sabe nada. O por lo menos, nadie está muy seguro. Cada tío tiene un candidato diferente.

—Para mí es lo mismo. Es como si estuviera muerto.

—Pero guardás sus cartas igual.

Pensó que iba a pegarle porque se levantó y empujó la mesa con tanta fuerza que el banco en el que apoyaba la pierna tambaleó un poco. Lanzó un grito involuntario pero Enrique ya estaba en la pieza, revisando la caja. Volvió a la cocina. Respiraba agitado.

—¿Cómo supiste?

—No sé. Adiviné. No parecían de una chica.

—Si las hubieras abierto, te mataba.

—Ya sé.

Negó con la cabeza, todavía apoyado en el marco de la puerta. Volvió a la pieza y no salió hasta el día siguiente. Mauricio pasó la noche mirando el cielorraso, arrepentido de todo, deseando no haber dejado nunca la mansión. Allí nadie se interesaba en la vida de los demás, allí desaparecer era una tarea mucho más fácil, siempre y cuando uno no llevara nada de valor encima. ¿Y cuánto valían sus secretos?

Nada. Nunca nadie habría dado nada por ellos. No todavía. No hasta que mi hermano y yo apareciéramos en su vida.

Pero arrepentirse no servía. En cada gesto de Enrique pesaba ahora la sospecha. Tenía la mirada borrosa, como si un vidrio sucio se interpusiera entre los dos. Lo oyó revolver cajones y roperos en el cuarto cerrado. Cada golpe de la madera lo sobresaltaba, pero sabía que en el fondo Enrique no tendría el valor para echarlo.

Dos días después se fue para la base y, de ahí, al Sur. Mauricio se sintió obligado a acompañarlo hasta la puerta, pero Enrique le dio un abrazo flojo, silencioso y se despidió sin siquiera mirarlo. Y por eso prefiere recordar su mirada fija en el televisor apagado, como si se hubiera ido en el mismo instante en el que pronunció esas palabras, como si su reflejo en la pantalla fuera el número máximo de un truco de desaparición que ni el mejor de los magos hubiera imaginado.

Desde las primeras noticias, trató de pensar sólo en las ovejas, de concentrarse en las veinticinco mil cabezas de ganado en pie que el *San Juan* transportaba desde las islas al continente. Esperó demasiado. Semanas enteras en las que siguió cortándose el pelo, afeitándose al ras y empujando a la guerra fuera del círculo mágico de esos balidos en el que Enrique volvía en cualquier momento.

Al enojo con el teléfono que no sonaba y con su propia cobardía, le fue sucediendo una desesperación

de televisor encendido las veinticuatro horas. Pero el *San Juan del Salvamento* no salió en las noticias. Entre la desinformación oficial y otras historias más espectaculares, sus veintidós muertos pasaron inadvertidos. Al estallar la guerra, el carguero se había transformado en una pieza vital para el transporte de armas y alimentos. Podía entrar en las bahías y en las caletas más fácilmente que los barcos grandes y, por eso, al personal de la Marina Mercante se le había sumado gente de Prefectura y de la Armada. Los ingleses lo hicieron explotar cerca de Puerto Howard. Todo esto lo supo después. Tuvo que ir hasta la base para que se lo confirmaran. Recuerda bien ese día, la cara de desconfianza del oficial que apareció con la lista y las condolencias en una carpeta y la mujer que le regaló una estampita a la salida.

De regreso, tenía que ir al hospital a que le hicieran más radiografías: la pierna se había soldado mal y le habían dicho que tenía que operarse. Pero cuando llegó a la sala de espera, no tuvo fuerzas para entrar. Volvió a la casa en un taxi, pensando que el barco cargado de municiones seguramente había ardido como una gran hoguera de fuegos artificiales. Descubrió que era más fácil pensar en el barco entero, no dejar que la palabra "tripulación" lo fuera llevando hasta la cara de Enrique, no dejar que los otros nombres (como el de ese "Ramón Correa, primer electricista", que sin ninguna razón se le había quedado pegado en la garganta) lo fueran llevando hacia el suyo. Ya en el camino se dio cuenta de que tenía que irse. No había forma de seguir viviendo entre sus cosas. Armó un bolso con lo suyo y se quedó un segundo en el marco de la puerta, esperando a que

las cosas le hablaran. Sintió una punzada en el pecho al pensar en los cuadernos de la primaria de su amigo, en las fotos y los recuerdos de sus viajes. ¿Qué hacer con todo eso? Esperó un rato más, pero nada le habló. Era como un extranjero en un país largamente recorrido pero sin méritos suficientes para dibujar un mapa preciso en su memoria.

A último momento, las cosas parecieron decidirse, crearon esa demora. Porque no puede haber sido casualidad que se arrepintiera, que volviera sobre sus pasos para arrojar el pez y todo su mobiliario submarino al inodoro, arrancar de un tirón el gamulán que Enrique colgaba de un clavo detrás de la puerta y volcar en su mochila todo lo que había sobre la mesa: unas biromes, hojas sueltas, una caja de fósforos, el cenicero, un almanaque y el walkman con la cinta todavía detenida en aquella canción.

A la salida, se agachó para dejar la llave en la maceta y oyó las suelas deslizarse por el pasillo. Agarró una piedra con la mano izquierda y cerró un segundo los ojos, listo para recibir el golpe. Pero los pasos tardaban mucho, parecían dudar, detenidos en la puerta de la casa de adelante. Abrió los ojos pero no se levantó, de modo que lo primero que vio de él fueron sus pies, calzados en unos zapatos negros carcomidos por el uso, brillantes de betún y esfuerzo. Y al instante breve de alivio porque ésos no eran los pies de Sótola o del Gordo, le sobrevino una descarga de angustia cuando oyó que una voz pastosa, cargada de emoción, le decía "Ingleses hijos de puta, yo sabía que no iban a poder con vos".

No pudo hacer otra cosa, se repite. No hubo tiempo. O sólo tuvo tiempo para callar lo suficiente. Se

levantó y se dejó envolver en el abrazo, un poco entrando en la espiral de la suerte o más bien saliendo de la suya propia, sin saber todavía que en el abrazo del viejo se jugaba su último gran acto de desaparición.

No volvió a pensar en la música hasta que llegó a la playa, una semana después. También había traído los cuadernos y las fotos de la infancia. Ideó el ejercicio un poco sin proponérselo un día en que la canción trajo la sonrisa de Enrique mucho más clara y recuperó en ella casi toda una conversación sobre los largavistas. Desde entonces, todos los días escuchaba la misma cinta y repasaba cada una de las imágenes, luchando por recordar algo nuevo, enfrentándose con la música al paso mullido de los días en el balneario.

Pero la canción pronto perdió su poder evocativo y descubrió que Enrique volvía en los momentos menos pensados, independientes de su voluntad. Casi siempre en la noche, cuando se tendía entre los perros, sintiéndolos respirar, oyendo al viento traer un poco de mar en cada vuelta.

O en los diarios. Por alguna razón, allí su recuerdo resistía.

Por costumbre, por fidelidad, por el simple gesto de aferrarse a algo, siguió escuchando la canción todos los días. Pero no volvió a pensar en sus razones hasta la mañana en que vio la sombra de mi hermano deslizarse rápida sobre los muebles del comedor. No se movió. Se quedó en el sillón donde había estado toda la noche, combatiendo el insomnio con un mazo de cartas y los diarios de la semana. Sólo había logrado siestas intermitentes, olas

de quince minutos que lo traían y lo regresaban al mismo sueño color ceniza. Pasó una hoja llena de publicidades y leyó un titular sobre un rompehielos. Alargó la mano hacia la tijera y se detuvo: un chasquido en la ranura de las cartas y el golpe rotundo del sobre en los mosaicos. Se levantó y fue hasta la ventana. Alcanzó a ver la espalda bronceada de Rafael. Pensó que el traje de baño rojo demasiado grande no lo favorecía, aunque tenía piernas de atleta y caminaba apurado, en un ritmo que revelaba sus músculos con especial nitidez. Todavía sin sospechar nada, recompuso con esas partes el todo del muchacho, el mismo que veía pasar todos los días. ¿Se acordaría de la niña rubia que lo acompañaba dos veranos atrás? Probablemente no. Lo que importaba era que ahora iba solo y fuera de hora.

Recién amanecía y las casas se veían demasiado blancas, como si alguien las hubiera pintado durante la noche. Sonrió. El aullido de Índigo le llegó desde el fondo. Se rascó la cabeza y los dedos se enredaron en el pelo largo, sucio de días. Al fin, fue hasta la puerta. En el piso había un sobre color madera y al agacharse pensó que el amanecer era siempre su hora de mala suerte, la hora en la que siempre desaparecía. Pero el casete en el sobre aparentaba ser inofensivo: lo conocía de memoria, sólo que éste estaba casi nuevo y el suyo tenía las letras borradas y la cinta resbalosa. Fue hasta el equipo de música, adelantó la cinta hasta la tercera canción y bajó el volumen a la mitad. La queja del cantante sonó distinta, suavizada, como si participara del polvo suspendido en el rayo de sol que llegaba hasta su brazo. Sonrió,

esta vez con una sonrisa rara, incompleta, una que ni siquiera el viejo le conocía.

Volvió al sillón y trató de concentrarse en el sueño. Durante dos días había tratado de recordarlo porque, a pesar de todos esos años y de todos sus esfuerzos, era la primera vez que soñaba con las islas. Tenía que ser una señal. Igual que esa cinta en un sobre de papel madera. Cerró los ojos y trató de volver a sentir los dedos entumecidos y el aliento entrecortado en vapores de sus compañeros, que caminaban riéndose del chiste de un cordobés. Iban en fila y él era el último. O él no era nadie porque de pronto, todo lo veía desde arriba, como planeando, como el albatros que todas las noches lo miraba dormir desde su sueño de alcanfores y estofa. Entonces aparecía por un segundo la cara de Enrique, pero no era lo suficientemente real, venía hacia él rígida, como calcada de una foto. Lo único que parecía real eran sus manos, que sostenían el FAL contra el pecho mientras la fila de soldados avanzaba por un camino de tierra. En seguida había sabido que era un sueño porque Enrique debía estar en un barco, rodeado de máquinas y no en tierra, rodeado por los chistes malos de esos colimbas que llevaban cascos enormes, los dientes apretados y las cabezas ladeadas, quizá por el peso de los equipos o el de los días. O acaso por defecto de su propio inconsciente, que no tenía idea de cómo avanzaban los soldados cagados de frío y de miedo en una tierra desconocida. Se oía un silbido, como una llamada en clave en un juego de niños, incongruente, parecido al de las cañitas voladoras y luego un estruendo exagerado, como los efectos especiales de una película de bajo presupuesto.

La fila de soldados se desarmaba. Todavía alcanzaba a ver algo como un manotazo, pero no eran las manos de Enrique —que siempre tuvo dedos largos y finos—, no, no eran sus manos, que debían estar todavía aferradas al fusil, sino otras, morenas, que sacudían el aire entre el humo de los explosivos como si trataran de librarse de unas telarañas.

Después soñaba con nieve, un campo y un tren que salía de la estación de Ciudadela. Él miraba por la ventanilla y quería apretar el brazo de Mercedes para que no se perdiera la nieve. Pero en lugar de su prima en guardapolvo blanco, a su lado iba sentado Pablo, su compañero de banco. Era Pablo pero tenía otra cara, una cara de grande y, a pesar de que él sí tenía puesto su delantal, Pablo lo punzaba con una sevillana para que le entregara su bolso. Había otra gente en el vagón, gente que lo miraba con desaprobación, gente que no miraba la nieve, que lo miraba a él: una vieja que negaba con la cabeza mientras tejía una bufanda, una niña rubia de ojos muy grandes. Él se rió y siguió mirando por la ventanilla. Apoyó las manos en el vidrio: estaba caliente y le pareció raro porque afuera seguía nevando y a nadie le importaba pero Pablo dijo "No jodás, macho" y él sintió un dolor insistente en sus costillas de once años y la vieja siguió tejiendo, aunque la bufanda ya llegaba hasta la otra punta del vagón y él dijo "Está bien" con una voz que no era la suya, que parecía venir de la muñeca que la niña hamacaba con demasiada fuerza y dijo "está bien" otra vez, aunque nada estuviera bien pero decirlo era como darse por vencido —que siempre es lo más fácil para salirse de un mal sueño— y funcionaba porque antes de despertarse, abría el bolso y ahí

estaba la mano, con las uñas llenas de mugre y los dedos retorcidos como la garra de un mono.

Lo que más le molestaba era que se acordaba mejor de la segunda parte, mientras que la primera era una sucesión de huecos hilada en imágenes. Algo importante pasaba en las islas y él era incapaz de recuperarlo y por eso había pasado otra noche más entre las cartas y los diarios, tratando de volver a esa parte del sueño.

Índigo rascó el mosquitero de la puerta y lanzó un aullido un poco más suave. El rayo de sol ya le entibiaba el cuello y se dio cuenta de que la música se había acabado hacía un buen rato. Fue lo primero que le gustó del balneario, de la vida simple con el viejo: el tiempo no transcurría, se acumulaba en un vacío vertical, igual que una cascada, igual que el polvo en los muebles. Sólo las estaciones venían a desmentir lo que uno sentía como idéntico y entonces era perfectamente legítimo dejar que el tiempo se escurriera leyendo diarios viejos y cuidando de los cachorros. El problema era el verano: las familias traían consigo a la ciudad, agazapada en sus heladeritas, en la arqueología triste de sus almuerzos, en la urgencia con la que se entregaban al mar y a los juegos de playa. Entonces el tiempo volvía a ser horizontal, pasaba en los flotadores abandonados, en las cáscaras de naranja y las bolsitas de plástico que los chicos de la noche despeinaban de la playa en busca de dudosos botines.

Fue hasta la cocina y dejó entrar al perro, que lamió sus talones desnudos. A través del mosquitero vio a los demás, todavía durmiendo a la sombra de los pinos. Marcia estaba tumbada de lado. Con los

ojos entreabiertos, seguía el movimiento de un pájaro. El calor no ayuda a su embarazo, se la veía respirar con dificultad. Había sido un error cruzarla de nuevo tan pronto. Pero el viejo siempre se salía con la suya. En realidad, la costa no era el mejor lugar para criar perros acostumbrados al frío y al trabajo, pero el viejo despreciaba cualquier otra raza, no escuchaba ninguna sugerencia. Decía que su superioridad era evidente en el hecho incontestable de que esos perros jamás ladraban. Pero cada vez era más difícil colocar a los cachorros. El brote "Colmillo Blanco" parecía haber pasado y ya nadie pensaba que era distinguido tener perros de ojos azules que ni siquiera servían para ladrarle a los intrusos. Habían tenido que quedarse con dos hembras de la última camada porque el viejo se negaba a bajar el precio. Era cuestión de orgullo, no de dinero. A don Alfonso le alcanzaba con recorrer la galería de fotos. Ésa fue otra de las cosas que le gustó en seguida del viejo: el pasillo iluminado con pequeñas luces blancas, donde los perros premiados se sucedían hasta llegar a Índigo, el último gran campeón de la familia. Por alguna razón esa galería le hacía pensar en Nochebuena, en la cara un niño al abrir sus regalos junto al árbol.

Volvió al sillón y terminó de recortar la noticia sobre el rompehielos. La dejó a un costado y desparramó otra pila de diarios sobre la mesa de madera. El sol ya empezaba a calentar los mosaicos. Cambió de lado la cinta. Pasó rápido las primeras páginas del diario y se detuvo en las últimas secciones, leyendo con cuidado las letras más chicas, a veces los policiales o las cartas de lectores. Así se iría la mañana.

Nunca leía libros. No había libros escritos sobre lo que él buscaba. Los diarios eran mejores: allí tampoco pasaba nada, allí también, el tiempo se detenía.

Casi al mediodía oyó ruidos en la puerta de la cocina. Sin levantarse, estiró el torso sobre los almohadones, espiando el rectángulo de luz en la distancia. Mi hermano tenía la cara apoyada contra el mosquitero y la presión de la tela la deformaba como si fuera la de un muñeco. Llevaba algo encajado en la axila izquierda. Desde el sillón, adivinó que era un ajedrez portátil y tal vez ese dato, que seguramente le recordó a sus primas, bastó para convencerlo. Rafael hizo un gesto de fastidio, lanzó un resoplido como si hubieran acordado una hora y él se estuviera tardando más de la cuenta. Pero era verdad, se estaba tardando más de la cuenta y pensó que Rafael —que no había golpeado, tan sólo había apoyado el peso elástico de su cuerpo sobre la puerta y ahora fruncía los ojos para anular la luz del patio y ver hacia dentro— podía arrepentirse en cualquier momento. Seguramente no pensó que mi hermano tenía más miedo que impaciencia, que haber faltado al entrenamiento empezaba a parecerle una muy mala idea. Dejó las tijeras sobre la mesa. Se levantó, fue hasta la puerta y la abrió de un tirón. Rafael se tambaleó un poco y apoyó el brazo en su pecho. Él lo sostuvo por la muñeca y lo separó de sí muy rápido, dejando resbalar los dedos hasta el codo, donde se detuvieron en la costra de una cicatriz que mi hermano se había hecho años atrás al saltar un alambrado. Bajó los dos escalones hasta ponerse a su altura y le dijo, con calculada hostilidad:

—¿Qué pasa? ¿Te cortaron la lengua?

Rafael sonrió, sacó el ajedrez y amagó a desplegar el tablero en aire. Él pensó que no era tan joven. Al contario, era más grande de lo que imaginaba y se parecía a ese chico de la tele que hacía programas infantiles. Marcelo Algo. Un programa viejo, no podía recordar el nombre. Iba a despedirlo sin más palabras cuando lo oyó decir:

—¿No te cansás de escuchar siempre la misma canción?

Una luz conocida cruzó por esa mirada, como una advertencia. Y él, que ya hacía mucho tiempo creía en el destino, sintió que esa frase lo decidía todo, que en esas palabras, como en una contraseña mágica, Enrique volvía.

El rengo

El sol del mediodía creaba falsos espejos de agua sobre el asfalto. Desde la ruta, la playa desaparecía. Nadie hubiera adivinado el mar —tan cerca pero invisible— si no hubiera sido por el ruido de las olas.

Ella iba adelante, pateando piedritas y hurgando en la basura con la vara de madera. Yo la seguía sin saber qué hacer para romper ese silencio, cómo volver a hablarle sin tocar el tema del libro. Pero *quería* tocar el tema del libro, quería saber cuáles eran sus cuentos favoritos, qué pensaba de la princesa cobarde o del príncipe peregrino. Pero no sabía cómo llegar hasta los cuentos sin volver a llamarla ladrona y la lengua se me paralizaba en cada frase.

Ella siguió un rato pateando la misma piedra. Empezó a cantar. Una canción sobre una chica de zapatos de charol que no podía ser feliz. La pasaban en todas las radios. Apuré el paso hasta ponerme a su lado pero dejó de cantar y ni siquiera me miró. Probé preguntarle sobre la Lobería, sobre el faro, sobre su escuela. Nada. Sólo obtuve una versión sin letra de la misma canción, tarareada mientras se anudaba la remera a un costado y movía de

a ratos la cadera, como ensayando un paso de baile. Hacía tanto calor que podía sentir cómo se evaporaba cada gota de agua en mis brazos y mi espalda, dejando la quemazón de la sal y la arena al descubierto. Miré el cielo. Mi maestra tenía razón. El sol era de verdad una estrella incandescente. Entonces, se me cruzó una idea, brillante como la bandada de pájaros que desafiaba los rayos del mediodía.

—¿Vos sos amiga del soldado?

Se detuvo y me miró con un poco más de interés.

—¿Qué soldado decís? ¿El Rengo, el hijo de don Alfonso?

—Sí, el que vive en el chalet con la veleta de Don Quijote en el techo y tiene....

—El lobizón.

—¿El lobizón?

—Sí, el lobizón. ¿No ves que solamente sale a la noche? Y siempre con un perro. Esos perros lobos, de ojos celestes. ¿Los viste? Meten miedo.

—Pero son siberianos. Ni siquiera ladran. Aúllan.

—Como los lobos. Un aullido laaaargo, largo. Lo podés oír bien clarito en las noches de luna llena. Para mí que lo mordieron en la pierna. Por eso se quedó rengo y de noche se convierte en lobo.

—Ay, sí. Y se come a la gente, dale.

—No, no se la come. Nada más la mata. Pero sin querer, pobre. No lo puede evitar.

—No digas pavadas. ¿No ves que la pierna se la lastimó en las Malvinas? —Al fin había dado con un tema que le interesaba y del que yo sabía más.— Mirá, puede haber un millón de explicaciones para eso, yo ya lo pensé varias veces: una bala, un techo que se le cayó encima, un avión que se estrelló.

Aunque eso es menos probable porque viste que él estuvo en la Marina y además los Pucará eran de los mejores aviones, ni los radares ingleses los detectaban. Pero también podría haber sido paracaidista. Hay soldados que hacen más de una cosa. Mi hermano dice que a veces calculan mal y el viento los arrastra y se quiebran las piernas al tocar el piso o contra las ramas de un árbol. O el frío. Puede haber sido el frío. A muchos soldados se les congelaron los pies y cuando te pasa eso no queda otra que cortarte los dedos. Pero igual te dan una medalla. Porque es una herida de guerra. —Separé las palabras casi sílaba por sílaba, como si mi dicción colaborara con mis explicaciones. Pero ella me miró como si estuviera loca.

—Vos qué sabés —dijo bajando la voz.

—Más que vos.

—No, no sabés nada. Mejor que ni te le acerques, eh. Acá hasta los chicos le tienen miedo. Dicen que ahorcó a la mujer esa que apareció patas para arriba, colgada de un árbol, hace mucho... Para mí que el viejo lo encierra. Por eso siempre hay marcas de garras en la puerta de la entrada. Fijate en la madera, vas a ver. Eso dice el Cami y debe ser cierto porque es de lo más raro el Rengo. Nunca habla con nadie y tiene esa barba larga y te mira fijo: así, mudo, con los ojos abiertos, unos ojos como de muerto vivo, más negros que no sé qué.

—¿Y vos cuándo lo viste, si está siempre encerrado?

—Ya te dije, a la noche. Cuando sale con los perros a la playa.

—¿A la noche, cuándo? No era que te quedabas con tu papá en el faro. ¿En qué quedamos?

—Hay veces que no. Hay veces que hay fiesta en la playa. Los chicos siempre me invitan. Hacen un fuego, traen un grabador... pasan Bob Marley, Hendrix, de todo. El Cami dice que cuando yo no voy, todo el mundo se aburre...

Seguramente Rafael hubiera sabido qué decir a esos nombres. A mí sólo me habían invitado a dos fiestas en mi vida y no siempre había habido un chico más grande con quien charlar en la cocina. Ella siguió hablando de las noches en la playa, del vino mezclado con *Fanta*, del Cami y otros chicos que dormían en las grutas. Empecé a desesperar. ¿Qué tenía que ver todo eso con las princesas moras? Llegamos a un grupo de árboles y ella se sentó sobre una piedra. Yo seguí andando sin darme cuenta. Me dolía la cabeza y el libro empezaba a parecerme estúpido o irrecuperable, como un secreto despilfarrado, repartido entre demasiadas manos.

Ni siquiera escuché el ruido del auto al acercarse. Cuando me di vuelta, ella ya estaba acodada en la ventanilla de un *Fairland* lleno de polvo. Sus talones jugaban con los tacos de plástico de las sandalias mientras hablaba con el conductor. Se rió, sacudió la cabeza hacia atrás, levantó un brazo y me hizo señas mientras abría la puerta trasera. Miré alrededor: el camino se veía desierto. Papá había tenido un auto parecido y tal vez por eso no me costó decidirme. Alcancé a subir cuando el tipo ya estaba arrancando. Ella me miró con fastidio, estiró las piernas, bajó la ventanilla y empezó a acomodarse el pelo. El interior del coche era oscuro y olía a cigarrillos. Tenía un tapizado de flores negras

sobre un verde esmeralda como el de los sillones de mi abuela. Estaba hirviendo. No bien me senté, sentí la tela quemándome a través de mis pantalones cortos.

El primero en hablar fue él. Su voz parecía la de un locutor de televisión. No combinaba con su cuello grande y rojo, lleno de granitos. Parecía que la voz salía de la radio y su cabeza era la de un muñeco.

— ¿Así que van a ver a los lobos?

—Vamos al faro —precisé.

—¿Qué faro?

—Vos dejanos ahí en la Lobería, que está bien.

—Bueno, no sé si estará abierta a esta hora. Creo que queda una guardia, pero el público tiene que venir a la tarde, a eso de las cinco. —Se pasó un dedo por el cuello de la camisa a rayas blancas y azules.— Igual es cerquita y a mí me queda de paso, porque caminando iban a tardar un buen rato...

—Sí, es verdad. —Por primera vez la veía sonreír. Tenía unos dientes blanquísimos y parejos.— Gracias —agregó después de una pausa.

—No, de nada, por favor. ¿Cómo te llamás?

—Nadia.

—Nadia —repitió él—. ¿Y vos?

—Andrea —dije mi nombre odiándolo. ¿Cómo podía ella tener un nombre tan lindo? Para colmo, el hombre agregó:

—¿Sabías que en Italia "Andrea" es un nombre de varón? En cambio, Nadia es un nombre ruso, ¿no? —Ella asintió.— Como la gimnasta esa, la de las piruetas.

—Nadia Comaneci. No es rusa. Es rumana —dije con ganas de aniquilarlos a los dos.

—Ésa. Es un fenómeno. ¿Vos no querés ser gimnasta cuando seas grande? —Los lentes ahumados debajan ver sus ojos demasiado chicos en el espejo. Una gota de sudor le resbalaba por la frente.

—No —contestó ella. Frunció la boca y terminó de desatarse el pelo, que desparramó su olor a mar por todo el tapizado.

—¿No? ¿Y entonces qué querés ser?

Nadia pasó un dedo por el borde de la ventanilla. No había viento que nos despeinara. El auto avanzaba lento, casi podían contarse los árboles al costado del camino.

—Claro, igual tenés tiempo para pensarlo, ¿no? Cuando yo era chico quería ser *boy scout*. Mirá vos, me creía que eso era una profesión. Que te la pasabas yendo de excursión o buscando formas de hacer la buena acción del día.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó con qué? —Creo que entonces me miró por primera vez. Pareció molestarse con la pregunta.

—Con lo de ser *boy scout*.

—Ah. No sé. Qué sé yo. Una vez fuimos de campamento a Junín. Y no me gustó para nada. Había que pelar como doscientos kilos de papas, después de nadar todo el día en la laguna, encender el fuego... Y había competencias, también. Carreras, remos, esas cosas. Nunca gané ninguna, de lo único que me acuerdo bien es del día en que con un amigo encontramos un ciervo. Cuando volví, fui como cinco veces al zoológico para verlos otra vez, pero nunca eran los mismos. —Pareció que iba a seguir hablando pero no, hizo una pausa larga.

Manejaba casi encorvado, las manos aferradas al volante.

—Hace calor acá —dijo Nadia un poco después.

Me di cuenta de que me dolía la cabeza. Me dolía desde hacía rato pero recién entonces el dolor se hizo concéntrico, real. Quise decírselo a Nadia pero justo empezó a sacarse la remera. Muy despacio, como si hubiera ensayado miles de veces para ese momento. Algo en ese gesto me hizo pensar en los secretos de lunes por la mañana de mis compañeras. Se reunían en grupitos a hablar de lo que habían hecho el fin de semana. Y siempre era algo que sólo podían decirse bien adentro de las orejas.

Me aparté un poco de Nadia, hasta apoyar mi hombro en la ventanilla. Pero no pude evitar mirarla. Vi que tenía la piel muy bronceada, con una zona clara cerca del cuello, donde las tiras de la malla se habían deslizado un poco. No dejaba de mover su pierna, que se pegaba y despegaba del tapizado caliente, la tela persiguiéndole la piel con ruido de globo desinflado.

Él tipo se rió con una risa baja, entrecortada. Miró a Nadia por el espejo. No estoy segura, pero creo que hasta guiñó un ojo. O tal vez sólo le temblaba un nervio de la cara. Encendió un cigarrillo y largó el humo junto con las palabras.

—Casi nunca llevo gente yo. Porque una vez levanté a unos pibes, dijeron que eran jardineros, llevaban las herramientas en un bolso. Bah, la cosa es que no me gustaron nada. Eran un poco sospechosos. Uno tenía una sevillana en el pantalón, se podía ver el mango, estoy casi seguro de que era para apurarme. Y yo no soy ningún boludo. Los tiré en la primera

estación de servicio que vi. Otra vez llevé a un tipo que no hablaba nada de castellano. Era australiano, me parece. Se reía todo el tiempo, el tarado. Y cuando uno va manejando tantas horas quiere hablar un poco con alguien, distraerse, si no el viaje se te hace re largo, aparte de que te podés quedar dormido y eso sí que es peligroso. Así como me ven yo vengo manejando desde Avellaneda casi sin parar, recién en Bahía Blanca por ahí duerma un poco. —Hablaba rápido, sus ojos iban y venían del espejo al camino, como si en realidad mirara las cuentas negras del rosario enroscado en el soporte.— Es que yo me la paso hablando con gente, voy a visitar a los clientes y todo eso, pero no es lo mismo. —Tiró el cigarrillo sin terminar por la ventanilla y se rascó en algún lugar invisible.— Pero hoy vengo con buen tiempo, le puse mucho de golpe, así que puedo parar un rato, a comer algo o a tomar un helado, porque acá adentro hace un calor bárbaro, vengo sin aire desde Dolores. Por acá cerca hay un parador, ahora que me acuerdo. Sí, es un poco después. Estaría bueno, ¿no? Digo, parar un rato.

Ninguna de las dos le contestó. La ruta había ido alejándose más y más de la playa. Sólo podían verse arbustos y pastos secos al costado del camino. La Lobería, un edificio blanco, construido sobre una explanada de piedras grises, apareció a continuación de la última curva del camino. Pero cuando llegamos a la entrada, en lugar de detenerse, el hombre aceleró, alargó una mano blanca y fofa y empujó un casete por la abertura de la radio. La voz plana de Phil Collins, acompañada de un saxofón salió por los parlantes en medio de un tema lento.

La música terminó de despertarme, como si fuera una señal y el encantamiento creado por nuestras voces, el tictac del rosario y el ruido del motor se rompió con los primeros acordes. Pensé en mamá. Estaría todavía enojada por la discusión de la mañana, sentada en la reposera con la arruga azul empañándole la frente o leyendo una revista, esperando a que papá volviera del club. Pensé en la salida de baño naranja que me esperaba colgada de una vara de la sombrilla, en las paletas de madera que nunca usaba, en el heladero que pasaba todos los días a esa hora.

Empecé a sacudir la manija de la puerta, a gritar, a pedirle que parara.

—¿Qué? ¿No viste que estaba cerrada la Lobería? Acá no hay nada. Esperá un poco y nos tomamos un helado cuando lleguemos al parador. Es acá nomás.

—No quiero tomar nada. Quiero volver.

—No seas caprichosa.

—Dejala que se baje.

—Pero dale, ya estás grande para caprichitos, ¿no te parece? ¿Qué te enseñaron tu mamá y tu papá?

—Dejala, es una maricona.

—Y vos sos una ladrona.

—Callate. No sé para qué te traje. Al final resultaste una nenita de mamá. —Nadia me empujó con las dos manos y mi cabeza golpeó contra la ventanilla. Creo que le amagué una patada. Sólo sé que el auto se detuvo y oí que el hombre decía:

—Pendejas de mierda. Ya les voy a enseñar yo lo que es bueno.

El hombre se bajó sin apagar la radio ni el motor. Cerró la puerta de un golpe y abrió la de mi lado. Me agarró del brazo y tiró de mi cuerpo hasta que caí sin ruido sobre el asfalto. Algo se pegó a mi espalda y vi su cara por primera vez. Una cara redonda, sudada. Se parecía al puestero de la feria donde mamá compraba el pescado. Era un hombre raro el puestero, siempre estaba haciendo muñequitos con papel de alfajor. Una vez me había regalado una bailarina. También hacía grullas y bicicletas pero no pude seguir pensando en los demás muñequitos porque el hombre del auto gritaba demasiado.

Desde el piso, vi la cara de Nadia pegada a la ventanilla. El hombre se acercó tanto que se convirtió en una esfera borrosa y sólo pude ver sus dientes desparejos, finitos. Traté de seguir pensando en el puestero para no sentir sus dedos hundidos en mi hombro pero él se incorporó un poco para mejorar su ángulo y me cruzó la cara de un cachetazo. Sentí un zumbido conocido y un poco después me llegó su olor a transpiración. Pensé en Rafael y el zumbido creció hasta nublarme los ojos. Pensé en Constanza y su hermanito jugando con mis cosas y las nubes se transformaron en lágrimas. Nadia bajó la ventanilla y dijo algo que no alcancé a oír. Intenté levantarme, pero el hombre me volvió a sentar de un empujoncito. El zumbido en mi cabeza creció un poco más, como si tuviera relieve, como si fuera una esponja que me aislara del mundo. Nadia volvió a gritar. Me pareció que decía "Dejala" y entonces él se pasó la mano por la frente, murmuró un último insulto y arrancó sin ruido hacia la ruta.

Creo que pasé un rato sentada en el mismo lugar. El recuerdo de toda la escena siempre ha sido borro-

so. Descubrí que si caminaba despacio, poniendo con cuidado un pie delante del otro, el zumbido parecía desaparecer. El sol estaba alto, hirviendo de siesta, y el calor del asfalto traspasaba mis sandalias. Intente sorprender el ruido del mar entre los ruidos de mi cuerpo. Nada. Adelante, sólo se veían postes y espejos de luz sobre la ruta. Caminé por el costado del camino, cuidando de no pisar el asfalto. No sabía dónde estaba. Todo lo que veía eran árboles, matorrales, basura. Unos iguales a otros. En casa todos deberían estar durmiendo o terminando de comer. No todos. Rafael estaría volviendo del entrenamiento. Caminaría balanceando la raqueta, cantando una canción. Su imagen de triunfo rutinario me dio un nuevo sacudón de llanto. En el fondo, él tenía la culpa de todo, por dejarme sola. Ni siquiera había tenido tiempo de contarle del libro y de la gruta.

Pensar en el libro me hizo sentir un poco mejor. Me di cuenta de que nadie podía quitarme las imágenes de esos palacios y caminé tratando de volver a ellos. No quería pensar en Nadia y el hombre del auto. Seguí concentrándome en los palacios —que hacía tiempo habían ingresado en mi lista de las cosas hermosas— hasta que vi aparecer delante de mí un bosque de pinos, la silueta de una princesa árabe, un caballo blanco y una fuente hacia las que caminé despacio, muy despacio, un pie delante del otro, rogando que mi imaginación alcanzara hasta llegar a casa sana y salva.

Dicen que cuando entré en la Lobería le pedí al guardia —un chico alto de pelo largo— un chocolate y una cantimplora con líquido revitalizador. Le expliqué que las comidas con muchas calorías eran

las mejores para sobrevivir en el mundo. El chico me miró como si fuera un pez escapado del tanque a sus espaldas. Me dio un alfajor y una gaseosa y fue a llamar a su compañero. Yo no me acuerdo de nada de eso. Sólo sé que no podía parar de hablar porque no bien mi cabeza hacía un poco de silencio, la cara de Nadia pegada a la ventanilla me saltaba encima desde un hueco oscuro y con ella volvían los dientes finitos del hombre y unos titulares horribles de la televisión que hacían un llamado a la solidaridad con una foto carnet desteñida que ni siquiera se parecía a ella.

Del guardaparques más viejo me acuerdo mejor. Tenía una barba veteada de blanco. Mientras el otro iba a buscar la camioneta, me llevó al espigón donde los lobos se asoleaban contra el cielo amoratado de la tarde. Me contó que los marineros de Colón habían confundido a los lobos marinos con sirenas. A mí me pareció imposible. Eran feos, sucios. Hacían demasiado ruido, todos amontonados y resbalosos. Pero lo escuché sin decir nada, para que siguiera hablando. Dijo que iba a haber tormenta. "El mar se va a poner bravo en la noche", sentenció. Le pregunté si en las cercanías había un faro. Lo dije imitando a mamá o más bien, a la voz de mamá cuando hacía de turista. Como si la palabra "cercanías" o la entonación ascendente me llevaran de vuelta a su regazo. El guardaparques se puso un poco serio y dijo que no, que por ahí no había ningún faro. ¿Para qué iba a haber un faro si ni siquiera había un puerto? Había que andar muchos kilómetros, llegar por lo menos hasta Mar del Plata para ver un faro.

Por un segundo traté de pensar que el padre de Nadia vivía en ese faro lejano, pero hasta para mi

imaginación insolada eso era ridículo. Su cara en la ventanilla me dio un poco menos de lástima. Ahora me parecía que se reía y me saludaba con sorna desde la luneta trasera del coche. ¿Y si en vez de "dejala" había dicho "matala"? Ahora no estaba tan segura de que hubiera dicho algo. Ahora no estaba segura de nada y la cabeza me dolía tanto que sentía que se iba inflando como un globo de cumpleaños.

Mamá me llevó a la enfermería del balneario pero tampoco me acuerdo de eso. Un paño mojado en la frente y una voz que decía "insolación". Un poco después, alguien me untaba de frío y hablaba de quemaduras de segundo grado, pero ésa era la voz de un hombre, probablemente la de papá, aunque sonaba como la de un extraño. Me dormí. Cuando abrí los ojos, ya había empezado a llover. Rafael estaba a mi lado, sentado sobre su cama, leyendo a la luz de un velador. Cuando me vio girar hacia él, dijo en voz muy baja:

—¿A mí tampoco me vas a decir qué pasó?

—A vos qué te importa. —El sueño me había dejado la voz pastosa. La corregí con una tos forzada y ensayé un movimiento de cara a la pared: no le iba a resultar tan fácil.— Dejame.

—Sí que me importa.

—No. No te importa nada. Vos también pensás que soy una pendeja de mierda. Por eso no venís a la playa conmigo, ¿no? Te da vergüenza. No querés que te vean conmigo, eso es. —El yeso de la pared daba a mi voz un efecto dramático inesperado.

—¿Qué decís? Nada que ver. No entendés... Hay veces que uno necesita estar solo. Por eso no voy. No voy porque... ¿no ves? No puedo contarte todo. Hay cosas que no son tan fáciles de contar.

—Bueno, entonces yo tampoco te cuento nada.

—Dale, decime. ¿Y este raspón en la rodilla? ¿Qué te pasó?

—¿Qué? ¿Nunca te caíste en el asfalto vos?

—Sí, pero no el mismo día que me insolé y volví a casa con la cara y la espalda como un tomate. Encima, en la camioneta de dos guardaparques. —Todo esto lo dijo enumerando con los dedos.— Dale, de verdad, ¿qué te pasó?

—Nada. No me pasó nada. —Pero ya se me había escapado una sonrisa.

—Bueno, está bien, enana. —Bajó la voz, dejó la revista a un costado y se pasó de su cama a la mía.— Vamos a hacer una cosa. Si me decís qué te pasó, te cuento un secreto.

—¿Qué?

—Una cosa. Mejor dicho, yo te cuento una historia y vos me decís lo que te pasó.

—¿Qué historia?

—De las islas.

—¿Del soldado? ¿Hablaste con él? —Me senté. Él asintió y acomodó la almohada debajo de mi cabeza. Pero la espalda me ardía demasiado, tuve que volver a acostarme boca abajo, de cara a su hombro.— Seguro que yo tenía razón, ¿no? —dije, volviendo a caer en la trampa del sueño y el analgésico—. ¿No que no está loco?

—No, no está loco.

—Contame.

—Vos primera.

—No, vos.

—Mirá que es larga la historia, eh.

—¿Es de la guerra?

No. No era sobre la guerra. Era mucho mejor. Con los ojos fijos en la lluvia que golpeaba la ventana, Rafael nos colocó a los tres a bordo del rompehielos más poderoso de Latinoamérica, el "Almirante Irízar", hacia el final de la guerra, en una misión de patrullaje y reabastecimiento en las aguas del Sur.

Los mares más violentos del mundo se abrieron con sus tempestades a trescientos veinte kilómetros por hora y sus campos de hielo espeso, escoltados con veracidad de documental por sus nombres propios extranjeros: el Mar de Weddell, el Scotia, el Mar de Bellingshausen. A cada sonido nuevo desaparecían las horas insoladas de la ruta, el televisor encendido en el living, las preguntas, los reproches. Todo retrocedía, suspendido por el hielo y el lento avanzar del barco.

Una tarde, se quedaron varados durante horas en un campo especialmente impenetrable. Avanzando y retrocediendo, el barco estuvo casi toda la noche excavando un sendero en un bloque de más de ocho metros de espesor. La persistencia del capitán pudo más que la fuerza de la barrera, aunque los demoró dos días más. Intentar rodearlo hubiera sido mucho peor: no se divisaba el final de la superficie de témpanos por más que se forzara la vista a ir más allá de la neblina de frío que la circundaba. Este y otros obstáculos sumaron días al desabastecimiento de la última base, aislada de todo contacto humano desde hacía más de cuatro meses.

Ni siquiera era una base militar, era apenas un asentamiento en el archipiélago de las Sandwich del Sur, emplazado en medio de una pingüinera enorme. Se llamaba Cabo Soberanía. Mi hermano no estaba

muy seguro de que siguiera existiendo. Al estallar la guerra había sólo una estructura mínima y un guardia y así había permanecido porque el tránsito había estado imposibilitado por el bloqueo inglés durante todo el conflicto.

Así que no sabían en realidad con qué iban a encontrarse, las comunicaciones por radio se habían interrumpido hacía mucho tiempo. Por otra parte, ésa era la última parada y todos estaban especialmente contentos. Sabían que ya empezaba la vuelta. Había un clima de festejo, más animado que de costumbre, y eso que los ciento cincuenta tripulantes habían estado meses a bordo y llegar a una base no puede en esas latitudes contarse como haber pisado tierra, ¿entendés? Porque uno no sabe siquiera lo que está pisando, ni los propios pies se sienten.

La mayoría ni siquiera tenía permitido bajar. Sólo el personal necesario lo hacía: reparadores, plomeros, torristas, ocasionalmente algún científico. Pero la cosa es que él ya se sentía de vuelta desde que habían dejado las Orcadas, la semana anterior, aunque todo le parecía poco si pensaba en casa, te imaginás ¿no?, la cerveza, la comida, el cine, los amigos, todas esas cosas que se extrañan más cuando alguien te las recuerda. Y los pibes se la pasaban hablando de eso todo el tiempo. Yo me sentía tan optimista que me ofrecí a bajar con el contingente de relevo y, como no era un lugar demasiado interesante, me dejaron nomás. A mí no me importaba, total ya estaba harto de estar encerrado, el lugar me daba lo mismo.

Pero no sabía que ese día iba a ser distinto. Imaginate una mañana de ese frío glacial del que hablábamos. Amanece, pero no es seguro, es casi

como si estuviera anocheciendo, parece que el sol luchara por moverse un poco en el horizonte, como una bola de ceniza aplastada. Para peor, todavía había una niebla sólida, de esa que te obliga a fijar demasiado los ojos, hasta te llegan a doler de tanto mirar y entonces mirás para abajo; también para esquivar el viento, porque ahí el viento te parte la boca en un segundo.

Ya antes de llegar a la costa, podían oírse los gritos de los pingüinos. Hacen un ruido raro, difícil de explicar, como miles de sirenas roncas sonando al mismo tiempo. Porque yo sé que todo el mundo dice que son animales muy simpáticos, y todo eso, pero miles y miles de pájaros bobos gritando todo el tiempo, nadie piensa en eso, eh, en cómo debe ser eso, nadie.

En realidad, lo primero que vi no fueron pájaros. Iba mirando al suelo para esquivar el viento, así que lo primero que vi fue el hielo sucio. No el hielo sucio de barro, porque eso también, eh, la gente se compra la Antártida de las postales, donde todo parece un mantel recién lavado o un espejo cristalino y no es para nada así, sobre todo cerca de las costas. El hielo puede tener distintos colores, puede estar sucio de barro y algas, a veces parece azul, gris. Depende. Pero aunque no sepas nada de eso, cualquiera se hubiera dado cuenta de que ésas eran manchas de sangre. Y entonces, a unos metros nada más, empecé a ver los primeros cuerpos. Levanté la cabeza y vi que todo el llano que rodeaba la base hasta la costa estaba salpicado de pingüinos muertos. Las panzas abiertas en tajos enormes, las cabezas separadas de los cuellos en medio de un desastre de plumas. Algunos parecían dormidos, a otros les faltaban las alas, unos

parecían avestruces con la cabeza hundida en la nieve. Había sangre por todas partes, manchas petrificadas por el frío, rastros que dibujaban huidas moribundas, salpicaduras, gotas diminutas. Miré a mi superior, pero él no dijo nada, sólo se me adelantó en el camino, apartándome un poco con el brazo.

Llegamos a la puerta juntos. Era una base chica, dos habitaciones con el equipamiento básico. Todo estaba ordenado y limpio, la radio tenía puesta una funda aislante, funcionaba perfectamente. En las paredes había fotografías de picnics familiares, algunos posters de mujeres desnudas, mapas. Lo único en desorden era el catre, las mantas estaban en el piso, había ropa mal colgada en una percha, un par de botas en buen estado, una Biblia. Revisamos la alacena y encontramos provisiones como para dos meses. Desde la ventana podían verse los pingüinos, caminando con su andar gracioso, oscilando como juguetes en sus espátulas anaranjadas. Venían amontonados hacia los hombres que se habían quedado fuera, sin hacer caso de sus hermanos muertos, un revoltijo negro y rojo sobre el hielo gris de la mañana. Y más allá, donde el llano terminaba en curva sobre un acantilado rocoso, miles seguían gritando. Sus chillidos podían oírse desde cualquier punto de la base, no había adónde ir: en todas partes, el mismo coro de graznidos te perseguía como una maldición.

Un poco después, en la bajada costera, encontramos el hacha pegoteada de plumas. Pero jamás encontramos al guardia. Hubo un montón de teorías, pero en el informe se anotó sólo que el guardia había desaparecido, indicando la posibilidad de algún acci-

dente o incluso la deserción a bordo de alguna goleta inglesa.

Al final de la historia, me había olvidado del ardor que planeaba sobre mis hombros. Rafael se había tendido a mi lado, con las manos cruzadas sobre el pecho. Pero yo quería saber más. Quería saber si de verdad el ruido de los pingüinos te podía volver loco, si al final el hombre se había suicidado o si se había ido con los ingleses. Rafael se sentó sobre la cama y se rió. "¿Nunca escuchaste hablar del 'final abierto'? ¿Para que leés tantos libros si al final no sabés reconocer un misterio de verdad?"

Comprendí que en la historia del soldado, igual que en mi carta inconclusa, importaban más las preguntas que las respuestas. Y fue como si, más de dos años después, mi carta hubiera llegado a destino.

Estuve unos días sin ir a la playa, leyendo a la sombra del parral del fondo. Papá fue hasta la librería del próximo balneario y volvió con unos cuentos de hadas. Pero las flores parlantes y los sapos con corona me aburrieron. Ni siquiera el libro de la Alhambra me parecía ahora tan importante. Lo taché de mi lista. En su lugar, puse a la ciudad de Granada. Si ahorraba con el mismo método de Rafael, en unos años podría ir a visitarla.

Esos días, sólo tuve al soldado y a mi hermano. Aunque nunca supe los detalles de su primer encuentro. Oía a Rafael abandonar la casa cuando todos dormían, a la hora de la siesta o durante la noche. Sabía que se encontraban siempre en la playa, en un

lugar secreto. A veces Rafael llevaba una botella, casi siempre su ajedrez o su cuaderno. Cuando lo oía volver, me sentaba en la cama y vigilaba la puerta. Un movimiento de cabeza y una chispa de bienvenida en sus ojos significaban que traía algo para contar. Me sentaba a los pies de su cama y él empezaba a hablar, rodeando de comentarios superficiales el verdadero centro de la historia. Nunca hablaba directamente de lo que sucedía en esas noches y yo sabía que no debía apurarlo. Aprendí a esperar hasta que los alrededores, los comentarios sobre mamá y papá o sobre el tenis, desembocaran al fin en lo que importaba.

Me lancé a ese mundo con más dedicación que Rafael. El soldado me fascinaba, parecía saberlo todo: historias de exploradores, leyendas patagónicas, estrategias militares, huidas a través del hielo. Lo imaginaba en distintos escenarios. En algunos, yo misma lo acompañaba, como en la historia de los escaladores suizos en el Lanín en la que yo era una chica rubia de ojos celestes. Me llamaba Astrid y él me cargaba durante todo el ascenso porque me había torcido un tobillo.

Pero más me gustaba pensar en el *San Juan.* Veía la silueta del carguero confundida en el vientre de una ensenada. Veintidós tripulantes esperando la noche, navegando sin radar, guiándose por las estrellas para no alertar al enemigo. No tenían armas para luchar contra los buques mayores o equipo de defensa antiaérea, así que los marineros del *San Juan* se habían convertido en geógrafos: aproyechaban cada estrecho, cada saliente, cada fiordo. Nadie conocía esas costas mejor que ellos. Sabían que el viento pestilente de la Bahía sucia era el resultado de los marinos que Francis

Drake había entregado a la muerte para matizar el aburrimiento del Polo. El mar lo denunciaba a su manera. La Bahía del Laberinto era un conjunto de lenguas mortales para cualquier perseguidor. Allí esperaron tres días a que el *Alacrity* pasara de largo, convencidos de que los ingleses no se internarían en esas salientes que ellos llamaban *Adventure Sound*, como si el viento de los estrechos trayera consigo el sonido del peligro y los repeliera con más fuerza que la maldición del corsario de la Corona. Por lo mismo, evitaron recalar en la Bahía de San Francisco, a pesar de la cara bondadosa del santo que el primer electricista Correa aseguraba haber visto volando sobre un acantilado. Para los ingleses, esa cavidad azul sonaba a Byron y los marinos no quisieron arriesgar su suerte a la pelea entre un santo y un poeta. Si hubieran podido elegir, se habrían quedado para siempre en el fiordo de los Abrigos, donde la tierra se compadecía y se abría en decenas de puertos naturales. Pero para el *San Juan del Salvamento* no había puerto definitivo. Era el tiburón de los barcos: debía estar siempre en movimiento para evitar la muerte; la velocidad y la astucia eran sus únicas armas. Pronto se volvió legendario entre las tropas.

Que el hijo de don Alfonso fuera el único sobreviviente de esa leyenda nos parecía increíble. Y tanto Rafael como yo preferíamos las hazañas del *San Juan* a ninguna otra historia. Pero el soldado se detenía siempre al llegar el momento de la catástrofe. Nunca quiso dar detalles del hundimiento. La única vez que Rafael le preguntó directamente sobre el tema, enmudeció por el resto de la noche y mi hermano volvió malhumorado y arrepentido.

Recuerdo que me quedé escuchando los ruidos de la casa, la madera que crujía, el viento en las rendijas, vigilando cualquier señal que me dijera si Rafael estaba despierto. Esperaba que en cualquier momento se sentara en su cama y se acordara de algo nuevo. Es que esas historias habían cobrado para mí otro sentido, diferente del de las historias de los libros. Las del soldado traían consigo el riesgo erizado de lo real. Ya no había camino de vuelta a las princesas que pulsaban laúdes en palacios decadentes.

Pero algo no estaba del todo bien en mi convalecencia exagerada, en los platos especiales de mamá y los relatos de Rafael. Todas las noches, antes de dormirme, pensaba en Nadia. Repasaba su cara en la ventanilla, tratando de entender lo que decía. Y, aunque mi hermano me había dicho que lo mejor era olvidarme de todo y aprender a tener más cuidado, por alguna razón, sentía un pinchazo de lástima o de culpa que no me dejaba en paz. Con los días y la piel ya descascarada, decidí que necesitaba volver a verla, saber qué había pasado realmente aquella tarde.

Vigilé sin éxito la gruta durante un par de mañanas. Luego me di cuenta de mi error: era más probable encontrarla de noche, cuando sus amigos hacían fiestas en la playa. Pero mamá y papá se habían vuelto desconfiados conmigo. También Rafael. Así que salí de casa al atardecer, a escondidas. Acababa de llegar a la gruta, cuando la vi doblar la curva del acantilado. Iba vestida con la misma bikini. Encima llevaba un vestidito verde con flecos, arrugado y transparente. Tenía el pelo suelto. Iba descalza, con las sandalias colgándole sobre la espalda. Se detuvo

junto a unas rocas, pareció dudar, como si estuviera sonámbula. Se metió en el agua hasta las rodillas y empezó a arrojar caracoles hacia las olas.

Bajé corriendo, enganchando los pies en cada saliente rocosa, resbalando al final en las zonas más húmedas. Cuando llegué a la orilla, me miró sin sorpresa, me miró sin ningún sentimiento. Una distancia mínima, como de un escalón, ponía en sus ojos una nota de vanidad, una cualidad que no estaba allí días atrás.

A pesar de que tenía bien planeado mi discurso de bienvenida, cuando abrí la boca, lo primero que le dije fue que por ahí no había ningún faro y que seguramente ni ella misma sabía quién era su padre. Me miró de costado, como si no entendiera o más bien como si no me conociera. No contestó. Se rió. Siguió arrojando piedras al mar. Me metí en el agua y le di un golpecito en la espalda. "Lo hiciste a propósito. Decí la verdad. Vos me llevaste a propósito."

Nada. Su mirada siguió fija en el rebote de las piedras. Le di otro empujoncito. Volvió la cabeza y apartó mi mano de un golpe: "Claro, nena, más vale que lo hice a propósito. ¿Qué te creés? ¿Que soy una nenita como vos? Nunca conocí alguien tan estúpida. ¿Cuántos años tenés? Sí, pensaba dejarte por ahí, en la ruta, para que aprendas. El libro, el libro... —su voz imitó la mía—. Dale con el libro. Como si fuera tan importante... Vos y todos los boludos que llegan en el verano. Son insoportables. Nada más quería copiarme un disfraz, ¿entendés? Para el carnaval. Nada más. Había dos que me gustaban. Iba a ser una sorpresa. Ya tenía pensado dónde conseguirme la pollera y un tul parecido. Pero la señorita tenía que hacer tanto

escándalo. No me lo podía prestar, ¿no? A ver si se lo llenaba de piojos. Bueno, ahora ya no lo necesito. Ahora me puedo comprar el disfraz que quiera porque el tipo del otro día me dio un montón de billetes. —Se quitó el vestido. Se sentó en una de las rocas de la orilla y corrió la tela que le cubría el pecho izquierdo. Alrededor del pezón se veía una mancha borrosa, morada. Había que mirar muy bien para percibir la marca amarillenta de un mordiscón que limitaba su contorno. Un poco más abajo, donde el pecho se unía con la línea tostada del torso, había otro moretón más chiquito. Estiré una mano y lo toqué con el índice, pero ella se levantó de un salto.— Yo pensé que iba a querer más, pero no, se conformó con esto, nomás. ¿Ves? Tampoco era para tanto. Por ahí vos también hubieras sacado unos mangos si no hubieras hecho tanto escándalo. Pero en el fondo fue mejor que te bajaste. Mejor para mí, digo. Además, el tipo era medio idiota, ¿no te diste cuenta? Todo el tiempo hablando de los ciervos y de los *boy scouts*. ¿A quién le importa? Después se quedó mansito y hasta fuimos a tomar el helado y todo. Un tarado. Otro se aprovecha, ¿no? Contestame, digo. No fue para tanto. ¿Qué te pasa?".

Ni yo sabía lo que pasaba. Sólo que el zumbido de aquel día había vuelto sin aviso. En él estaban las caras aplanadas de burla de mis compañeras de escuela, los bailes oscuros, las manos ficticias del soldado acariciándome, el secreto de mis listas: la lengua con gusto a cerveza del chico de la fiesta y la tarde siguiente, que había pasado encerrada en el placard de mi abuela aspirando la naftalina, tratando de reproducir el beso, inspeccionando mi cuerpo

con un espejito y una linterna, asfixiándome con delicia mientras mis primos jugaban al quemado en el jardín. En el zumbido estaba todo eso pero más que nada estaban ella y sus moretones y el tipo del coche y llamarme Andrea y no Astrid o Nadia y no usar corpiño ni rímel y no saber, no saber nada de nada.

Me sumergí con los ojos abiertos, buscando la línea de sus piernas. Aferré sus talones y tiré de ellos con todas mis fuerzas. Al mismo tiempo que ella caía, subí a la superficie, solté sus piernas y me apoyé en sus hombros. Una gaviota graznó sobre mi cabeza. Sentí la presión ascendente de su cuerpo, la espalda desesperada, rígida. Empujé su frente y le tiré del pelo hacia abajo. Sacudió los brazos, buscando sin éxito mi cara, después cambió de estrategia y se empujó con los pies en el fondo. Logró sacar la cabeza y tomó aire antes de que una ola nos golpeara y saliéramos casi abrazadas en un revoltijo de piedras y conchillas.

Su pulsera se enredó en mi pelo, sentí una patada en la panza, pero ya llegábamos a la orilla. Me quedé tendida sobre mi espalda, sintiendo cómo el dolor del golpe se iba junto con la humedad pendular de las olas. Ella se levantó, tosió con exageración y se paró a mi lado ocultando todo el sol con su cuerpo: su figura negra, como un negativo. Cercanos a la línea horizontal del cielo, los pájaros verde tornasol volaban en círculos pequeños. Parecían adornos móviles colgados de las nubes con hilos invisibles. Creí que todo se había acabado, que al fin me había deshecho de la culpa, de los secretos, de las burlas, de mi cuerpo desobediente. Pero entonces ella lanzó su último golpe:

—Vos y tu hermano son iguales. Unos mariquitas.

¿Por qué no me fui directamente a casa? No lo sé. Supongo que estaba segura de mi victoria: todo el tiempo me iba riendo, pensando que ella se equivocaba, que no tenía idea de quién era mi hermano.

Me llevó de vuelta hacia el centro, pero por el camino del bosque, paralelo a la playa. Yo me seguía riendo y burlándome de ella hasta que cruzamos a un grupo de chicos junto a una fogata. La saludaron con silbidos y botellas en el aire. El más alto la llamó por su nombre. Ella le gritó "Ya vuelvo" y puso cara de estar llevando un paquete pesado, fastidioso. Seguimos caminando. "El Cami lo odia a tu hermano", me explicó. "No sé por qué. A mí nunca me dijo. Lo único que sé es que una noche lo agarró a cascotazos. Desde la azotea del hotel. Lo estuvieron esperando con los otros chicos y tuvo que salir de raje, el pobre, todo lleno de barro. Claro, después se metió con el Rengo. Y con el Rengo nadie se mete, así que lo dejaron en paz."

A mi garganta seca se le sumó una ola de calor que llegó hasta mi frente. La camisa manchada de Rafael entró en escena junto con la caminata silenciosa después del club y *Martín, baterista de Neón* y tantas otras cosas se revolvían como bichos en ese razonamiento, que quise parar un poco para pensar. Pero ya era demasiado tarde. Habíamos llegado a los médanos y podían oírse claramente sus voces. Nadia se tiró boca abajo en la arena y me arrastró consigo. Los arbustos eran demasiado chicos para taparnos. Ella se deslizó hasta ellos y apartó las ramas, puso un dedo sobre sus labios y me dijo al oído, con voz dulce,

robada a las niñas buenas de los cuentos: "¿Ése es tu hermano, o no?". Pero no hacía falta que dijera nada, porque yo ya había detectado algo distinto en la voz del soldado: no ejercía la magia que yo anticipaba. Todo lo contrario. Yo conocía esa voz, o más bien su tono, y por eso me quedé con la cabeza erguida, escuchando. No era la voz, si no lo que había en ella —¿me das un beso?, había dicho con esa misma entonación una vez un hombre en una fiesta donde mis padres bebían cócteles de colores, años atrás—.

Aparté a Nadia del hueco en el arbusto y separé un poco más las ramas. El ruido del mar avanzó sobre la voz del soldado y todo se volvió lento. Sentí mi cuerpo frío, agarrotado. Al fin pude ver su perfil, la barba rubia, la nariz torcida, el pelo sin brillo. Nada en él se parecía a mi recuerdo de aquella noche lluviosa, dos años atrás. Sus ojos miraban el cielo mientras las manos acariciaban la cabeza de Rafael apoyada sobre su pecho desnudo.

Pero los ojos de mi hermano decían la verdad y eso hasta yo podía entenderlo al ver la tranquilidad de su cara, esa sonrisa nueva que pacificaba las líneas de su mandíbula, la humedad de los labios y la vacilación con la que su mano buscaba el brazo que le acariciaba el pelo.

Una fuerza desconocida se hizo cargo de mis piernas y empecé a correr por la arena blanda de la noche. Corrí desorientada hasta llegar a un bosquecito de pinos. Me senté en un tronco podrido. Al rato, apareció el perro. Lo reconocí en seguida. Lo seguí y pronto estuvimos en un camino angosto que terminaba en el jardín de la casa. Vista desde ese ángulo, parecía aún más vieja y descuidada. A la

izquierda, cerca del lugar donde mi hermano y yo nos habíamos ocultado años atrás, ahora dormían unos cachorros. Unas sillas de hierro blanco yacían como esqueletos sobre el pasto oscuro. De la casa, sólo podía verse una puerta de vidrio iluminada junto a la galería. Los postigos estaban abiertos. En lugar de doblar y salir por la parte de adelante, seguí caminando hacia allí, desoyendo cada uno de los gritos de advertencia que oía en mi cabeza.

La puerta daba a una habitación donde había una cama angosta, un armario, una silla y un escritorio de madera. Toda la pieza tenía un tono amarillento y mohoso porque las paredes estaban revestidas de corcho y se tragaban la luz en un marrón continuo, de museo. Pinchados con alfileres había montones de papeles y fotos, un mural hecho de recortes de diarios y revistas.

—Siempre fuiste más rápida que yo. —El sobresalto que me produjo la voz de Rafael se deshizo en un escalofrío tranquilizador cuando sentí su mano despeinándome la cabeza.

—Ni siquiera te escuché. Si no, hubiera parado.

—¿Qué es eso de andar espiando?

—Mirá quién habla.

Se rió. Pero su sonrisa no llegó a formarse ancha y sincera como siempre. No llegó a tiempo a sus ojos, que recorrían demasiado rápido las paredes de la habitación. Como si hubiera encontrado lo que buscaba, abrió la puerta sin ruido y fue hacia el escritorio de madera. Lo seguí. Al principio no vi nada porque me entretuve con el pájaro enorme congelado sobre el armario. Había fotografías y mapas de distintas partes del mundo. Parecían viejos. Tenían

monstruos pintados en los océanos; algas imposibles que atrapaban barcos como si fueran pulpos. También había artículos de diarios. La mayoría era sobre Malvinas. Pero Rafael seguía parado ante un único recorte: "Inexplicable matanza de pingüinos en las islas Georgias". A continuación el artículo reproducía —quizá sea mejor decir imitaba— las palabras del soldado con el tono vulgar y triste que sólo los periódicos pueden dar a una historia. Es cierto que la mayoría de los detalles no coincidían, pero no pude entender la palidez de mi hermano hasta que me fijé en la fecha. Entonces, comprendí: la noticia era de apenas unos días atrás.

Epílogo

A mí me costó menos perdonarlo. En cambio, Rafael no quiso volver a hablarle. Nunca más volvimos a la playa. Las vacaciones siguientes las pasamos en las sierras. Mamá, papá y yo. Rafael se quedó con los abuelos. Después, los tíos empezaron a alquilar la casa de la costa casi todas las temporadas.

Tenía miedo de volver. De que mi recuerdo infantil se mezclara con la palabra turbia del presente. Tal vez si el tío no se hubiera decidido a vender, no habría vuelto, ahora que en lugar de balneario dicen *resort* y la gente llega hasta la orilla del agua en plataformas de madera para no quemarse los pies. Le pedí que me dejara acompañarlo porque es invierno. Como si el frío me protegiera. Por eso y por ese afán tan común como inútil de aprovechar una última oportunidad aunque no la necesitemos.

Tenía miedo de que todo siguiera igual y a mi último verano se superpusiera un invierno descolorido en el que hasta el misterio de la palabra —ganado a punta de fe, de una fe de niña ciega y caprichosa— se hundiera, como en nuestros juegos de arenas movedizas, junto con la historia del soldado.

Pero el Hotel Central —donde mi hermano y yo tentábamos a los fantasmas del siglo pasado— ya no existe. Lo demolieron hace unos años. Donde estaban los fichines pusieron un cíber. La Lobería parece más chica, fuera de escala y en la playa de los médanos hay ahora un parador que se llama *Arena beach* (estoy segura de que los dueños no calcularon el pleonasmo). Con los acantilados no pudieron y es allí adonde voy todas las tardes, mientras los hombres trabajan en el techo de la casa y padecen la colaboración desesperante de mi tío.

Por suerte, nada sigue igual. Y mi último verano queda a salvo. A pesar de que el Rengo es un hombre mucho más bajo y más lleno de músculos que en mi recuerdo. Tiene un poco de panza, va al gimnasio, se tiñe el pelo y se define como el "único techista *dark* de la zona". Su rengueo es menos natural, como si la pierna mala fuera la parte más elegante de su atuendo y se esforzara en resaltarla. Viste siempre de negro. Lleva una cadena con una cruz enorme. Si Rafael lo viera hoy se reiría: parece salido de un disco de *Gene loves Jezebel* veinte años después.

Heredó de don Alfonso la manía de señalar las etapas de su vida según sus campeones. Me cuenta que al viejo le tocó morirse en el año triunfal de Remo. En cambio su historia con Rafael no tiene nombre: coincidió con un período en que las cruzas fueron defectuosas (puros cachorros albinos) y el pobre Índigo —el mejor de todos los tiempos— ya no competía. Supongo que nuestro encuentro quedará enmarcado para siempre en la época de Trémulo, un cachorro pálido que lo acompaña a todas partes.

Lo que me cuenta abarca todo un día de trabajo en la casa y lo hace con alivio, un poco atolondrado, la cara hundida en la caja de herramientas. Me lo cuenta para que su palabra llegue hasta mi hermano, a salvo en su ciudad medieval, donde sólo le ocurren conciertos al aire libre, ensayos y música de cámara. O tal vez no. Tal vez me lo cuenta como confesándose, como rindiéndose a la que alguna vez fue una niña fascinada por sus historias de segunda mano. Pero las historias de amor no deberían tener testigos. Mucho menos narradores. Por eso yo no le cuento nada. Su relato bordea el mío con delicadeza, sin contaminarlo, sin siquiera desmentirlo. Como la luna negra, que nada sabe de su doble luminosa y en ese no saber, las dos se revelan.

Otros juegos

Noticia de niña extraviada en viaje

Para Rosalía Farruggio, de
Palma di Montechiaro

A pesar de vivir en una isla, siempre le ha tenido miedo al mar. Primero se tragó sus sandalias, un verano en el que bajó a la playa con el primo Luigi y Alessandra. Después se llevó a dos pescadores y hubo que sumergir a la Virgen y arrojar flores que las olas se fueron tragando con pereza delincuente. Finalmente fueron sus hermanos, todos a bordo de un barco que ella nunca ha visto pero imagina como una cáscara de nuez gigante zarpando de algún puerto del Norte hacia la nada negra del agua.

América también es una nada negra. Más negra que amarilla, como los plátanos que el tío Filippo trae a la casa algunos domingos. "Un manjar para pocos", aclara el tío, que los ha pagado carísimos y los parte con un cuchillo en hostias diminutas, una para cada sobrino. Rosalía come su pedazo y hunde un poco la nariz en el plato donde sólo quedan las cáscaras. Huele a podrido, a playa, a barcos llenos de piratas y de malas intenciones. Piratas negros como los que raptaron a Santa Oliva, que tenía su edad cuando desembarcó en tierra extranjera y predicó el Evangelio hasta que le cortaron la cabeza. ¿Pensaría Santa Oliva en las bananas de Túnez, mientras rezaba abandonada

a las fieras y a los musulmanes, que, sin embargo, comieron de su mano bella y de sangre noble?

Todas las veces que suben al cerro, la abuela señala el horizonte y le dice que ese lomo al final de la línea del agua es África y que, desde allí, Santa Oliva protege a todos los que abandonan su tierra en busca de una vida mejor. Aunque es seguro que el consuelo de la abuela no premedita la ironía, la niña tiene suficiente edad para comprenderla. ¿Cuál vida mejor, si la niña Oliva vivía feliz y contenta en Palermo rodeada de su aristocrática familia?

Ahora que le toca a ella, Rosalía no piensa en el mar ni en las promesas de sus padres, ni en la ironía de Santa Oliva. Ni siquiera piensa en las bananas. Se entrena en el sótano que huele a tomates secos, a vinagre, a pescado. Cuenta los días que faltan para que Sara la venga a buscar, con las valijas listas y un miedo más grande que el suyo (porque Sara es vieja y se ha casado con un hombre que nunca ha visto). Rosalía recuerda el día del casamiento, todos los parientes reunidos en el atrio pequeño de la iglesia. Luego de firmar los papeles, a la tía le sacaron una foto con un hombre cualquiera para que la familia pudiera tener un recuerdo de la boda. Ella estaba más o menos bonita en su vestido blanco, aunque en la foto la sonrisa le quedó torcida, agriada. El hombre salió mejor. Tal vez porque no era el novio y por eso nada le pesaba. Se lo ve erguido como un galán de cine, a pesar de que el traje, como la mujer de blanco a su lado, era prestado y había que devolverlo en unas horas.

Rosalía se pregunta si Sara no será ya una santa, con su virginidad de veintiocho años y su cara pací-

fica. Porque no todas las santas son hermosas como Santa Oliva. Sara tiene la misma cara que la Santa Ágata de la iglesia, una nariz fea, recta y ojos demasiado chicos. Hasta tiene el pecho plano, como si ya le hubieran cortado los senos y los cargara en secreto en la valija que ha preparado con meses de anticipación. Rosalía piensa en su propio pecho plano, imagina la amputación dolorosa que evitaría un matrimonio aristocrático y sonríe.

Tal vez es cierto que Sara guarda sus pechos ensangrentados entre los encajes remendados de su ajuar. Desde que le arreglaron el matrimonio, la tía casi no habla, como si hubiera hecho votos de silencio, tan sólo le faltaría el martirio y alguno que otro milagro. Rosalía piensa que es muy injusto que un hombre al otro lado del océano venga a arruinarle la beatificación, que por su culpa la tía se quede sin estatua ni relicario. Porque Sara es dócil como una cabra y, aunque no tenga tetas, se subirá al barco sin dar ocasión a la protesta o a la tortura, perdiendo para siempre la posibilidad de ingresar en el martirologio con un *festino* propio impreso en todos los almanaques.

Piensa en todas estas cosas para no pensar en el viaje. Encerrada en el sótano de la abuela, Rosalía ayuna, se entrena en la contemplación y elabora un plan meticuloso. Dentro de unas horas, cuando las monjas abran las puertas del convento para alimentar a los niños pobres, se pondrá en la fila. Usará el vestido crema que la abuela ya ha destinado a repasador y los zapatos que papá no terminó de remendar antes de irse. Nadie podrá reconocerla con ese atuendo de huérfana y su cacharro para las lentejas.

Cada vez que ha ido con su padre a llevar un encargo de botas, sor Beatrice le ha regalado un Niño Dios de mazapán. Está segura de que las monjas no se negarán a protegerla. Invocará a Santa Rosalía y, luego de consagrar su virginidad a Dios, vivirá en contemplación por siempre recluida mientras sus hermanos sudan en Buenos Aires y los barcos encallan en todos los mares. Siempre supo que tener el nombre de la patrona de la isla daría sus frutos (ignora que otros cientos de niñas han llevado el mismo nombre y eso no las ha salvado de América o del matrimonio). El plan es tan perfecto que le dan ganas de bajar a la playa y burlarse de las olas, sacarles honda la lengua y prometer que nunca, nunca en la vida aprenderá a nadar.

Pero la santa ermitaña no la oye, tal vez entretenida en la contemplación de su gruta o perdida en los recuerdos que se repiten en su cabeza de escayola, detrás del vidrio que la protege por siempre del príncipe Baldwino y su pericia con las armas. Las monjas reconocen a Rosalía al instante y la niña, que ha ayunado durante horas, se despacha tres platos de lentejas casi sin respirar. Sor Beatrice, moderadamente conmovida por sus explicaciones, la manda a casa con un nuevo Niño de mazapán y un libro de las santas italianas "para que le de valor en el viaje".

Cuando llega a la casa, la abuela ni siquiera está enterada de su plan de huida. Está enojada porque la niña la ha avergonzado frente a todo el pueblo poniéndose en la fila de los huérfanos. Nieta y

abuela no hablan por el resto del día. Recién en la noche, mientras las dos toman en silencio la sopa de escarola, la abuela le cuenta la historia de la vieja Lorenza.

Lorenza era medio tonta, no sabía ni leer ni escribir y tampoco podía recordar de memoria las oraciones. De modo que antes de dormir, se arrodillaba junto a su cama y decía "Canastita arriba, canastita abajo", las únicas palabras que podía recordar con seguridad todas las noches (tenía una canasta con volados en la que recogía los huevos de las gallinas todas las mañanas). Como a Dios no le importa la calidad de la oración sino la voluntad y, sobre todo, la cantidad y la frecuencia, la vieja Lorenza se murió de vieja y se fue al Cielo. Con esta parábola, la abuela pretende convencer a Rosalía de que el camino a la santidad no es necesariamente el que ella se sabe como un reglamento: virgen, tortura, muerte, estampita.

La niña se va a dormir bastante malhumorada. Antes de rezar sus oraciones, medita un rato sobre la vieja Lorenza. Hay algo en la historia que le molesta (además de que la protagonista sea una vieja campesina ignorante). ¿Cómo puede la abuela estar tan segura de que Lorenza realmente se fue al Cielo? Rosalía decide que la historia de una campesina que muere campesina no es suficiente para torcer ningún destino y, en el mismo razonamiento, advierte que los frutos privados de la oración se cosechan demasiado tarde, seguramente podridos o agriados por los años. Recién entonces descubre otra posibilidad. Recuerda la tapa de revista donde esa mujer argentina en tapado de visón se ve radiante como una actriz

o una santa con su aureola de pelo rubio, de rodillas frente al Papa. Feliz, concluye que América, si inevitable, al menos puede calificar de martirio exitoso para una niña de doce años.

El amanecer le parece de un rojo distinto, rotundo sobre la superficie del agua. La luz pasa luego por el morado y el amarillo antes de decidirse a inventar el mundo y dejarla insomne por el resto del viaje. Llevan muchos días en el mar, que todavía le da un poco de miedo. Con las manos apoyadas en la ventana circular, Rosalía cree además ver un pez volador, no uno sino varios, que saltan a luz insegura del amanecer y parecen monstruos alados con trompas como espadas y escamas de un verde brillante.

A pesar de los prodigios de la naturaleza, Sara ronca en la cama contigua. La niña se viste en silencio y se prepara para otra excursión al paraíso flotante que le ha deparado el esfuerzo de su padre en un taller del Conurbano bonaerense.

El *Giulio Cesare* no se parece en nada al barco cáscara de nuez que sus hermanos tomaron hace dos años. Orgullo de la compañía de navegación italiana, es un transatlántico de lujo que lleva más de setecientos pasajeros listos para empezar una vida nueva en América del Sur. Ninguno de ellos piensa en Santa Oliva y, por ser materia bastante explotada ya, vamos a dejar sus sueños y ambiciones de lado para seguir a la niña que en este momento entra en el salón de té. Invadido por el rojo súbito del alba, el salón parece el escenario de un incendio teatral, demorado

en cretonas y organdíes. Rosalía se sienta a la mesa junto a la ventana, imita los ademanes pretenciosos de la tía y le da órdenes a un mozo ficticio con bandeja de plata. Aspira una boquilla hollywoodense y toma un sorbo de una taza de porcelana. Al levantarse, alisa su falda y sigue su descenso por la escalera de madera que lleva al comedor, no sin reparar en los tentadores desvíos hacia los camarotes de primera clase, el salón de baile, el cine y la piscina.

En todo el recorrido, el mar es una presencia permanente, como un nimbo que la persigue. No es un mareo como el de la tía Sara, más bien es una opresión delicada en los oídos, como si el hueco de una mano se interpusiera entre ella y los sonidos, lo cual dificulta bastante la conversación con los otros niños. ¿O es que le hablan en otro idioma?

Pero ahora todos duermen y Rosalía llega al comedor cuando los empleados están terminando de barrer y acomodar las tazas en las mesas de madera que van de pared a pared escoltadas por taburetes atornillados al piso. Mientras espera a que sirvan el desayuno, se sienta en uno de los bancos de la galería cubierta. Aquí no hay —como en la galería superior— una fila de poltronas para echarse a tomar sol. Han colocado los bancos de espaldas al mar, de modo que una siente la picazón del agua y la sal omnipresente en la nuca o en los cabellos. Tampoco puede verse muy bien el cielo. En cambio, en la cubierta de primera, Rosalía pasó horas mirando las nubes cambiar de formas, mientras una señora con un anillo muy grande le hacía preguntas sobre el libro que lleva consigo a todas partes. Es la misma señora que luego encontraron a la salida del cine. Esa

noche vieron *Tarzán*, pero la tía le ha prohibido comentarlo con nadie de la familia. Parece que el taparrabos reglamentario y el torso desnudo del hombre tuvieran el poder de escandalizar a todo el árbol genealógico, especialmente al marido desconocido que irá a buscarlas al puerto de Buenos Aires.

Tratando de no mirar el agua, Rosalía se tiende de espaldas sobre el banco. Las salpicaduras alcanzan esporádicamente su mejilla. Piensa cuánto mejor sería viajar con la señora de primera clase que le ha contado la historia de Santa Rosa de Lima, la única santa americana. La historia no la impresionó mucho —¿qué mérito tiene un martirio autoinfligido, esa indulgencia solitaria de espinas y maderos que no implica varón o peligro real alguno?, ¿y dónde está el desvío del destino, justo a tiempo para salvarla de una vida ordinaria?—. Incluso el desenlace con su lluvia de rosas sobre el obispo le parece una falta total de modestia. Pero le ha interesado mucho saber que América cuenta con una sola mujer en todo su santoral. Además, la señora del anillo tiene la voz suave y los dientes perfectos y lee revistas llenas de mujeres distinguidas con bocas muy rojas siempre entreabiertas que en nada se parecen a los labios apretados de las santas. Rosalía se pregunta si volverá a verla cuando desembarquen y en ese momento, casi simultánemente con el olor a café, le llega el sonido de una guitarra.

En el banco contiguo, se ha sentado un viejo maltrecho. Pulsa las cuerdas de una mandolina como si en vez de tocar una canción la estuviera componiendo, todavía inseguro, con los dedos gruesos enroscándosele en las cuerdas. Está encorvado sobre el instrumento pero cuando ella acaba de sentarse, se

endereza y la llama por su nombre. Sorprendida, la niña le pregunta de dónde la conoce.

—Soy tu suerte —contesta el viejo.

Rosalía, que sabe bastante de cuentos populares sicilianos como para dejarse engañar por un viejo tan feo, replica inmediatamente:

—Todo el mundo sabe que las suertes son mujeres.

—La tuya no. —El viejo suspira y se rasca la nuca un poco compungido.— Lo siento. Ya ves que además soy bastante pobre. —Señala con elocuencia su traje marrón arratonado.— Ni siquiera sé tocar muy bien. La verdad es que yo hubiera preferido una flauta pero... bueno, hay que usar lo que uno tiene, ¿no? —Apoya la mandolina en la baranda, se mete las manos en los bolsillos del pantalón y saca la izquierda hecha un puño.— Sólo tengo esto. Se supone que tengo que dártelo ahora.

Rosalía se acerca y el viejo deposita en su mano abierta unas monedas con inscripciones en una lengua desconocida.

—No es mucho —aclara—. Pero es suficiente. —La mira fijo un segundo. Tiene los ojos más celestes que ella haya visto nunca.— Al menos podrías darme un beso o un abrazo. ¿Qué te parece?

Rosalía, que no ha leído el San Julián de Flaubert pero sí ha oído hablar mucho sobre los viejos pervertidos que persiguen a las niñas a la salida de la escuela, guarda el dinero extranjero en su bolsillo y entra rápidamente en el comedor. Cuando vuelve a mirar por la ventana, el viejo y su guitarra han desaparecido y la luz del amanecer desborda la galería.

Como siempre que el barco llega a un puerto, la noticia empieza con un clamor. Sigue luego el tumulto habitual: empujones, atropellos y cientos de codos apostados en las barandillas. "El Pan de Azúcar" gritan algunos señalando el horizonte. Rosalía cree que la gente se refiere al pan duro de ayer que los marineros arrojan a los pobres amontonados en el muelle; un pan que por milagro hubiera adquirido la cualidad de la dulzura durante la noche marina. Sea por el afán de probarlo o porque advierte de pronto la montaña con el Cristo de los brazos abiertos, siente una señal inconfundible en el corazón y desciende por la pasarela junto con los pasajeros que han llegado a destino y los curiosos que aprovechan la parada para entrar en contacto con tierra firme.

Ya es mediodía y la zona del puerto está llena de gente; estibadores, pescadores y pasajeros se confunden en las calles laterales que llevan a la ciudad. Rosalía anda mucho tiempo desorientada y no presta atención a la sirena del barco. Va aspirando el olor a flores y a pescado fresco cuando, al doblar en una esquina, se enfrenta con un puesto de frutas en el que una negra muy gorda limpia bananas.

La niña toma un racimo de seis, hunde la mano en su bolsillo y paga con el dinero del viejo. La cantidad es exacta. La mujer sonríe con unos dientes muy grandes y dice gracias en la misma lengua de las monedas. Rosalía se sienta sobre un cajón de frutas y, mientras muerde la primera banana y oye a la negra hablarle con ternura, resuelve al fin el dilema de la santidad. Para empezar debe cambiarse el nombre. De nada sirve ser "la otra Santa Rosalía". "Rosa"

también está fuera de cuestión por culpa de la santa de Lima. Pero Lía es un nombre único en el santoral y ella lo adopta al instante. Lo tiene todo planeado: sus hermanos sudarán en Buenos Aires, los barcos seguirán atracando en puertos desconocidos, pero ella no temerá al mar ni a nadie. "Canastita arriba, canastita abajo" piensa mientras la negra la sube a su regazo, le ata los cordones y le habla con palabras llenas, redondas, entre las que la niña reconoce, certero y brillante, el sonido nuevo de su nombre.

Antropología fantástica

Uno piensa en nuestros indios modestos, aletargados en láminas escolares; en los diaguitas y su pirámide doméstica. En llamas pastando en desiertos de sal. Uno piensa en los cerros, en el paisaje y en todo lo que es pobre y excesivo a la vez y por eso molesta o enturbia. Y así, uno se resigna a la extensión que todo lo cura, que extingue voluntades y vicios urbanos por igual.

Pero Andy había adquirido un vicio para nada urbano: la botánica. Después de años de dedicarse a la biología molecular, le había dado por las plantas. Yo veía crecer su colección de hojas muertas en papel secante y me divertía recordando su desprecio de años por los taxónomos, esos seres condenados al trazado de genealogías, seres que nunca descubrirían reactivos salvadores o enzimas todopoderosas. Pensé que el entusiamo por los pecíolos y los filamentos pasaría pronto, como habían pasado Villalobos, la cocina griega, dos o tres artes marciales, mi cuerpo y los libros de Kierkegaard, todos objetos de su experimentación fanática pero inconstante. El vicio botánico había empezado unos meses atrás y Andy ya había logrado completar cinco carpetas enormes en

las que estiraba y bautizaba a sus sujetos con una delicadeza tan laboriosa que movía a los celos o a la desesperación. Luego pensé que tendría algún motivo secreto para su repentino pasatiempo. Recordé que uno de sus colegas, un vikingo enorme que a todas partes iba con una cerveza en la mano, había decidido su carrera con la oculta voluntad de descubrir nuevas sustancias alucinógenas.

Pero me equivocaba. La pasión herbácea era un fin en sí mismo. Andy pasaba fines de semana enteros en excursiones exploratorias y dedicaba horas al placer de disecar sus hallazgos. Lejos de extinguirse, el vicio se fue intensificando en espirales de búsqueda solitaria, viró hacia la rareza y se concentró en la familia de las xerófitas. Pronto, las macetas suplantaron a los secantes y nuestro departamento se llenó de cactos. Sus cuerpos cilíndricos, globulares, monstruosos y solitarios invadieron primero el comedor y el baño, avanzando en marcha siniestra hacia el dormitorio.

De ahí a convencerme de pasar nuestras vacaciones en Tilcara hubo tal vez muchas inflexiones que, por sutiles, me pasaron inadvertidas. El último argumento fue que el viaje me ayudaría a dejar de fumar, que tal vez "nos acercaría". Darle crédito a las predicciones de Andy significaba prepararse para un viaje al fin del mundo, donde no habría quioscos ni almacenes, nadie me convidaría un cigarrillo y la altura produciría jaquecas tan fatales que me obligarían a olvidar el placer de llenarme la cabeza de humo y allanarían los silencios quebradizos cada vez más frecuentes entre los dos.

Llegado el mes de enero, abandoné mis sueños de bronceado perfecto y flirteos de playa y me resigné a

la cura por el paisaje. Pensé en todas esas cosas del Norte y no en el calor o en las mentiras, el tren sin aire acondicionado que nos dejó en Tucumán en medio de la noche, el polvo, el último paquete consumido sin prudencia en la terminal, el chofer que apagó todas las luces para evitar que los obreros en huelga nos atacaran a pedradas o el niño coplero que me siguió a todas partes desde el primer día.

—Si cruza el puente de noche y siente que alguien le tira una piedrita, no se dé vuelta, siga caminando. Son los niños fantasmas. Ni se le ocurra mirarlos. Ni les dirija la palabra, eh.

Hilario no sólo tenía nombre de viejo: también hablaba como uno. Mientras lo oía recitar con memoria y dicción increíbles la historia de los edificios coloniales, pensé más de una vez que el niño era en realidad un enano de miles de años que lo sabía todo sobre el pueblo, sobre nosotros, sobre el mundo mismo. Cantaba horrible y desde la primera mañana, cuando nos persiguió cuesta arriba gritando una copla de letra soez que en su voz achaparrada sonaba como un insulto, habíamos acordado que se limitaría a contar historias.

En ese momento, señaló el otro extremo del puente y pasó a sintetizar el típico relato de fantasmas de todo pueblo pequeño. Un invierno hace muchos años, un autobús escolar volcó y rodó hasta el río. Todos los niños se ahogaron. Unos días después, sus fantasmas empezaron a aparecer en la orilla, tratando de atraer a los turistas desprevenidos para que los

ayudaran a volver a sus casas. Otras veces se subían al asiento trasero de los autos. Algunos conductores, aterrorizados por los niños fantasmas reflejados en su espejo retrovisor, aceleraban tanto que terminaban estrellándose en la primera curva.

—Por eso lo mejor es no hablarles —concluyó Hilario—. Con los fantasmas es mejor hacer como que no existen.

La verdad es que la falta de lluvias no contribuía a la verosimilitud de su historia. El río era un conjunto de piedras inhóspitas que el puente atravesaba como una burla desproporcionada. Se me ocurrió preguntarle qué pasaría con el fantasma de las maestras o del conductor. Tal vez el exceso de culpa les impedía manifestarse. Pero no dije nada. Le di algo de dinero y lo dejé atormentando turistas con sus coplas mientras seguía camino al museo, donde Andy me esperaba para almorzar. Por desgracia, todavía lo escoltaba su obesa admiradora.

La doctora Gracián no me habría desagradado si la hubiera conocido en la calle, en una fiesta o en una feria donde las dos bien habríamos podido intercambiar impresiones sobre los hombres, las artesanías, la comida o los precios. Era baja y redonda. Hablaba mucho y, junto con su sonrisa perenne, portaba un exceso de confianza que habilitaba imaginarla contándome en detalle su vida sexual en un baño de mujeres. La rama de su doctorado era todavía un misterio que Andy no se había preocupado en develar, fascinado por el acceso irrestricto que la directora le había dado al Jardín Botánico de Altura dentro del Pucará. Si no fuera porque ella estaba empeñada en que Andy se quedara a trabajar

para el museo, tal vez me hubiera caído bien, con sus discursos alucinados que empezaban en el analfabetismo alarmante de la zona y terminaban con las virtudes del queso de cabra.

A pesar de su charla incoherente, su proyecto de salvataje del Museo Arqueológico era digno de cuidado, pues era capaz de echar raíces en la imaginación ya bastante desbocada de Andy. La doctora, que debía saber bien poco de botánica, pretendía que él hiciera un relevamiento de todas las plantas de la zona a las que los indígenas atribuían propiedades curativas y, luego de una serie de pases mágicos en un laboratorio improvisado para el caso, emergiera con algo patentable (una pomada, unas gotas, píldoras, lociones) que llenaría de dinero al museo y sus adyacencias.

Mientras argumentaba su caso, me miraba ir y venir por su oficina manoseando sus ídolos y vasijas omaguacas. Entre otras cosas, la doctora me producía unas incontenibles ganas de encender un cigarrillo. Habló de los Hare Krishna y el aloe vera, de la selva amazónica y la vacuna contra el sida. Sentado frente a ella, Andy tenía puesta su mejor cara de científico comprometido. En su punto máximo de acaloramiento, la Gracián concluyó que Tilcara era el lugar ideal para una pareja joven, con ganas de tener chicos y trabajar para el país. Adiviné la risa detrás de los anteojos oscuros del improbable padre de mis hijos y suspiré aliviada. La doctora Gracián había dado con un punto de no retorno. Andy se levantó de inmediato, me tomó del brazo y, con una elocuencia desacostumbrada, nos devolvió a la plaza principal, donde comimos unos sándwiches porosos

y nos dedicamos a mirar pasar los autobuses hasta bien avanzada la tarde.

Mientras tanto, el paisaje hacía lo que podía. La casona de la universidad en la que la doctora nos había alojado estaba dentro del Parque Nacional del Pucará. Podíamos ir a las ruinas o al Botánico cuando quisiéramos, fuera de las horas de visita. En la práctica, Andy se pasaba el día entero entre los cactos y las flores y yo daba vueltas por el pueblo. A las ruinas sólo iba al atardecer, para evitar la avalancha de turistas y el discurso monótono de los guías.

En caso de que el paisaje dejara de colaborar, Andy tenía preparados varios planes alternativos que nos mantendrían ocupados: excursiones a Abra Pampa y La Quiaca, una noche romántica entre las ruinas, el seguimiento de las líneas ferroviarias en desuso, la visita a la Salina Grande provistos de anteojos negros y varias botellas de vino.

Pero nunca salimos de Tilcara. La mata gruesa de caléndulas y mazorcas alrededor de la casa me daba la impresión de estar viviendo fuera de época o aislados del resto del mundo. Compartíamos la cocina con dos antropólogos silenciosos que ocupaban unas cabañas en el fondo, Ingrid y Alfredo. Ella era una pelirroja chiquita y musculosa que siempre vestía de blanco y se veía demasiado joven para estar trabajando en su tesis sobre rituales mortuorios en la Quebrada. Él tendría unos cincuenta años, parecía haber estado allí desde siempre y era el único capaz de controlar al perro, un mastín negro verdadera-

mente malo que mantenía a Hilario alejado de las instalaciones.

La casona, construida sobre una hondonada, era la misma en la que había vivido Ambrosetti, el arqueólogo encargado de la reconstrucción del Pucará a principios de siglo. Ingrid y Alfredo dedicaron esa primera tarde y varias cervezas a explicarnos por qué Ambrosetti era el nombre más odiado de la región. Además de la polémica reconstrucción, en la que el arqueólogo había actuado con más imaginación que rigor científico, edificando paredes y completando formas, decretando altares o graneros sobre la base de la disposición de un par de piedras chamuscadas o a la orientación de los puntos cardinales, parece que su fiebre reconstructiva era tan fuerte que no había reparado en explotar a todos los obreros de la zona. Se decía que era un déspota. Hubo varias muertes confusas en el medio de la historia. Poco a poco los hombres fueron desertando. Ambrosetti, dueño de una voluntad inquebrantable o diabólica, siguió trabajando solo hasta su muerte. Siguieron otros oportunos decesos hasta llegar al de su discípulo, quien lo reemplazó en la tarea pero murió al año siguiente de entrar en funciones.

En este punto del relato de Alfredo, Ingrid bostezó sin disimulo. Pero el antropólogo siguió con su diatriba. Mientras lo escuchaba, pensé que al menos la mitología popular le devolvía algo de dignidad a las ruinas. Más allá de la aberración arquitectónica de Ambrosetti (que incluso cuenta con la escultura en cemento de un omaguaca con su quena), las muertes de obreros y capataces parecían querer enmendar

tanta torpeza, realzando el patrimonio nacional a la altura de una maldición egipcia.

Esa primera noche no pude dormir, concentrada en imaginar vinchucas en el techo de paja. Hubo tormenta. Una lluvia insidiosa, sobredimensionada por una canaleta rota cercana a la ventana del dormitorio. Fui hasta la cocina y abrí la puerta de la heladera. Estaba vacía, excepto por una veintena de frutos morados con erupciones amarillas, pinchudas. Estuve mirando un rato el libro de huéspedes. La mayoría eran estudiantes de historia o de letras que dejaban sentencias enigmáticas o vivas a sus equipos de fútbol al lado de sus nombres. Los nuestros se veían descarnados al final de la última hoja.

Desde la ventana, vi a Alfredo sentado en el sillón de la galería con el perro a sus pies. Fumaba. Quise salir y hablarle, oír su voz que parecía a punto de extinguirse en cualquier momento. Pero el olor del tabaco me detuvo. Sentí la garganta ácida y las manos me temblaron un poco. Llevaba apenas dos días sin fumar y todo el mundo me había dicho que eran los peores. En el pecho me crepitaba algo, como una brasa que se expandía en sequedades hasta los bronquios. Afuera, el hombre de barba blanca y ojos húmedos exhalaba el humo con extrema lentitud, como si fuera parte de una publicidad o de una sutil tortura. Su mirada no se apartaba de la ventana iluminada de Ingrid. Volví a la cama con la absurda sensación de haber interrumpido una escena íntima.

No fue hasta la mañana del tercer día que noté las estrellas en las puertas. Andy todavía dormía. No se levantaría hasta pasadas las doce, hábito que ni la pasión por los cardones lograba erradicar. Vi la estrella en nuestro cuarto mientras me vestía y recordé haber visto una en el baño y otra en la puerta de entrada. Estaban en todas las habitaciones de la casa, pegadas en la parte superior de los marcos. Unas estrellas doradas de cinco puntas dibujadas sobre un círculo rojo.

Mientras desayunaba con Alfredo, le pregunté qué significaban.

—Son cosas de Ingrid. —contestó mientras revolvía algo en una olla. No dejaba las manos quietas. Ya estaba enterado de mis esfuerzos y hacía lo posible por no fumar delante de mí.— Para ahuyentar al fantasma de Ambrosetti. Parece que en la noche se lo oye deambular por la casa. Los ruidos pueden variar, pero dicen que siempre se escucha una máquina de escribir o una pala excavando en la piedra.

—No me digas.

—No pongas esa cara. Las estrellitas las puso una amiga de Ingrid, una monja, creo. También anduvo quemando inciensos en todos los cuartos y rezando no sé qué cosas. La cuestión es que Ingrid nunca quiso dormir en la casa y por eso se pasó en seguida a la cabaña al lado de la mía.

—¿Y funcionó?

—¿Qué cosa?

—El exorcismo o como se llame.

—Yo qué sé. Yo siempre tuve el sueño pesado.

—Habrá funcionado, porque desde que llegamos yo no escuché ningún fantasma.

—Porque llovió. Digamos que no es muy sagaz ponerse a excavar en el barro, ¿no?

—¿Y la máquina de escribir?

—Una Olivetti portátil. —Buscó algo en los cajones, abstraído.— De las que vienen en una valijita. Se lo ve en varias fotos cargándola.

—No, digo si la escuchaste.

—Ya te dije que yo duermo como un tronco. No sé. Hubo noches en las que Timbo no paraba de ladrar, como si algo lo estuviera molestando.

Aunque era demasiado temprano para el almuerzo, se puso a cortar cebollas. Me empezaron a llorar los ojos y salí a tomar el café en la galería. Decidí que Alfredo, que no me había mirado ni un segundo mientras hablábamos, debía estar burlándose de mí. O en todo caso, de Ambrosetti y su fiebre restauradora. Imaginé cómo se vería el fantasma del arqueólogo, obsesionado con reconstruir lo que los indios jamás habían construido. La historia no carecía de atractivo, pero se me hacía un poco difícil admitir que los dos antropólogos creyeran en ella, que después de tantos años de trabajo en la zona, terminaran dedicándose a una especie de antropología fantástica. Si así fuera, hasta Hilario hubiera podido colaborar con su investigación. Ahora mismo debía estar esperándome en la plaza, parado junto a la iglesia colonial en la que, según él, había huesitos de indios mártires que hacían milagros todos los fines de semana.

Esa tarde, cuando regresé del pueblo, ellos ya estaban en el jardín, quién sabe cuántas horas de conversa-

ción llevaban, las cabezas sumergidas en el cacto que apenas los separaba en el medio de la mesa. Cada vez que Ingrid asentía, la punta de su pelo largo y seco tocaba los pétalos amarillos del *Acanthocalycium glaucum*. Atardecía y el sol parecía conspirar con el brillo perfecto de su cara pecosa inclinada sobre la planta. Tenía los codos apoyados en la mesa y las rodillas en el banco. Con los ojos (como si de ellos dependieran las palabras) seguía las explicaciones de Andy sobre la variante catamarqueña, la *spiniflorum* de color violeta. Estiró una mano y probó las espinas con el índice. Se rió. Arregló un mechón detrás de su oreja y volvió a tocar los pétalos de la planta. Andy se quitó los anteojos.

Me pregunté qué diría la doctora Gracián si supiera que su biólogo maravilla andaba robándose cactáceas en extinción. Iba a seguir por el camino que bordeaba el jardín hacia la casa, pero cambié de idea y me senté con ellos. Alfredo vino desde la cocina con dos botellas de vino y unos vasos. Ingrid frunció los labios, tomó un sorbo y anunció que al día siguiente se iba a Chile, a ver las momias de dos niños incas que habían aparecido casi intactas, conservadas por el frío en la cumbre de un volcán de más de seis mil metros altura.

—Salió en los diarios la semana pasada —confirmó Alfredo. Se sirvió un poco de vino y dejó la botella a mi lado. Su aliento olía a comino y a whisky. Volvió a entrar en la casa. En el camino, le arrojó un pedazo de pan al perro que dormitaba en la galería.

—¿Eran niños sacrificados? —Andy la miró con interés. Ella asintió.

—Se cree que los dormían con alguna droga y después los dejaban ahí en la cumbre. Morían de frío.

—No sabía que los incas hacían sacrificios humanos.

—Bueno, no es exactamente un sacrificio. Eran como niños dioses.

—¿Y qué drogas usaban?

—No sé. Puede haber sido un alucinógeno. Muchas religiones los usaban en sus rituales. Hasta se cree que la hostia de los primeros cristianos era psicoactiva.

Unas horas antes, Hilario había intentado convencerme de que los diaguitas hacían sacrificios humanos en los altares del Sol y la Luna del pobre Ambrosetti. Me obligó a quedarme hasta el atardecer para mostrarme cómo los últimos rayos de luz daban exactamente sobre una piedra angular en el altar mayor. Me habló de la sangre que chorreaba y se volcaba en cascada hacia la necrópolis. Lo seguí hasta la ladera donde estaban las tumbas, pretendiendo que yo también, de vez en cuando, identificaba manchas sangrientas en las rocas. Después hablamos de los muertos comunes y sus cadáveres acurrucados como fetos en vasijas de cerámica. Hilario se entretuvo arrojándole piedritas al indio de cemento y conversamos hasta la puesta del sol, hasta que se hizo demasiado tarde para volver a los altares. Ahora, mientras oía a Ingrid describir en detalle la ceremonia mortuoria de los niños, deseé haberme quedado con Hilario, haber esperado juntos la noche entre las tumbas.

Pasaron rápidamente de las drogas y los cactos al tema de las constelaciones y sus correspondencias mitológicas con ciertas plantas de la zona. Estoy segura de que ni siquiera me vieron levantarme y

entrar en la casa. Me quedé en la cocina, ayudando a Alfredo con la comida. El antropólogo, inusualmente hablador, me contó detalles de su divorcio y de su negocio fallido en Tucumán, de una expedición en gomón en un río de Bolivia y de las técnicas de hilado al otro lado de la frontera. Fumaba sin parar. Desde afuera nos llegaban sus risas, entregadas a la noche y a su científica cualidad.

La cena fue ruidosa y más bien aburrida, con más anécdotas de la zona y algunos monólogos oportunistas de Andy sobre la evolución de las especies, las técnicas de datación y el poco rigor de las ciencias sociales. El cielo estaba despejado. Por primera vez se veían las estrellas. Pronto acabamos con el vino y Alfredo trajo una botella de whisky. Ingrid dijo que estaba cansada y tenía que prepararse para el viaje, así que todos nos fuimos a dormir temprano.

Como a las dos de la mañana me despertó el ruido. Un sonido filoso, distinto, de metal mordiendo piedras y arena. Andy no estaba en la cama a mi lado. Me levanté y fui hasta la galería. Allí, el sonido era más fuerte. Su ritmo pareció acelerarse. Sentado en el mismo sillón, Alfredo fumaba con la mirada fija en la ventana de Ingrid. Cuando habló, su voz fue apenas un siseo remiso, acalambrado.

—¿Oís?

Asentí y me senté a su lado. Él estiró la manta que tenía sobre las piernas hasta cubrirme los pies. Los palazos se oían muy cerca, como si vinieran del costado de la casa.

—¿No deberíamos ir a ver? —dije en voz baja, como en un cuento, como temiendo ahuyentar al fantasma.

Sin quitar los ojos de las dos sombras en la ventana iluminada, Alfredo sacó un paquete de cigarrillos y me lo ofreció.

—No —contestó—. Ella es así. Yo ya sé. Es mejor no hablarles, no molestarlos. ¿Para qué? Es mejor hacer como que no existen.

Last man standing

A George McAlmon

La semana pasada, Dick Cheney le disparó a un amigo abogado con el que estaba cazando codornices. Ya lo sé, pero igual lo oigo resumir la noticia. El accidente, ocurrido en un rancho de Texas, tardó en llegar a los diarios y se filtró gracias a los médicos que atendieron al leguleyo en Corpus Christi. Cuando dice "leguleyo", sonríe: él también es abogado. En sus ojos celestes, empequeñecidos, hay esa chispa que me recuerda a Bioy, a deportes de alto riesgo, a seductores empedernidos. Sonríe y me habla de cuando era joven y le disparaba a cualquier cosa que se moviera, pero todo el tiempo sé que debería hablarme de ópera o de matemáticas, o tal vez de Wagner y del ostracismo al que los nazis lo condenaron durante años.

No dice más sobre la noticia pero sé que disfruta hondamente del ridículo presidencial. Como si algo en la cara del vicepresidente de los Estados Unidos exigiera pudor, se abrocha el cuello de la camisa. Hace un calor ominoso, como siempre en la frontera, pero nunca lo he visto sudar ni perder la elegancia en la hora y media que duran nuestros encuentros. Conserva su bastón a distancia prudencial, su

espalda nunca toca el respaldo del asiento y siempre se las ingenia para apartar mi silla cada vez que voy a sentarme. Me llama "señorita". En su boca, la palabra suena extranjera, como de forastero entrando en pueblos atontados por el calor o la injusticia.

Me cuenta que paró de cazar cuando dejó a un venado sin madre. Él y sus tres amigos, ocupados en carnear al animal, se quedaron oyendo llorar a la cría hasta que se hizo de noche. Uno de esos amigos, un físico cuyo nombre se ha perdido para siempre, le trae a la memoria sus días en Princeton y las tardes en las que veía a Einstein cruzar el campus ensimismado. "Un hombre excéntrico", chasquea, "nunca usaba calcetines". Revuelve inquieto los artículos de diario y pasa al otro lado del Atlántico, donde una francesa intentó suicidarse con pastillas para dormir. Parece que la dosis fue insuficiente porque la mujer despertó naturalmente en su cama. Al mirarse en el espejo, se vio bañada en sangre, sin boca ni nariz reconocibles: en un intento desesperado por despertarla, su perro la había desfigurado. La noticia trascendió a todos los medios porque la mujer recibió el primer trasplante de cara en el mundo. Los diarios de la semana se explayan en "las consecuencias" y "el impacto psicológico" de vivir con la cara de otro, pero a él sólo le preocupan el perro y su relato del crimen. ¿Qué pasaría por la mente del animal en un momento así? ¿Y qué me dice del impacto psicológico de haber convertido a su humano favorito en un monstruo? Espero que siga con las preguntas retóricas hasta que desemboque (¿pero cómo?) en su tema favorito (Wagner versus Verdi), pero su mirada se ha quedado perdida en el atlas desplegado sobre la mesa.

"Cuando viajé a París, a todos les decía que era mexicano, usted sabe, por allá nadie quiere a los americanos. Les decía que era de Chihuahua, donde hay muchos güeros como yo. Yo creo que mi español era lo suficientemente bueno como para que me creyeran." De hecho lo sigue siendo. Desde el primer día, sé que mi presencia semanal en su oficina no es más que una excusa.

Revuelve un poco más los papeles y escoge un recorte con la foto del delegado Zero en motocicleta, recién salido de la selva. Siguen los juegos olímpicos de invierno con Sofía Loren, Susan Sarandon e Isabel Allende llevando la bandera junto con otras cinco desconocidas portadoras de vagina. Tal vez podría ahora hablar de las valquirias pero en cambio saca otro recorte, uno que informa que Fidel todavía no se muere. Él, que podría decir muchas cosas, tan sólo resalta que los dos tienen la misma edad. "Le estoy jugando carrera, a ver quién se muere primero. Yo creo que Fidel se ve un poco mejor que yo por la barba nomás."

A falta de acontecimientos, el diario local se ampara en la estadística y debajo de un título traducible como "El español frustra a miles en la frontera", alerta a la población sobre la decepción americana en aumento ante el inaccesible mercado de compradores hispanos que invade el país y avienta su feliz ignorancia del inglés como su principal afrenta. Perdida en un pequeño arranque de furia (en mi rápida lectura recuerdo algunas frases del artículo de un milenarista de Harvard que llama a parar la peste del español), lo oigo decir de pronto: "Era alto Kennedy, me acuerdo que eso me impresionó mucho la primera

vez que lo vi. Después de él, las leyes inmigratorias de este país retrocedieron un siglo".

Muchas veces me ha hablado de estas cosas y sin embargo, hoy recibo la frase con un pequeño escalofrío, tal vez porque la ancha sonrisa del presidente asesinado se mezcla con la de la francesa desfigurada. Hoy esperaba oírlo convencerme de que Wagner cambió la historia de la ópera para siempre, de que Verdi era sólo un bufón con buen gusto. Esperaba que nos peleáramos defendiendo tradiciones, aunque a mí en realidad Verdi me importa poco y sólo lo saco del desván musical como a un espantapájaros para evitar que él me hable de las noticias, para internarme en un mundo sin políticos ni Américas posibles. Prefiero que discutamos el virtuosismo de Bach, la técnica del toreo, las formas de reconocer un caballo pura sangre. Porque cuando habla del presente, tengo la impresión de que el viejo no desvaría: sé que sus predicciones son ciertas y eso me inquieta. Como ahora, que lo veo prepararse, moverse un poco nervioso en su silla y buscar en el aire el comienzo de una frase que se le niega. Toma un sorbo de agua (del grifo, nunca compra agua mineral, tal es su fe en la sanidad americana), me mira con picardía criolla y por fin me cuenta su batalla por la luz.

Era ésta una luz modesta, de un rojo casi púrpura, perdida entre las montañas. No rivalizaba para nada con los atardeceres tan mentados del desierto, que son largos y de un rosado impreciso, contaminado de malvas y azules. Ésta era una luz que no aspiraba a nada. Era pequeña y le gustaba serlo. Tal vez por eso vivía en la punta de una torre de telecomunicaciones y parpadeaba orgullosa entre millones de otras

luces, pues se sabía más alta que todas. Desde la casa del hombre tan viejo como Fidel, la luz se distinguía con claridad y emitía su tranquilo vacilar todas las noches a partir de las siete. El hombre que alguna vez estrechó la mano de Kennedy, se sentaba junto a su esposa a ver el atardecer todos los días. Entre otras cosas, siempre señalaban la luz que parecía suspendida en medio de la nada y se preguntaban de dónde vendría. Hasta que una noche, cuando estaban ya instalados en su enorme terraza mirando el cielo, en lugar de la afable lucecita, se encontraron con una blancura estroboscópica que barría con horrible precisión todas las casas de la calle. Interrumpido por la nueva luz, el crepúsculo parecía un cuadro a medio hacer, corregido intermitentemente por un brusco manotazo.

El hombre que solía dispararle a todo lo que se moviera, no perdió el tiempo con lamentos y condujo su camioneta hasta la base de la torre. La halló completamente vacía, como si fuera una pesadilla extraída de un cuento de Kafka. Un cartel con unos números de serie y el teléfono de la Comisión Americana de Telecomunicaciones ofrecía los únicos datos que pudo recoger.

La batalla contra la corporación fue larga y agotadora. Miles de esas torres se encuentran desperdigadas como fantasmas titubeantes por todo el país, emitiendo sus ondas para teléfonos celulares, interrumpiendo crepúsculos y alertando aviones con sus luces parpadeantes. Pero el hombre que toda su vida defendió inmigrantes a ambos lados de la frontera, venció a fuerza de perseverancia. Unos días después, la luz estroboscópica fue eliminada y la inofensiva

lucecita roja volvió a brillar suspendida entre las sombras de la torre.

Hace una pausa larga en la que sólo se oye el sonido del ventilador. De pronto, parece arrepentido del relato y se recuesta en la silla, el cuerpo un poco encogido. Recuerda algo (lo sé porque los recuerdos son olas fierísimas en su mirada). Un par de palabras se le escapan solas, incoherentes, en ningún idioma conocido. Toma unos sorbos más de agua, se levanta con esfuerzo, va hacia el equipo de música y pone un disco. Suena el último acto del Götterdämmerung, cuando la caída de los dioses es ya un hecho y Brunildhe está a punto de arrojarse a las llamas.

Okinawa, mon amour

A Miriam Teima

Todos los días en Japón las cosas ocurrían al revés: los lobos no se comían a los hombres, los kamikazes iban sin miedo a la muerte, la gente enojada sonreía y la Cenicienta era un niño fogonero llamado Mamichigane.

Todos los días, Miriam pensaba en la isla enervada de tifones que nunca había visto, en el palacio de Shuri envuelto en llamas, en los niños ahogados del Tsushima Maru y en la mujer que bajó del Cielo y se quedó en la Tierra por culpa de un hombre que le robó su kimono mágico.

Todos los días, Miriam alimentaba a sus peces, desempolvaba las cajas de cristal de sus geishas tristísimas y maldecía con decoro su destino sudamericano. Poco le importaban las explicaciones de su hermano mayor. Kazuo le recordaba a menudo que el reino de Ryukyu no tenía mucho que ver con las tradiciones japonesas y que la gente de Okinawa siempre había huido de la isla. Okinawa debía ser la única región del mundo que contaba con una estatua al Padre de la Emigración: Kyuzo Toyama, el héroe que arregló la huida de los primeros ciudadanos a Hawai, en 1899. Para Kazuo el argumento reforzaba una

verdad histórica: en realidad sus ancestros eran los primeros pobladores de América y, según él, ellos sólo estaban acabando su tarea de milenios. El indio americano era casi un japonés y si Kazuo hubiera tenido talento, habría estado dibujando un *manga* con la fase número dos de la población del continente, destinada a refinar una raza de superhombres a fuerza de karate y limpieza a seco.

Pero los ochenta apenas empezaban y los mangas todavía no aparecían, de modo que Kazuo se entretenía con una Atari 2000, armaba máquinas en su garaje, jugaba bastante bien al fútbol y sería uno de los mejores colimbas de su clase.

Kazuo se burlaba de Miriam y le hacía notar que ni siquiera su madre había nacido en Japón y que todos los domingos ellos comían asado con ensalada como cualquier vecino. Al principio, ella lo miraba desconsolada (en algo debían pesar los ocho años de diferencia) y se deprimía pensando que, además, ella era la única en la familia sin nombre japonés. Yo trataba de consolarla diciéndole que el nombre hebreo de la Virgen sonaba bastante oriental. Mucho peor hubieran sido Laura o Carolina, nombres que se replicaban como un eco en nuestra escuela de barrio. No sé si el argumento le sirvió de algo. Al poco tiempo dejó de comer carne. A los diez años ya era una vegetariana militante, tenía una caligrafía preciosa y hablaba japonés mejor que cualquiera en la familia, a excepción de su abuela paterna.

Todos los días me contaba la misma historia. Nos tendíamos de espaldas junto a los rieles de la estación Ballester y Miriam me hablaba de la Cueva de las Vírgenes. Aunque ya me lo sabía de memoria, me

gustaba oír de nuevo el relato mientras ella se desarmaba las trenzas y el viento inflaba despacio su largo pelo negro. Casi todas las niñas hubieran querido tener ese pelo largo hasta la cintura, grueso y resistente, con el que podían hacerse infinidad de rodetes y peinados exóticos. Casi todas las niñas odiaban a Miriam y le decían china o coreana y envidiaban secretamente sus cartucheras con dibujos de crisantemos, sus acuarelas y sus lápices, su otredad manifiesta. Miriam sonreía, indiferente. Yo, en cambio, había convertido mi envidia en fascinación y me hundía en el pasto del terraplén frente a la casa de los Amuro mientras escuchaba sus historias de la guerra sin poder apartar los ojos de su boca perfecta. Cuando presentía que iba a desviarse hacia los detalles terribles de la batalla de Okinawa (injustamente opacados por la bomba de Hiroshima y que Miriam conocía muy bien por el relato de su abuela), yo la devolvía a la Cueva de las Vírgenes.

Así se designa en los mapas y en los folletos turísticos al lugar donde murieron las niñas del Segundo Colegio Secundario de Okinawa que, junto con sus maestras, formaban el cuerpo de enfermeras Himeyuri durante la guerra. Cuando fue evidente que la batalla de Okinawa acabaría en derrota japonesa, las niñas se recluyeron en una cueva en las montañas y se suicidaron. Según los libros de historia, la mayoría se arrojó al mar desde el acantilado que bordea la costa. Pero Miriam juraba que en realidad todas se habían quitado la vida según el rito tradicional japonés, el *jigai*. Cuando los soldados americanos entraron en la cueva, se encontraron con doscientos veintidós cadáveres vestidos de blanco, todos con el torso

delicadamente inclinado hacia delante, los tobillos amarrados y una pequeña daga clavada en la garganta. Esos detalles me encantaban y pasaba horas interrogándola sobre el fervor patriótico japonés y sus coreografías para la muerte.

Detrás de nosotras, apoyado en un árbol cerca de las vías, el Bebe nos miraba con ojos bovinos. Era el tonto de la cuadra, que siempre nos seguía a todas partes. De vez en cuando, le arrojábamos piedritas para que se fuera, pero él ni se movía, apenas sonreía con la boca torcida y aplaudía al aire, como si también él asistiera al espectáculo de las muertas vestidas de blanco.

El Bebe era otro de los admiradores incondicionales de Miriam. Era un muchacho de edad indefinida, hijo de un jardinero. Tenía los ojos saltones y caminaba un poco encorvado. Yo le tenía miedo o asco pero Miriam decía que era bueno como un animalito, sólo que su espíritu estaba atrapado y no se podía comunicar con el mundo. Cuando pasábamos frente a su casa, lo oíamos gritar de alegría, la cara pegada a la ventana. Miriam lo ignoraba o le regalaba caramelos, dependiendo de su estado de ánimo. A veces hacía una pausa y lo miraba fijo, como si estuviera pensando en un conjuro o como si tuviera el poder de controlarlo. Entonces el Bebe se agitaba y se balanceaba hacia los costados, lanzando gritos hasta que ella apartaba los ojos y volvía al relato de ese octubre del cuarenta y cuatro, cuando todo el país estaba cubierto por las hojas escarlatas de los arces y no había festivales religiosos porque era el décimo mes. Por los colores de los árboles era seguramente la estación más bonita en la isla, la misma del ataque aéreo, los incen-

dios que acabaron con el pasado y el hundimiento de barcos cargados de niños y refugiados.

En algún punto, lograba regresarla a mi historia favorita, que ella contaba una y otra vez sin quejarse. Aunque de la doncellez de las protagonistas jamás tendremos pruebas, estaba claro que para Miriam lo único importante, más que el patriotismo o el honor, era que las niñas habían muerto sanas y salvas, vírgenes para siempre del contacto americano.

Cuando los Amuro recibieron la noticia de que Kazuo iba a ser movilizado a Malvinas, la única que se alegró fue Miriam. Se aprendió de memoria las canciones que el gobierno militar había compuesto para el caso y se transformó en la mejor alumna de Ciencias Sociales. Podía explicar y discutir cada uno de los avatares de la historia argentina en las islas: desde la usurpación en la época de Rosas hasta el gesto inútil de un puñado de entusiastas en los años sesenta.

Cuando Kazuo partió para las islas, Miriam le dio una de sus hebillas del pelo envuelta en un papel de seda. Me explicó que en la religión de Okinawa, las mujeres siempre habían sido más importantes que los hombres. Eran ellas las que estaban en contacto con los espíritus que habitaban en la naturaleza y, por eso, la religión original de Ryukyu contemplaba una compleja jerarquía de sacerdotisas en la que los varones sólo tenían el papel de sirvientes o asistentes. También se creía que el espíritu de una hermana tenía cierto poder de protección (o de maldición) sobre el del hermano, naturalmente más débil. Era el

deber de toda hermana velar por el impulso vital del espíritu de su hermano. Un *omamori* podía actuar como vehículo de esta tutela en la distancia y, por lo tanto, cualquier prenda de ella le serviría a Kazuo de talismán contra las balas británicas.

Por ser la única con un hermano soldado, Miriam adquirió un protagonismo instantáneo en la escuela. Las maestras la miraban con más ternura, complacidas por su ataque de argentinidad y se empecinaban en hallar complejas interpretaciones para su habitual silencio o su falta de atención, en la que siempre leían penas solapadas por el hermano ausente. Las niñas empezaron a tomarla en serio. En los recreos se agrupaban en ronda y Miriam les hablaba de las cartas de Kazuo, que se quejaba del frío y de la inactividad y hablaba más de River y de los partidos perdidos que de la guerra.

En el terraplén, las historias de fantasmas y shogunes o los detalles de la Guerra del Pacífico fueron reemplazados por revistas con diagramas de las tropas argentinas, detalles de las colectas de dinero, entrevistas a soldados y partes oficiales. Miriam recitaba de memoria los movimientos estratégicos de la ofensiva naval y terreste en Malvinas. A mí, el cambio me tenía descorazonada y por más que intentaba volverla a las vírgenes o a los kimonos mágicos, lo conseguía sólo por unos minutos. Invariablemente la conversación volvía al Atlántico Sur.

Cada vez nos veíamos menos. En los recreos, la dejaba con su corte de nuevas admiradoras y me quedaba leyendo. Empecé a encontrar excusas para volver a mi casa no bien salíamos de la escuela: las clases de piano, los amigos de mi primo, el patinaje sobre hielo.

Lo cierto es que ese día no estaba con ella y no sé muy bien cómo ocurrieron las cosas. Tal vez Miriam se levantó más tarde que de costumbre y no tuvo tiempo de armar su rodete (ese que se sostenía sólo con un palito) o de componer las trenzas que luego enrollaba sobre sus orejas. Tal vez, sólo quiso variar su peinado. O simplemente supo que ese día debía ir a la escuela con el pelo suelto. Recuerdo que tuvimos clase de gimnasia y la maestra se enojó con ella porque el pelo le entorpecía los movimientos. Ella dejó la pelota a un costado y se negó a seguir el juego de volley. Otra chica ocupó su lugar. Por lo demás, fue un día como todos. Miriam salió de la escuela a la misma hora de siempre, pero llegó a la esquina de su casa un poco más temprano porque esta vez no se detuvo en el terraplén. Cuando caminaba por la vereda angosta junto a las vías, sintió la respiración entrecortada del Bebe a sus espaldas. Ni siquiera tuvo tiempo de darse vuelta, el Bebe la agarró del pelo con tanta fuerza que la tiró al piso y, babeando de felicidad, le cortó de un solo tijeretazo un grueso mechón a la altura de la nuca.

La peluquera del barrio no tuvo más opción que cortar todo el cabello. Pero Miriam se negó a ir a la escuela durante días. Se ató un pañuelo morado en la cabeza y no quiso escuchar las razones de su madre y su abuela, que aparecieron con hebillas y pañuelos multicolores a tratar de componer peinados más modernos. Nadie iba a consolarla con baratijas.

No fue hasta la semana siguiente que llegó a una conclusión sobre lo que realmente le había pasado. Me lo contó con el mismo orgullo con el que contaba sus cuentos tradicionales, mientras tomábamos un

té negro y amargo en el comedor lleno de geishas y dragones. Yo miraba el remolino de pelo en su cuello y me daban ganas de tocarlo con la punta de los dedos, como si fuera una cicatriz o el halo suave de una estatua. Pero hubiera sido difícil acercarme tanto a ella. Perdida en un sillón enorme, con los brazos extendidos a los costados, exhibía su cabeza descubierta con una sonrisa nueva, de deidad satisfecha. Así iba su historia: la misma tarde de su encuentro con el Bebe, Kazuo había dejado de pensar en sus pies helados y por un momento había creído oír una voz que le hablaba en japonés. Unos segundos después, una granada inglesa explotó en su trinchera. Comprobó rápidamente que todos sus compañeros estaban muertos. Se palpó el cuerpo hasta asegurarse de que no tenía ni un rasguño y corrió en retirada. Las manos le temblaban, pero corría sin pánico: en el bolsillo de la camisa, cerca del corazón, llevaba la hebilla de su hermana.

Agradecimientos

Al Programa de Creación Literaria de la Universidad de Texas en el Paso, que posibilitó la escritura de este libro, y al Fondo Nacional de las Artes, que facilitó su edición.

A Laura Iglesias Liste, por el entusiasmo inicial.

A Charly Lafourcade, por su lectura interesada.

A Koichi Hagimoto, Fernando Toledo y Ariel Dilon, que colaboraron de distintas maneras con las versiones finales de estos textos.

Pittsburgh, septiembre de 2007

Índice

Juegos de playa 11

Otros juegos 117
Noticia de niña extraviada en viaje 119
Antropología fantástica 131
Last man standing 145
Okinawa, mon amour 151

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de marzo de 2008
en Indugraf, Sánchez de Loria 2251,
Buenos Aires, República Argentina.